Farnesio

La ocasión perdida de los Tercios

Alex Claramunt Soto



HRM ediciones
www.hrmediciones.com

FARNESIO
La ocasión perdida de los Tercios

Alex Claramunt Soto

Sinopsis

"España mi natura, Italia mi ventura, Flandes mi sepultura."

Este verso marcó la vida de muchos de los soldados que se enrolaron en los Tercios y que combatieron en la llamada Guerra de los 80 años. Sin embargo, la Monarquía Hispánica bien pudo haber acabado con la rebelión de las Provincias Unidas de haber llevado a cabo uno de los principios básicos de la estrategia: la concentración de fuerzas. Felipe II adoleció del mal de la dispersión, no por simultanear proyectos, si no por ser incapaz de finalizar uno antes de comenzar el siguiente.

La victoria en Flandes nunca estuvo tan cerca como durante el gobierno de Alejandro Farnesio, duque de Parma. Sin embargo, justo en el momento en que la guerra estaba encauzada, al de Parma le llegaron órdenes de abandonar las operaciones para participar en el proyecto de la Grande y Felicísima Armada –la invasión de Inglaterra–, una campaña en la que perdió la fe rápidamente y así se lo manifestó al Rey prudente.

Tras el fracaso de la Gran Armada, Farnesio se vio obligado a embarcarse en otro proyecto del que no era partidario, el apoyo a la Liga Católica en las Guerras de religión de Francia. Hastiado y traicionado por intrigas palaciegas, el duque fallecerá antes de su conclusión, perdiéndose definitivamente la posibilidad de la victoria en Flandes.

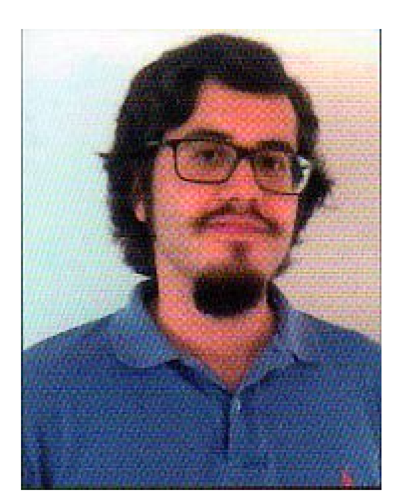


HRM Ediciones, 2016
Editor: Lorenzo Pérez Agustín
C/ Jorge Sánchez Candial 7, 2°C, 50014 - Zargoza
http://www.frmediciones.com/
Autor: Alex Claramunt Soto
Ilustradores: José Ferre Clauzel y Angel García Pinto
Cartógrafos: Moisés Alcedo Osorio y José Antonio Gutiérrez López
Maquetador (libro en papel): José Antonio Gutiérrez López
Corrector: Francisco Medina Portillo y José I. Pasamar López
Diseño de portada: José Antonio Gutiérrez López
Coordinador editorial: José I. Pasamar López

Agradecimientos: Nuestro más sincero agradecimiento a la Asociación Napoleónica Valenciana y a su presidente Joaquín Blasco Nacher.

ISBN 978-84-944768-5-3



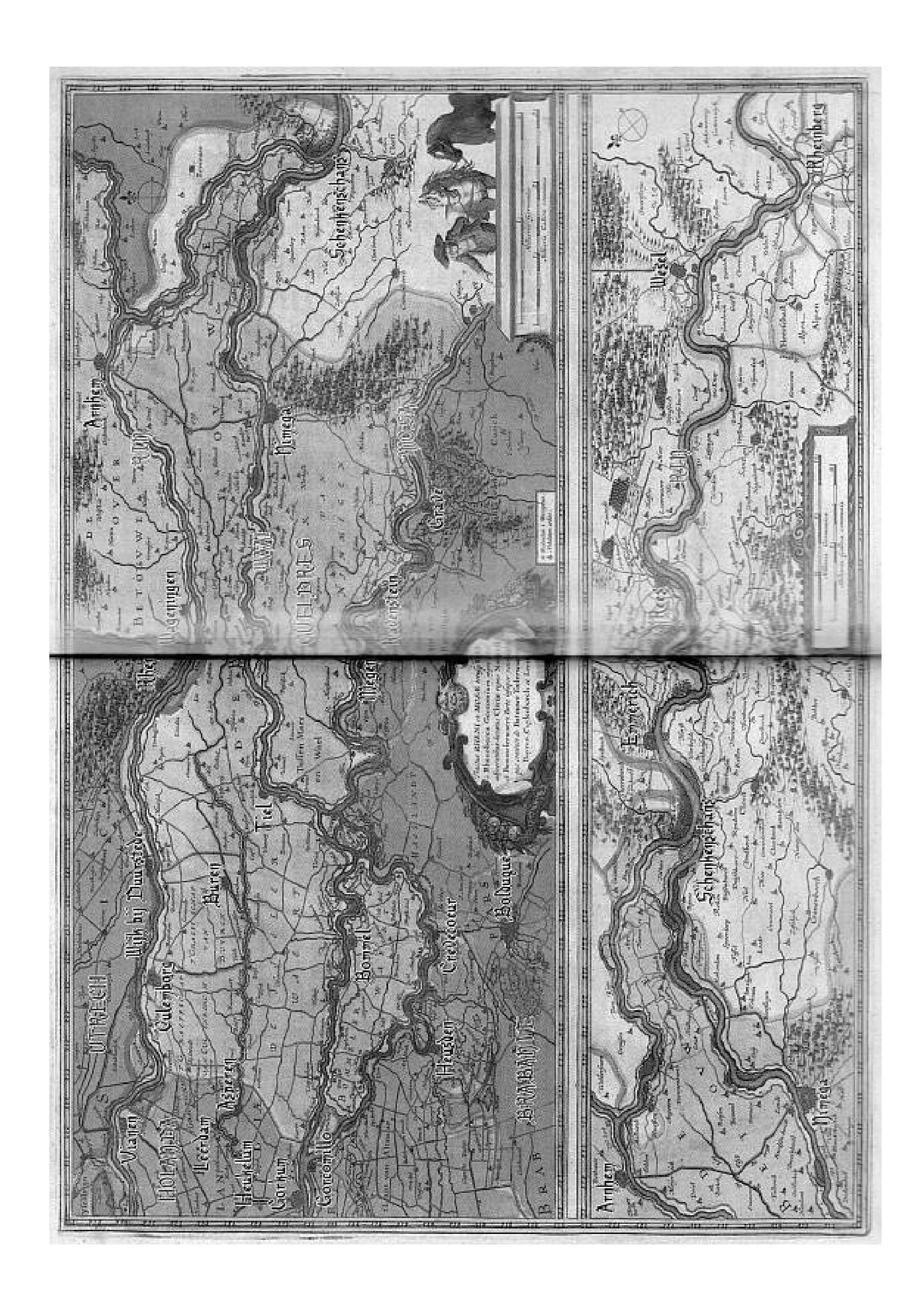


Àlex Claramunt Soto, (Barcelona, 1991) es director de *Desperta Ferro Historia Moderna,* graduado en Periodismo y doctor en Medios, Comunicación y Cultura por la Universidad Autónoma de Barcelona. Es autor de dos libros, *Rocroi y la pérdida del Rosellón* (HRM Ediciones, 2012) y *Farnesio, la ocasión perdida de los Tercios* (HRM Ediciones, 2014), además de diversas colaboraciones en obras colectivas. Es autor de los textos del libro *Los Tercios,* que acompañan a las fotografías de Jordi Bru, y responsable de la coordinación de los Cuadernos de Historia Militar *Soldados de los Tercios* y *Marinos de la Monarquía Hispánica* y del libro colectivo *Lepanto. la mar roja de sangre,* en el cual además firma uno de los capítulos.

Ha formado parte del consejo editorial del *Foro de Historia Militar el Gran Capitán,* el principal portal en lengua española sobre esta temática, y ha trabajado varios años en el diario *El Mundo* como responsable de la sección de agenda en la delegación de Barcelona, coor-

dinador de la sección *El Mundo de China* del suplemento Innovadores, y redactor web de dicha publicación. De 2015 a 2017 colaboró en la revista digital *L'Endavant* con artículos sobre arte, historia y filosofía. Finalista del Premio Extraordinario de Fin de Estudios de su promoción, se doctoró en septiembre de 2019 con una tesis titulada *La premsa anarquista a Catalunya (1881-1910)* ("La prensa anarquista en Cataluña, 1881-1910").

Àlex Claramunt también colabora con la firma de figuras históricas 1898 Miniaturas en el campo de los tercios y ha impartido conferencias en el evento de miniaturas, wargames y juegos de simulación DAU Histórico, y en el Museo L'Iber, el mayor museo de miniaturas históricas del mundo. Su interés se centra en la investigación de la historia de la prensa en España durante el siglo XIX y el primer tercio del XX, y de los ejércitos de la Monarquía Hispánica durante los siglos XVI y XVII, temática sobre la que edita desde hace años el blog *Camino a Rocroi*, que ha recibido más de 50.000 visitas desde su creación.


Arnhem
Nimega
Wesel
Rheinberg
Emmerich
Tiel
Buren
Bommel
Heusden
Gorkum
Leerdam
Grave



INTRODUCCIÓN: FARNESIO Y LA GUERRA DE FLANDES

“*Estos lindos países habían caído en manos del mayor rey del mundo, y tal, que jamás hubo en él monarca más poderoso en Estados, vasallos, tesoro y ejército. Con todo eso, ni su prudencia singular ni sus riquezas inmensas de las Indias, ni los arriesgados servicios de tantos soldados valerosos, que de continuo ha entretenido, han podido aplacar la furiosa tormenta que ha cargado sobre estos países. Todo ha salido en vano, habiendo los ministros juzgado que convenía debilitar a los súbditos para fortificar al príncipe y tenido por mejor expediente e instrumento el rigor que el amor* […] *Dos provincias solas, dos islas pobladas por una puñada de hombres, y de los cuales los que tienen el mando son como la hez del pueblo, han braveado un tan gran y poderoso Rey de España; a un rey de Levante y de Poniente, han puesto en aprieto y emprendido entre sí a establecer una república formada“*. Así reza un memorial presentado en abril de 1600 al archiduque Alberto, gobernador de los Países Bajos españoles, por un hombre desconocido, pero sin duda ducho en las materias tocantes a Flandes.

Hacía ocho años, cuando se escribieron las palabras antedichas, que había muerto uno de los mejores generales de la Monarquía Hispánica, Alejandro Farnesio, duque de Parma, sobrino de Felipe II y gobernador de los Países Bajos en su nombre durante 14 años, desde 1578, cuando sucedió al fallecido Juan de Austria, hasta 1592. Los últimos cuatro años del gobierno de Farnesio habían sido la antesala de la racha de victorias y conquistas de los rebeldes holandeses que hicieron escribir al cortesano anónimo tan aciagas palabras al archiduque Alberto. Pero si por algo es recordado Farnesio es por una sucesión de éxitos que hace palidecer a los progresos holandeses que acaecieron a su muerte. Farnesio había llegado a los Países Bajos en 1577, cuando sólo Luxemburgo y la ciudad de Namur se hallaban bajo control de Juan de Austria. En apenas nueve años puso a los rebeldes contra las cuerdas y logró devolver a la obediencia de la Corona española 10 de las 17 provincias de los Países Bajos.

Farnesio era un general excepcional. Sus dotes tácticas salieron pronto a relucir, cuando en la batalla de Gembloux, el 31 de enero de 1578, realizó la carga de caballería que decidió el encuentro a favor del ejército católico. En los años sucesivos, el de Parma daría muestras de su temple en la batalla, donde no dudaba en acercarse hasta la primera línea para animar a la tropa con su presencia; de su proceder meticuloso, pues solía reconocer, siempre que podía, el terreno donde se libraría el choque. Pero es en el plano estratégico donde Farnesio se mostró más hábil. Su primera campaña, en 1579, combinó el avance en dos columnas con un movimiento de finta ejecutado con una rapidez

excepcional que culminó en la conquista de Maastricht.



Alejandro Farnesio, retrato de Otto van Veen.

Entre 1580 y 1582 el duque de Parma se aplicó a asegurar la fidelidad de las provincias católicas, lo que logró merced a sus dotes diplomáticas y con el aliciente para los *malcontentos,* los nobles católicos de las provincias valonas, de la radicalización de los rebeldes calvinistas holandeses y flamencos. Asegurada la retaguardia, Farnesio se centró en la reconquista de las ciudades principales de Flandes y Brabante mientras encomendaba al competente coronel Francisco Verdugo el manejo del frente nororiental, en Frisia y Güeldres, más allá del Rin —río que ejercía de frontera entre los dos escenarios de operaciones principales—. Farnesio despejó primero la costa flamenca con celeridad —sólo la espina de Ostende se le resistió —. De este modo consiguió varios puertos, como Dunkerque y Nieuwpoort, donde podía recibir suministros por mar y desde donde comenzaron a operar las flotas corsarias que disgregaron el comercio holandés. Mientras en el noreste Verdugo ganaba la cabeza de puente de Zutphen en el río Ijssel y amenazaba la provincia rebelde de Utrecht, Farnesio conquistó en rápida sucesión en 1584 las grandes urbes flamencas: Ypres, Brujas, Gante y Dendermonde, allanando el camino para la que fue su mayor empresa: el sitio de Amberes.

Mucho estaba en juego en el sitio del que era entonces el mayor centro financiero y comercial de Europa y del mundo. El capitán Alonso Vázquez, autor de la crónica más rica sobre las guerras de Farnesio, explica por qué razones toda Europa estaba en vilo a la espera del desenlace del sitio: "*Si Alejandro salía con la empresa de Amberes* [a los rebeldes] *no les quedaba tierra que posar en Flandes ni Brabante, pues les había de ser forzoso vivir retirados en las islas de Holanda y Zelanda sin participar del comercio y correspondencia de Flandes y Brabante*". La toma de la ciudad propició una de las contadas ocasiones en las que Felipe II perdió la compostura: al recibir nuevas de la toma de Amberes en El Escorial, aún en plena noche, se levantó de su cama y corrió hasta el cuarto de la infanta Isabel, su hija predilecta. "*Nuestra es Amberes*", le dijo. El jesuita Famiano Strada, historiador célebre de aquel tiempo y autor de una extensa obra sobre el conflicto flamenco, *De Bello Gallico,* cuenta que quienes rodeaban al rey lo vieron más feliz que nunca por las nuevas de una victoria: "*Jamás, ni en la victoria de San Quintín, ni en la de Lepanto, ni en la de las Islas Terceras, vieron al Rey dar tantas muestras de alegría".*



En 1586, a pesar de la entrada en escena de Inglaterra, que hizo oficial su apoyo —antes velado— a la causa holandesa, Farnesio logró nuevos avances.

Hubo de distraer su ejército fuera de los Países Bajos, hacia el Electorado de Colonia, inmerso entonces en una guerra civil entre católicos y protes-

tantes. Aunque se levantaron voces críticas, especialmente la del coronel Verdugo, que nunca vio con buenos ojos la intervención española en Colonia, Farnesio logró mejorar la situación de los católicos en el Rin con la toma de Neuss y aseguró el control del Mosa en el tramo en que corre cercano al Waal y al Rin —de gran importancia para la comunicación con Güeldres y Frisia— con la conquista de Grave y Venlo. Un hecho acaeció aquel mismo año que hacía presagiar una dificultad adicional para el Duque de Parma: la creación de un Consejo en la corte de Felipe II dedicado en exclusiva a la gestión de los asuntos flamencos y cuyas opiniones diferían notablemente de las del italiano.

Felipe II rey de España. Retrato de Alonso Sánchez Coello.

Los años venideros vieron un cambio en las tornas. Farnesio hubo de cambiar la lógica de sus operaciones; primero por la malograda Jornada de Inglaterra, que comenzó a erosionar su credibilidad ante el rey, y luego por los sucesivos socorros a la Liga Católica francesa, aliada de España desde 1584 en virtud del Tratado de Joinville. Los reveses no tardaron en sucederse, sin que Farnesio pudiese, en apariencia, hacer nada por remediar la situación desfavorable. En verdad, según opina Geoffrey Parker: "*Casi todas sus grandes victorias, como tan a menudo suele ocurrir en la guerra, habían pendido de un hilo y el agotamiento y penuria de sus propias tropas le hacían temer siempre una deserción en masa o un motín que socavaría todos sus esfuerzos. Sin embargo, hasta 1587, la buena suerte de Alejandro Farnesio se mantuvo y los rebeldes sucumbieron antes de que sus hombres se rebelaran*". ¿Qué cambió a partir de entonces? ¿Cómo se explica que un ejército que acumulaba una racha de

victorias espectacular no lograse concluir victoriosamente la guerra en los Países Bajos y año tras año hasta la llegada del balsámico ingenio italiano Ambrosio Spínola fuese cediendo terreno a los rebeldes?

El fracaso de Farnesio se explica por un cúmulo de circunstancias conjugadas. Lejos de una causa única, de un golpe fortuito como una resolución equivocada fruto de unas calenturas, la marcha desfavorable de la guerra de Flandes a partir de 1588 fue resultado de un conjunto de motivos que este libro se propone explicar y contra los que el Duque de Parma obró con cuanta inteligencia y buen hacer le fue posible. Lejos de los supuestos de la teoría del *Gran Hombre,* ideada por el calvinista escocés Thomas Carlyle en la década de 1840 y que presupone que individuos concretos de gran poder e inteligencia son capaces, por sí solos, de cambiar el curso de los sucesos, la historia nos conduje en la dirección opuesta: más a menudo son las grandes figuras las que se ven arrastradas por el curso de los acontecimientos.

La multiplicación de los frentes bélicos fue el primero de los problemas que abordaron al sobrino de Felipe II. Para Farnesio no era novedad alguna tener que luchar en varios teatros a la vez. Los rebeldes holandeses habían contado con ayuda de Inglaterra, Francia y los protestantes alemanes casi desde los inicios de la revuelta. En el sur fueron primero los hugonotes quienes amenazaron la seguridad de las provincias valonas, y luego el Duque de Alengon, hermano de los reyes Carlos IX y Enrique III. El joven Valois, que estuvo cerca de contraer matrimonio con Isabel I de Inglaterra en varias ocasiones, fue invitado por Guillermo de Orange a convertirse en protector de los Países Bajos

en 1580, y al año siguiente, tras la célebre Acta de Abjuración, con la que los rebeldes rompieron totalmente con Felipe II, los Estados Generales lo reconocieron como Duque de Brabante.

El ejército de Alençon llegó a tomar el control de varias ciudades flamencas y valonas, entre ellas Cambrai, que los franceses mantuvieron bajo su control hasta la reconquista en 1595 por el ejército español al mando del Conde de Fuentes. Durante las campañas de 1582 y 1583, que vieron espectaculares avances españoles, las tropas francesas fueron una fuerza no desdeñable que combatió junto a los holandeses en diversos encuentros contra los españoles. No obstante, las relaciones de Alençon con los Estados Generales y las ciudades flamencas fueron tensas, y a pesar de la confianza de Orange en el Valois, llegaron a las armas cuando el francés trató de enseñorearse de Amberes por la fuerza en un malogrado asalto que pasó a la posteridad con el nombre de *Furia francesa.* Los de Alençon dejaron de ser una fuerza significativa tras la batalla de Steenbergen, en junio de 1583, en la que Alejandro en persona infligió una derrota aplastante a las tropas capitaneadas por uno de los soldados más valiosos de Francia, Armand de Gontaut, barón de Birón. Alençon murió al año siguiente, y aunque los holandeses se prestaron a reconocer a Enrique III como su señor, este declinó el ofrecimiento, ante lo cual los rebeldes volvieron sus miras a las Islas británicas.

Inglaterra también intervino activamente alentando la revuelta flamenca e insuflándole vigor en forma de caudales y hombres cuando mostraba signos de flaqueza. Los *Watergeuzen* (mendigos del mar) que hostigaron las costas flamenca y holandesa zarpaban de puertos

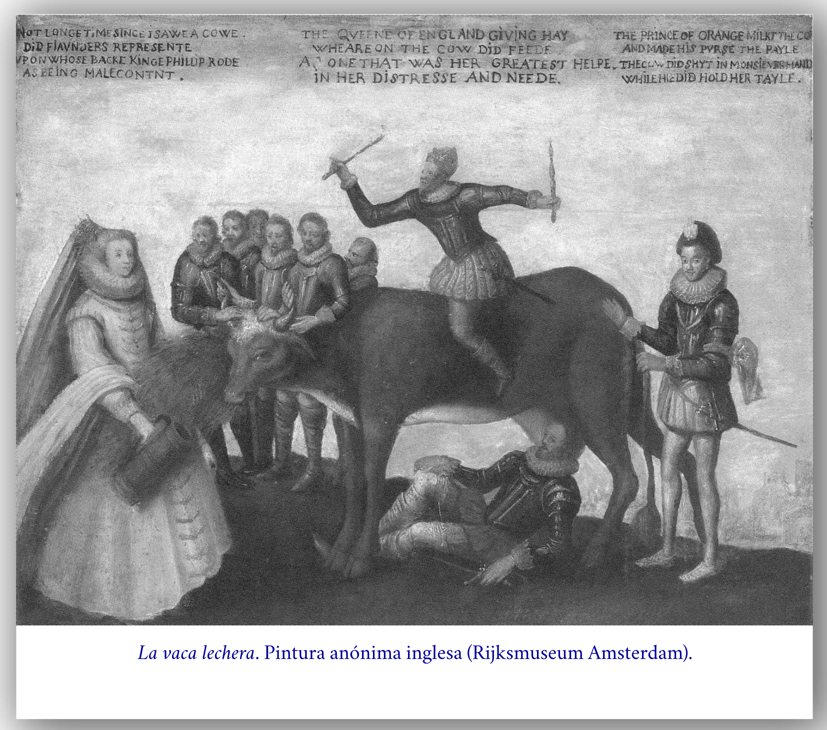


Isabel I de Inglaterra. Retrato de George Gower.

ingleses; Isabel I, paladina de la Reforma inglesa, mantuvo un ejército en suelo holandés desde 1580 y tomó parte activa en adelante en las prolijas intrigas políticas entre los múltiples enemigos de Felipe II que tenían por fin debilitar el poder del Rey *Prudente.* Una pintura satírica inglesa de mediados de la década de 1580 que se conserva hoy en el Rijksmuseum de Amsterdam ilustra con tino y humor el papel de la *Reina Virgen* en la rebelión: mientras el Duque de Alençon tira de la cola de una vaca que simboliza los Países Bajos, Felipe II la monta en vano, Guillermo de Orange bebe su leche e Isabel I la alimenta con un manojo de forraje.

Los protestantes alemanes también tomaron parte en la contienda desde el inicio, primero como mercenarios al servicio de Guillermo de Orange y sus hermanos y luego abiertamente bajo la égida de Juan Casimiro, conde palatino de Simmern, que entre 1583 y 1592 actuó como regente del Palatinado Electoral e intervino además en Francia, guiado siempre, según escribió en el siglo XVII el francés Jacques Bénigne Bossuet, por el ideal de convertirse en un campeón de la Reforma que unificase a todas las confesiones escindidas de la Iglesia Católica. Aunque el principal fue Juan Casimiro, otros príncipes alemanes colaboraron activamente con los holandeses, y no hay que olvidar que Guillermo de Orange y su parentela eran alemanes de

nacimiento por su pertenencia a la casa de Nassau, una de las más granadas del Sacro Imperio.



La vaca lechera. Pintura anónima inglesa (Rijksmuseum Amsterdam).

Hasta 1588 Farnesio logró contrarrestar las maniobras de los enemigos externos con una mezcla eficiente de visión estratégica y habilidad diplomática. Mediante sobornos y prebendas deshizo el ejército alemán que el conde palatino trajo a los Países Bajos en 1578, al que ya había mermado en una serie de escaramuzas. Lo propio hizo con el ejército inglés que Isabel I, forzada por la caída de Amberes en 1585, tuvo que despachar a Holanda al mando de Robert Dudley, Conde de Leicester, para tomar el control de la rebelión y encauzar la guerra. Del mismo modo, logró mediante una diplomacia eficaz mantener a los franceses fuera de la contienda a pesar de habérselas con el carácter sagaz de Catalina de Médicis, la Reina madre de

Francia. ¿Qué cambió, pues, si Farnesio supo arreglárselas en un principio, para que la multiplicación de los frentes deviniese en un problema serio? Fue ante todo la coordinación de sus enemigos, que a partir de 1588 fue en rápido aumento.

La entronización del protestante Enrique de Navarra como rey de Francia en 1589, tras el asesinato del católico Enrique III, facilitó enormemente el entendimiento entre los adversarios de España. Aquel mismo año, el secretario de Estado de Isabel I, Lord Burghley, proyectó una alianza antiespañola en la que además de Inglaterra, Francia y las Provincias Unidas invitaría a Escocia, Dinamarca, los príncipes protestantes alemanes e incluso a potencias católicas desavenidas con España como la República de Venecia. Aunque los ambiciosos planes del principal consejero de la reina inglesa no se materializaron, sí lo hizo la cooperación abierta entre Francia e Inglaterra. La Triple Alianza entre ingleses, franceses y holandeses se formalizó en 1596, pero a efectos prácticos entró en vigor entre 1589 con el envío a Francia de un contingente de tropas inglesas y escocesas al mando de Lord Willoughby.

La dinámica del conflicto a partir de la intervención del ejército español y de las tropas enviadas por Isabel I en las Guerra de Religión de Francia hace pertinente hablar de una conflagración general, más que de varios conflictos relacionados de forma difusa. Sobre la guerra de Inglaterra contra España, Paul E. J. Hammer realiza una observación interesante: “*A pesar de la mitología posterior asociada a las operaciones en el mar, la guerra de la Inglaterra isabelina con España se libró en gran parte en tierra*“. En efecto, las tropas inglesas fueron una fuerza destacada tanto en los Países Bajos como en

Francia e incluso en el frente del Rin, donde la Guerra de Colonia se prolongó hasta 1590. Oficiales isleños ostentaron mandos y cargos militares de primer orden en el frente holandés: John Norreys comandó las tropas rebeldes en las provincias norteñas durante varias campañas; el Conde de Leicester fue Gobernador General de las Provincias Unidas; plazas fuertes de enorme relevancia estratégica como Sluis, Ostende y Bergen-op-Zoom quedaron a cargo de tropas y gobernadores ingleses.

Las relaciones entre los tres aliados no siempre fueron cordiales. Muy a menudo se vieron entorpecidas por cuestiones religiosas y políticas —con frecuencia relacionadas estrechamente—. En los prolegómenos de las Uniones de Arras y de Utrech, las disputas teológicas entre los católicos y las distintas ramas de la Reforma hicieron mella entre los propios flamencos a través del conde palatino Juan Casimiro, calvinista acérrimo que, en cambio, no se relacionó nada mal con los ingleses, cuyo país visitó para tejer un frente común y a cuya reina llegó a ofrecerse en matrimonio. Tampoco fueron raros los conflictos entre ingleses y holandeses, motivados principalmente por la traición de varios oficiales ingleses destacados —William Stanley, gobernador de Deventer, y Rowland York, del fuerte de Zupthen— que se pasaron a las filas católicas y entregaron las plazas a su cargo a las tropas españolas. El cambio de bando minó seriamente la credibilidad del Conde de Leicester ante los holandeses, lo que redundó en beneficio de un joven Mauricio de Nassau, que comenzó a cimentar así su dominio sobre las Provincias Unidas.

La conversión al catolicismo de Enrique IV de Francia fue otra fuente de desconfianza, en este caso en la corte isabelina. Aunque la *Reina Virgen* no se mostró sorprendida, era evidente que sus intereses diferían en mucho de los del monarca francés, que buscaba ante todo la paz de su reino y la concordia de sus súbditos. Los objetivos divergentes de los tres aliados hicieron fracasar una alianza a largo plazo. Ante la falta de ayuda inglesa frente a las ofensivas españolas de 1595 y 1596 contra Picardía, Enrique IV no dudó en negociar una paz por separado con Felipe II. El sucesor de la reina inglesa, Jacobo I, también negoció en 1603 un acuerdo que puso fin a la larga contienda contra España. A corto plazo, sin embargo, la cooperación resultó fructífera, especialmente en 1591 y 1592, cuando la concentración de fuerzas y la coordinación de las operaciones a uno y otro lado de los Países Bajos logró poner a Farnesio en una difícil situación que se saldó, como es sabido, con la pérdida de varias ciudades de relevancia estratégica, tanto en el frente nororiental como en el flamenco.



El coronel John Norreys. Anónimo inglés.

¿Era el Farnesio de los últimos años el mismo que tiempo atrás había logrado poner bajo la obediencia de Felipe II 10 de las 17 provincias de los Países Bajos en pocos años? Esta es otra de las cuestiones que aborda este libro. En este punto, a manera de introducción en la materia, basta con decir que las dificultades que hubo de afrontar el sobrino del Rey Prudente crecieron

considerablemente a partir de 1586 hasta volverse insostenibles. El duque de Parma no sólo debía responder de su gobierno ante Madrid, sino también mantener contento a un ejército muy a menudo falto de pagas y que combatía en condiciones precarias, así como a las autoridades de Bruselas, cuyas preocupaciones no siempre coincidían con las de la corte española. Es lógico que su salud se resintiese, motivo por el cual hubo de pasar varias temporadas en los balnearios de Spa, reponiendo su maltrecho cuerpo, pero aún así no delegó, mientras pudo, el mando de las operaciones. La espada que pendía sobre su cabeza le pesaba demasiado.

Farnesio expresó su opinión contraria a la conveniencia tanto de la Jornada de Inglaterra como de la intervención en apoyo de la Liga Católica francesa, pues entendía acertadamente que enfrascarse en nuevos frentes agotaría unos recursos ya de por sí mermados y daría lugar a que los rebeldes holandeses rehiciesen sus fuerzas y pasasen a la ofensiva, como sucedió. A pesar de las dificultades, el de Parma obró con profesionalidad y se plegó a las órdenes de Madrid. No le valió el trato que esperaba. Por un lado, Felipe II y sus consejeros principales, Juan de Idiáquez y el portugués Cristóbal de Moura, comenzaron a dudar de la lealtad Farnesio. Por otra parte, las conquistas holandesas le valieron las críticas de la nobleza flamenca, que nunca había visto con buenos ojos la intervención en Francia. La creciente falta de recursos, además, le costó la lealtad del ejército al estallar los primeros motines. Cansado y enfermo, el duque de Parma acabó falleciendo en 1592 a los 47 años. Su falta no haría más que exacerbar los problemas de por sí existentes: las disputas en la cúpula militar y el desorden del ejército.

A Farnesio le tocó vivir en primer motín de una larga lista que lastraría de forma considerable el esfuerzo bélico de la Monarquía en los Países Bajos. Sucedió en octubre de 1589 en la isla de Bommel e involucró nada menos que al Tercio viejo de Lombardía, el más antiguo de cuantos había en el ejército. La falta de paga y unos alojamientos pésimos en el lugar húmedo y frío donde se produjo el Milagro de Empel degeneraron en abierta alteración cuando los soldados españoles negaron su obediencia al conde Carlos de Mansfeld. A la nación alemana, decían, no tocaba preeminencia alguna sobre la española. El maestre de campo de los amotinados, Sancho Martínez de Leiva, logró junto con otros capitanes y oficiales españoles sosegar los ánimos, mas el mal estaba hecho. Como castigo a la indisciplina, Farnesio mandó disolver el tercio. No hubo modo de disuadirlo de su resolución, a pesar de las súplicas del propio Martínez de Leiva y otros capitanes y miembros de alta alcurnia de su corte. Así perdió Farnesio la devoción y aún el gran respeto que la profesaba la soldadesca española.

El triste asunto del Tercio viejo fue sólo el principio de los desórdenes: al año siguiente se amotinó el tercio de Juan Manrique de Lara en Courtrai, y al poco tiempo hizo lo propio el de Manuel de Vega en Diest, todo ello mientras Enrique de Navarra estrechaba su afamado asedio sobre París y los próceres de la Liga Católica francesa intimaban a Farnesio a que los socorriese si no deseaba ver la victoria final del aún hereje Rey de Navarra. En adelante y hasta la firma de la Tregua de los Doce Años, los motines fueron una constante que los sucesivos gobernadores y Capitanes Generales hubieron de gestionar. Según Parker, entre 1589 y 1607

tuvieron lugar más de 40, algunos de los cuales duraron hasta dos y tres años e involucraron a miles de hombres. El germen de la enfermedad era la falta de paga, pero a ello cabía agregar una desidia creciente en el mantenimiento de la disciplina. La corrupción entre los oficiales fue en aumento junto con las disputas personales a pesar de las ordenanzas que el de Parma mandó publicar en 1587.

Antes de 1589, los soldados de Farnesio, españoles, italianos, valones, alemanes o de la nación que fuese, habían soportado terribles penurias y largos períodos en los que su paga había sido escasa o inexistente. Tal era el caso del sitio de Ninove, en 1582. Las palabras del capitán Alonso Vázquez sobre el mismo arrojan luz sobre el alcance de la miseria de la tropa: "Del ejército católico se deshizo la mayor parte, muertos de hambre y de frío, y algunos que se desmandaban a ir a buscar de comer, no volvían, porque les cogía la muerte en el camino o los enemigos se la daban; y hoy día se tienen en Flandes por memorial y se platica mucho entre los soldados viejos *el hambre de Ninoven*". Farnesio no era insensible a la carestía y la falta de paga de sus hombres; más de una vez empeñó o vendió sus posesiones para pagar las soldadas, y cabe atribuirle la creación del primer hospital militar permanente del mundo en 1585 en la ciudad de Malinas, con 330 camas y un servicio de médicos y cirujanos.

Con todo, a pesar de los esfuerzos realizados, en la década de 1590 la milicia española podía considerarse un "cuerpo enfermo", en palabras de Marcos de Isaba, castellano de Capua, autor de un tratado que analiza las causas de la decadencia militar española publicado en Madrid en 1594. Es cierto que el ejército de Flandes



El coronel Verdugo. Grabado de Hillebrant van Wouw.

siguió obteniendo victorias en el período convulso que siguió a la muerte de Farnesio, tanto defensivas como ofensivas —el paradigma es la campaña que el Conde de Fuentes realizó en el norte de Francia en 1595, seguida al año siguiente por la conquista de la importante plaza de Calais—. Sin embargo, los motines lastraron decisivamente las operaciones en momentos muy sensibles. El de las guarniciones valonas y alemanas de los fuertes de San Andrés y Crevecoeur, en 1600, privó a España de dos posiciones estratégicas en la confluencia entre los ríos Mosa y Waal, dos cabezas de puente que hubieran permitido el ejército español atacar la región de Betuwe, ya suelo propiamente holandés. Asimismo, el motín de Hamont, en 1602, impidió el socorro de Grave, plaza en el curso del Mosa que facilitaba el paso desde Brabante a los alrededores de otra plaza estratégica, Nimega.

Los desórdenes no se ciñeron únicamente a la tropas. Farnesio hubo de ver como varios de sus subordinados le retiraban su confianza y aún su obediencia. Con Francisco Verdugo el de Parma tuvo diferencias de criterio, pero en ningún momento el coronel llegó a sublevarse; es más, en sus escritos atribuye los desencuentros a algunos cortesanos y consejeros de Farnesio con los que tenía desavenencias personales. Quienes sí conspiraron contra el duque de Parma fueron el conde

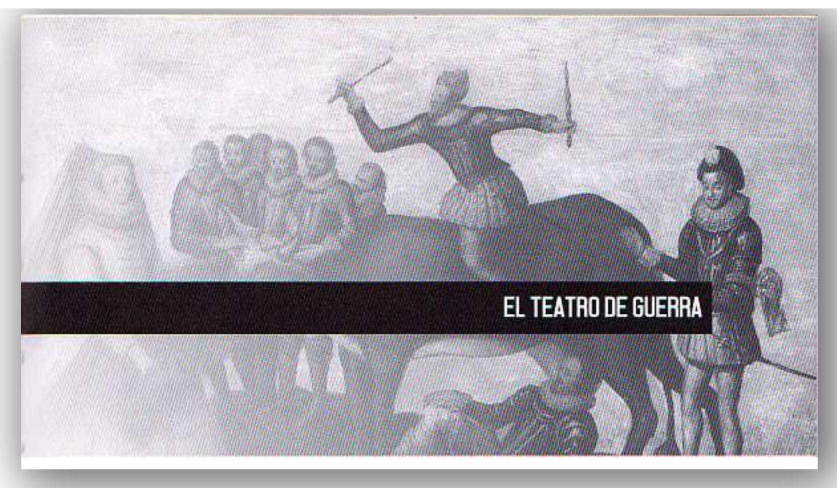
Pedro Ernesto de Mansfeld y su hijo Carlos, oriundos de Luxemburgo y acérrimos partidarios de la Corona española durante la revuelta. Si bien los Mansfeld ocuparon oficios militares de la más alta categoría —el padre era maestre de campo general y el hijo general de la artillería— y Farnesio trató de mantenerlos próximos a su persona; sus ambiciones, especialmente las de Carlos, de quien se decía que dominaba a su padre, ya anciano, los llevaron a enemistarse con el de Parma y a buscar su caída. Carlos de Mansfeld fue, como veremos, una figura polémica también en lo puramente militar por su oscuro papel en el sitio de Grave (1586) y en el motín del Tercio viejo de Lombardía.

Este libro trata, en suma, la causas que impidieron a Alejandro Farnesio y al ejército español sofocar enteramente la Revuelta holandesa y reconquistar al completo los Países Bajos. Tras este apartado introductorio, el capítulo inicial da cuenta del carácter particular de la guerra que se practicaba en el escenario flamenco, un conflicto determinante en muchos aspectos en la configuración de la guerra moderna. Asimismo, en este primer capítulo se describe la situación militar después del sitio de Amberes y se ponen sobre la mesa las posibilidades estratégicas del duque de Parma para iniciar el asalto al núcleo de la rebelión holandesa, con especial énfasis en la característica geografía de los Países Bajos, que afectó de manera determinante el curso de los acontecimientos.

Los capítulos centrales de la obra ofrecen un relato detallado del curso de las operaciones militares y las maniobras políticas entre 1586 y 1592, los años finales del gobierno de Alejandro Farnesio, que se dividen en tres etapas: la primera, de 1586 a 1588, cubre el perío-

do de la intervención directa inglesa hasta las vísperas de la Jornada de Inglaterra; la segunda comprende las operaciones que Farnesio emprendió entre 1588 y 1590 y se centra en los efectos que la fracasada operación naval contra el reino protestante tuvo en la guerra de Flandes. El último periodo se corresponde con las intervenciones españolas en Francia y los avances holandeses aprovechando la coyuntura favorable. El capítulo final, por otra parte, se aleja de las operaciones bélicas para centrarse en el estudio del ejército español y ver de cerca las varias causas que lastraron su efectividad como fuerza de combate, desde aspectos como la disciplina y la ética de soldados y oficiales hasta razones puramente organizativas o materiales.



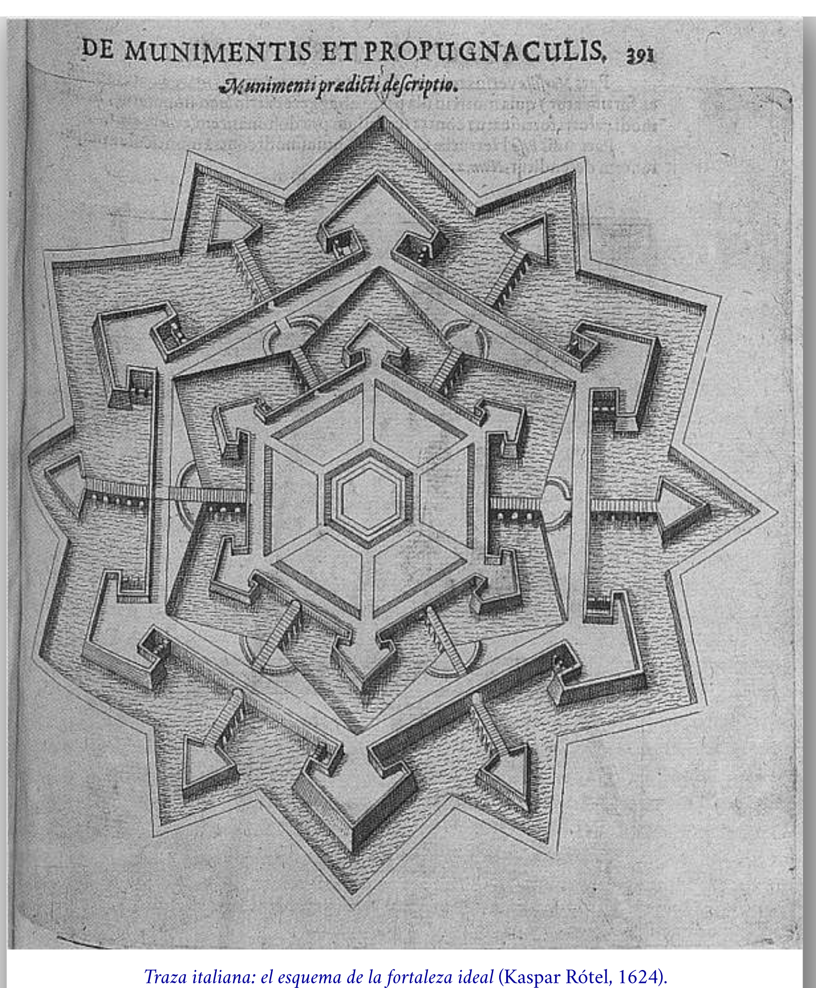


EL TEATRO DE GUERRA

Para comprender el desarrollo de las operaciones y los diversos dilemas y pareceres que se plantearon Alejandro Farnesio y sus principales lugartenientes y consejeros, así como los ministros de Felipe II encargados del manejo de la guerra, es preciso conocer en detalle el escenario en el que se libraron los combates, así como la situación militar entre españoles y rebeldes holandeses al comienzo del período que detalla este libro y la dinámica del conflicto. Los Países Bajos españoles, divididos en 17 provincias, eran un territorio de extensión relativamente reducida pero densamente poblado, lo que se traducía en una abundancia de ciudades y poblaciones fortificadas que no se daba en ninguna otra parte de Europa. El núcleo de la principal de las 17 provincias, el ducado de Brabante, es un ejemplo perfecto: apenas unas decenas de kilómetros separan entre sí las ciudades de Amberes, Bruselas, Dendermonde, Lovaina, Malinas, Lier y Herentals.

En su descripción general de los Países Bajos, el capitán Alonso Vázquez saca cuentas al por menor de la

cantidad de plazas fuertes que orlaban las 17 provincias: 54 ciudades y unas 29 villas en el condado de Flandes, las principales Gante, Brujas, Douai, Tournai, Lille e Ypres; 44 villas "cercadas de inexpugnables murallas" en el ducado de Brabante, entre las cuales Amberes, Bruselas, Lovaina y Bolduque; en el ducado de Güeldres, 28 villas "cercadas de fuertes murallas", como Nimega, Arnhem y Roermond; en el señorío de Overijssel "ocho villas cercadas"; en la provincia de Frisia occidental, "trece grandes villas muradas"; 29 "villas cercadas y muy fuertes" en el condado de Holanda, entre ellas Dordrecht, Haarlem, Delft, Leiden, Gouda y Ámsterdam; "cinco villas muradas y muy fuertes" en el señorío de Utrecht; "ocho villas muradas y fuertes" en el condado de Zelanda; "doce villas bien guarnecidas de murallas fuertes" en el condado de Artois; 29 ciudades y villas "cercadas de anchos fosos y de inexpugnables murallas" en Hainaut; 20 en Luxemburgo y cuatro en Namur.



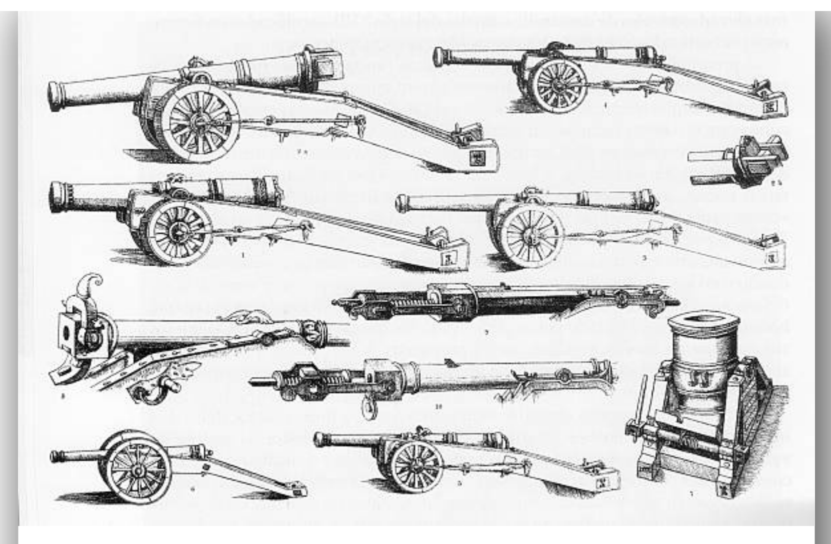
Traza italiana: el esquema de la fortaleza ideal (Kaspar Rótel, 1624).

La posesión de las ciudades y plazas fuertes era indispensable para el control del territorio, de ahí que con el paso de los años los núcleos urbanos principales fuesen ampliando y mejorando sus fortificaciones. Elementos defensivos de la llamada *Traza italiana,* como revellines y medias lunas con sus respectivos fosos, fueron agregándose a las murallas y torres medievales y convirtieron las ciudades flamencas y holandesas en obras maestras de la ingeniería militar cuya expugnación suponía retos cada vez mayores. La de Flandes,

pues, fue fundamentalmente una guerra de asedios que atrajo a lo más granado de la ingeniería europea —cabe destacar nombres como el de Pompeo Targone, una de las mentes tras los sitios de Ostende (1604) y La Rochelle (1627-28)—. Tanto el arte de la fortificación como el de la expugnación de plazas —la poliorcética— alcanzaron en los Países Bajos sus más elevados niveles de desarrollo a finales del siglo XVII, significados en figuras como Sébastien Le Prestre de Vauban y Menno van Coehoorn.

El predominio de los asedios alteró aspectos fundamentales de la forma de hacer la guerra: concedió definitivamente a la infantería el papel de fuerza principal a la vez que redujo la importancia de la caballería —lo que generó una cierta competencia o hasta animosidad entre las dos armas, puesto que los de a caballo tenían menos ocasiones para lucirse—. También acrecentó notablemente el papel de la artillería. En las batallas la presencia de los cañones era reducida y su importancia menor, motivo por el cual los españoles los llamaban "espanta bellacos" —como explicaba el militar y diplomático Bernardino de Mendoza en el tratado *Teórica y práctica de la guerra* (1577), "si bien en la guerra la artillería mata los menos, su furia espanta los más" —. Por otra parte, la artillería adquirió un papel decisivo en los asedios, donde los cañones se convirtieron en parte esencial tanto del ataque a las plazas como de su defensa, según reconocía el mismo autor, que hace mención en su tratado bélico de los grandes daños en que redundaban los sitios a quienes los emprendían sin los preparativos adecuados, "en particular si no tienen cantidad de artillería con abundancia de municiones, con que abrir bastante batería".

Los asedios de grandes ciudades bien fortificadas y guarnecidas solían involucrar miles de hombres en un mismo espacio durante períodos de tiempo de varios meses, lo que entrañaba costes económicos elevados y dificultades logísticas considerables. Alimentar al campo sitiador en la medida necesaria para impedir su disgregación sólo podía conseguirse mediante un envío sistemático de suministros, generalmente un tipo de bizcocho llamado *pan de munición,* producido en el territorio amigo o comprado en estados neutrales, que podía conservarse durante años. También solían acudir al campamento de asedio los vivanderos, civiles de la zona que vendían provisiones a los soldados. También era habitual que las autoridades del ejército obligasen a las poblaciones circundantes a pagar contribuciones de guerra en forma de víveres de tal modo que ambos saliesen favorecidos: los soldados recibían alimentos y las aldeas se libraban del saqueo. Con todo, en los sitios largos pocos se libraban del hambre. Cuenta Alonso Vázquez del de Ninoven, en 1582, que "llegó a tanto extremo, que en casa de Alejandro, ni en su estado, se comía bocado de pan; y si alguno se alcanzaba, era de buca, negro, pajoso y sin sazón; y hubo Capitán que dio una cadena de oro, que valía doscientos ducados, por treinta de estos panes para sustentar un día su compañía".



La variedad de piezas de artillería del siglo XVII en un grabado de Reinhard von Solms.

La guerra de Flandes fue escenario de asedios interminables: el de Ostende se prolongó por espacio de tres años, entre 1601 y 1604, lo que le valió a la plaza el mote de la "Nueva Troya"; el de Amberes duró más de un año, al igual que los de Bruselas y Gante en fechas cercanas; el de Haarlem, entre 1572 y 1573, llevó al ejército español unos siete meses; cuatro el de Grave en 1586, y el de Maastricht casi lo mismo en 1579. Otras veces un ejército se enfrascaba durante meses en el sitio de una plaza para acabar viéndose obligado a levantarlo por la disgregación de las tropas a causa del hambre o las inclemencias, con lo cual el coste de la empresa era aún más doloroso. En una ocasión, el Duque de Alba excusó su brutalidad ante Felipe II aduciendo que el castigo de una ciudad rebelde, Malinas, en este caso, era "muy necesario ejemplo para todas las otras villas que se han de cobrar, porque no piensen que a cada una dellas sea menester ir al ejército de

V.M., que sería un negocio infinito". La crueldad no era patrimonio exclusivo del de Alba; Farnesio mandó ejecutar a 300 prisioneros de la guarnición de Zichem en 1578 con idéntica finalidad.

En los tiempos de Alejandro Farnesio, por otra parte, todavía eran comunes los choques campales entre pequeños ejércitos, especialmente durante operaciones de castigo, como la leva de contribuciones en suelo enemigo, o cuando se trataba de introducir un convoy de suministros en una ciudad asediada. Las principales batallas que se dieron en tiempos de Farnesio se saldaron con victoria española: Borgerhout (1579), Hardenberg (1580), Noordhorn (1581), Steenbergen (1583), Amerongen (1585), Boksum (1586) y Zutphen (1586) fueron las de más relevancia. Las tropas españolas, en general, se impusieron gracias a su mayor profesionalidad y disciplina, condiciones de las que las tropas rebeldes carecieron en la mayoría de los casos hasta las reformas de Mauricio de Nassau. Para entonces, no obstante, las batallas campales se habían convertido en una *rara avis*; apenas los encuentros de Turnhout (1597), Nieuwpoort (1600) y Mülheim (1605) merecen dicha calificación. Sin embargo, ninguno de los choques consignados alcanzó la envergadura ni el carácter decisivo de batallas como Jemmingen (1568) o Gembloux (1578).

Otro tipo de operaciones militares de menor envergadura, pero más frecuentes en la guerra de sitios, eran las encamisadas y los golpes de mano, también denominados *interpresas*. Las primeras consistían en ataques nocturnos sobre los cuarteles y campamentos enemigos, con la particularidad de que los soldados que tomaban parte en ellas se cubrían con una camisa

blanca para no confundirse en la oscuridad con el enemigo. Entre las más famosas encamisadas destaca la de Mons, en septiembre de 1572, en la que unos cientos de arcabuceros a las órdenes del maestre de campo Julián Romero, aquel "maravilloso soldado y gran ejecutor de la guerra", que escribió luego el Duque de Medinaceli a Felipe II, degollaron a 600 rebeldes y estuvieron a punto de dar muerte a Guillermo de Orange. También fue célebre la que Sancho Dávila ejecutó contra el campamento rebelde cerca de Maastricht en 1574 con 300 infantes españoles, 300 valones y 8 compañías de caballería, en la que perecieron 700 holandeses.

Los golpes de mano, o *interpresas*, eran ataques por sorpresa contra castillos, ciudades o fuertes que buscaban apoderarse de ellas con poco esfuerzo y gran rapidez aprovechándose del desconcierto o la falta de preparación de la guarnición defensora. Una *interpresa* requería de una preparación larga y meticulosa, que incluía a menudo el envío de espías al lugar que se deseaba sorprender para recabar información sobre el estado de las defensas, los turnos de centinela, las fuerzas de la guarnición, etc. Las formas de ejecución de la *interpresa* podían ser muy diversas: desde subir a lo alto de las murallas con escalas al amparo de la oscuridad hasta esconder varios hombres en un carro o una barca para colarlos veladamente en la ciudad y abrir las puertas desde el interior. En una guerra en la que la posesión del territorio era fundamental, las *interpresas* se revelaron como la alternativa más económica a los asedios. En la guerra de Flandes, plazas de primer orden cayeron por un golpe de mano; por ejemplo Malinas, sorprendida en 1580 por una tropa de soldados

ingleses y holandeses que la tomaron por escalada, o Breda, que pasó a manos holandesas en 1590 cuando unas decenas de rebeldes se introdujeron en la ciudad ocultos en una barca de transportaba turba.

Pero si un elemento geográfico determinaba la forma de guerrear en los Países Bajos, al margen de la abundancia de ciudades fortificadas, era la gran cantidad de ríos y canales que los surcaban. En épocas de paz, los cursos fluviales eran utilizados como vías de transporte de mercancías entre los emporios comerciales flamencos, pero en tiempos de guerra constituían obstáculos formidables que afectaron de forma decisiva al curso de la guerra. A ello cabe añadir que los Países Bajos debían su nombre a su poca altitud respecto al mar, lo que hacía que las tierras costeras y las desembocaduras de los ríos fuesen extremadamente sensibles a las inundaciones ocasionadas por las lluvias y el deshielo. Con el tiempo, flamencos y holandeses habían aprendido a construir diques para contener la fuerza de las corrientes, y esclusas para valerse de ellas con fines diversos, entre los cuales el bélico, para inundar los terrenos circundantes a una ciudad y obligar al enemigo a levantar un sitio. El manejo de las aguas jugó un papel decisivo en episodios como los asedios de Leiden, en 1574, y de Amberes, en 1584-85.



El milagro de Empel (Frans Hogenberg y Georg Braun).

Los ríos eran, ante todo, defensas naturales que había que sortear y sobre todo, mantener bajo control. En las confluencias entre ríos o en los lugares más a propósito para vadearlos con la corriente baja o cruzarlos mediante pontones, uno y otro bando erigieron fuertes destinados a dominar el área para evitar que el enemigo circulase libremente. Son los casos, por ejemplo, del fuerte de Schenkenschans, erigido en 1586 por los holandeses en la bifurcación del Rin con el Waal, o el fuerte de San Andrés, construido en 1599 por los españoles en un punto donde el Rin se unía con el Mosa. Otros fuertes controlaban canales o diques, como el de Niezijl, en la vecindad de Groninga, que controlaba el dique o pólder homónimo, o el Saso de Gante, que controlaba el canal que unía Gante con el estuario del Escalda. Otros, como Bourtange y Coevorden, en Frisia, guardaban caminos firmes entre pantanos infranqueables.

En las operaciones en el delta del Escalda, el Rin y el Mosa, un área extensa dividida en dos brazos principales y otros cuerpos de agua que formaban una serie de islas de diverso tamaño expuestas al oleaje del mar del Norte, el influjo de las mareas y las tormentas se hacía sentir con fuerza. El capitán Alonso Vázquez lo deja patente en su descripción del territorio: "El condado o isla de Zelanda contiene en sí otras muchas pequeñas que tienen sus nombres particulares. Están situadas en el mar Océano [...] y los dos poderosos brazos o canales del río Escalda las dividen de Flandes y Brabante, y como son tan bajas sucede muchas veces, en tiempos tempestuosos y de grandes avenidas y crecientes del mar, cubrirse, y las corrientes y aguajes, que son terribles, las suele mudar de una parte a otra". Ciudades de importancia estratégica o política como Amberes, Sluis, Bergen-op-Zoom, Goes y Zierikzee se encontraban en esta zona movediza, en las que la bajamar propiciaba vadeos tan arriesgados como el que emprendió en octubre de 1572 el coronel Cristóbal de Mondragón, que al frente de 3.000 soldados cruzó el espacio de 15 millas que, a través del delta, separaba las cercanías de Bergen-op-Zoom de la isla de Zuid-Beveland.



El asesinato de Guillermo de Orange (Jan Luyken, 1681).

El clima era un elemento a tener muy en cuenta en relación con los ríos y las mareas. El capitán Alonso Vázquez da fe en sus escritos de la particular longitud y dureza de los inviernos en los Países Bajos: "Se dice que de doce meses del año, los nueve son de invierno y los tres de infierno", a lo que añade que en Flandes el invierno era "muy erizado, áspero y terrible por sus muchos fríos, aguas y hielos". El propio Vázquez cuenta, cuando relata el Milagro de Empel, en el que una prodigiosa helada a comienzos de diciembre de 1585 obligó a una flota fluvial holandesa a retirarse cuando tenía sitiados a los soldados del tercio de Bobadilla, que la capa de hielo del Mosa alcanzó en apenas dos días un grosor de media pica, es decir, unos dos metros y medio o incluso algo más. Y esto en uno de los ríos más anchos y caudalosos.

La congelación de los ríos facilitaba enormemente las operaciones. El coronel Francisco Verdugo cuenta en sus escritos, por ejemplo, que levaba contribuciones de guerra en territorio enemigo en invierno, aprovechando que la helada de los cenagales frisones volvía el terreno practicable. El frío podía llegar a ser tan virulento que el grosor de la capa de hielo era capaz, en ocasiones, de soportar el peso de caballos y piezas de artillería. Por otra parte, un deshielo temprano cuando la primavera llegaba más pronto de lo habitual entrañaba dificultades terribles a la hora de cruzar un río. Evidentemente no podía franquearse sobre la capa ya descompuesta, pero tampoco era fácil recurrir a barcas, y aún menos a pontones, ya que la corriente en continua crecida arrastraba bloques de hielo de diverso tamaño que volvían la navegación extremadamente peligrosa, y más para la clase de botes y esquifes que se empleaban en las travesías fluviales.

Hacer la guerra en los Países Bajos no era, en suma, nada fácil para ninguno de los bandos. En los prolegómenos de la Jornada de Inglaterra, la tónica general era de ofensivas españolas y defensa holandesa. Una tregua estable con el Imperio otomano en 1581 y la rápida ocupación de Portugal en las mismas fechas permitió a la Monarquía de Felipe II concentrar en Flandes el grueso de sus recursos. Los holandeses, por el contrario, privados del líder de la rebelión, Guillermo de Orange, asesinado en 1584 en su residencia de Delft por un agente de Felipe II, se encontraban a la defensiva y sumidos en un estado de confusión del que no salieron por completo hasta que Mauricio de Nassau, segundo hijo del difunto príncipe de Orange, se convirtió en el líder indiscutible de las Provincias Unidas,

aunando las figuras de estatúder y Capitán general a finales de la década gracias a la enorme influencia de Johan van Oldenbarnevelt, el más brillante de los políticos holandeses del momento.

Tras la conquista de Amberes por el ejército español, la presencia holandesa en Flandes quedó reducida a un puñado de poblaciones costeras y a algunos enclaves en al curso del Mosa que Farnesio subyugó a lo largo de 1586. De no haberse dado la infausta Jornada de Inglaterra, el Duque de Parma hubiera podido iniciar en 1587 la ofensiva contra las provincias de Holanda y Zelanda, núcleo político y económico de la revuelta antiespañola. En aquel momento, el territorio bajo control de las Provincias Unidas había ido menguando con rapidez hasta quedar reducido a dos enclaves en la costa flamenca —Ostende y Axel—, algunos fuertes en la ribera norteña del Escalda con las ciudades de Bergen-op-Zoom y Heusden, los condados de Holanda y Zelanda, el señorío de Utrecht y parte de las provincias de Güeldres, Overijssel y Frisia. El condado de Flandes y el ducado de Brabante, con los señoríos de Groninga y Drenthe y la parte restante de Frisia, Güeldres y Overijssel, además de las provincias católicas del sur, quedaban en manos españolas.



El asedio de Bergen op Zoom por Alejandro Farnesio (Bartholomeus Dolendo).

La peculiar geografía de la región ofrecía a uno y otro bando posibilidades diversas para la ofensiva y la defensa. En este sentido, es preciso establecer una distinción entre dos teatros de operaciones: el meridional, que corría a lo largo de la costa flamenca y la frontera entre Brabante y los territorios holandeses al norte, y el nororiental, conocido entonces de forma algo imprecisa como "Frisia", y que amén de la susodicha provincia comprendía todas las tierras situadas al norte de los grandes ríos, el Rin, el Mosa y el Waal. Dado que el grueso de las fuerzas de Farnesio se encontraba en el primero de los frentes, podría parecer lógico, de entrada, realizar el esfuerzo bélico principal en el ataque directo al corazón de Holanda desde el Brabante. Así lo entendía el de Parma a pesar de que la República holandesa contaba en su flanco meridional con una formidable defensa natural, las "barreras fluviales", una triple muralla acuática formada por el Rin, el Waal y el

Mosa que defendía Holanda del ataque español. Carlos Coloma de Saa, militar y diplomático de la época que sirvió a las órdenes de Farnesio, describe la región con gran detalle en su obra principal, Las *Guerras de los Estados Bajos desde el año de 1588 hasta el de 1599.*



Mauricio de Nassau (Anónimo, 1603).

"El Rin [...] habiendo caminado más de cien leguas desde su nacimiento hasta Emmerich, tres más abajo se divide en dos ramos: el superior (que conserva el nombre algo más, aunque con menos agua, y toma su corriente sobre la mano derecha, pasando por Arnhem, Wageningen, Rhenen, y otros muchos lugares de Holanda) desagua en el océano con nombre de Lek, o por mejor decir, en la Mosa, que, enriquecida con las aguas ajenas, arroja las de entrambos cuernos del Rin en aquellos senos septentrionales. El ramo inferior, trocando su natural nombre por el de Waal, pasa por entre Nimega y su fuerte, y discurriendo algunas leguas, cuando llega a Tiel, en Holanda, deseoso de mezclar sus corrientes con las de la Mosa, como lo hace en Loevestein, después de haber formado el uno y el otro la isla de Bommel, le da una vista, y parte, aunque pequeña, de sus aguas por entre la aldea de Heerewaarden, que queda por punta de la isla de Bommel y fuerte de Voorne, que ocupa también la punta, fin y remate del ducado de Güeldres, guardado con gran cuidado por el enemigo, y una estrechura rodeada por ambas partes de los ríos Mosa y Waal; los cuales, como se ha dicho, ensanchán-

dose algunas leguas, hacen la isla de Bommel, hasta que, dejando a Loevestein dentro della, juntos ya ambos a dos, tocan a las murallas de Woudrichem y Gorkum”.

Coloma describe poco menos que un avispero de ríos y plazas fuertes dispuestas por los holandeses para hacer infranqueable su frontera meridional. El primer paso para asentar un pie en Holanda y Zelanda era la conquista de la isla de Bommel, guardada por la ciudad densamente fortificada de Zaltbommel y los fuertes mencionados por Coloma. El control del Mosa y el Waal abría la puerta a una ofensiva sobre ciudades como Gorkum y Schoonhoven —esta, cabeza de puente en el Lek—; cuyo control facilitaría la acometida contra el núcleo holandés y zelandés de la revuelta, que aguardaba más allá en ciudades como Rotterdam y La Haya. En 1589, Farnesio trató, infructuosamente como veremos, de abrirse paso por la maraña de ríos, islas y fuertes que aguardaba al norte del Brabante. El año anterior había intentado, con el ejército reunido en vano para la empresa de Inglaterra, conquistar, en una operación que también cubre este libro, otro enclave estratégico: la ciudad de Bergen-op-Zoom, bautizada como *La Pucelle* —la virgen— porque los españoles nunca lograron expugnarla.

Bergen-op-Zoom era otra plaza de valor estratégico incalculable. Así lo entendían uno y otro bando. En palabras del historiador neerlandés F.J.G. ten Raa, Bergen-op-Zoom, emplazada al norte de Amberes y a orillas del Oosterschelde, el más septentrional de los dos estuarios que forma el Escalda en su salida al mar, era la llave que abría las puertas a Zelanda, “porque la isla de Tholen se encuentra tan cerca que sólo hay que va-

dear hasta dos pies de profundidad en esa dirección". El control de Tholen, a su vez, allanaba el camino a la conquista de las islas de Zuid-Beveland y Walcheren. Si tomaba Bergen-op-Zoom, además, Farnesio aislaba los fuertes holandeses en la ribera oriental del Escalda, que constituían siempre una amenaza para Amberes y un puente para los holandeses si deseaban recuperar la ciudad. Pocos kilómetros al este de Bergen-op-Zoom, Breda constituía otra posición estratégica por su cercanía al castillo de Zevenbergen, un puesto fortificado muy próximo a las orillas del Hollands Diep, un brazo de agua, alimentado sobre todo por el Mosa, que hacía las veces de muralla natural de Holanda. De ahí que los rebeldes se afanasen en tomar Breda en 1590 para reducir la amenaza por aquel flanco.

En su *Obsidio bredana,* obra que trata el asedio de Breda por los ejércitos de Ambrosio Spínola, el jesuita flamenco Hermán Hugo cuenta que entre las causas que movieron al genovés a sitiar la ciudad, sede de la Casa de Orange-Nassau: "Incitábale particularmente la oportunidad del sitio [...] para estorbar juntamente toda la navegación entre las villas vecinas a Breda, en los confines de Holanda y Zelanda, negocio que no se tiene por muy dificultoso, y que con increíble daño del enemigo se encaminaría si se ocupasen algunos lugares propincuos". Aunque este supuesto no pudo llevarse a cabo por falta de caudales con los que proseguir la guerra ofensiva, un historiador holandés de la época, Isaac Commelin, cuenta en una de sus obras, una crónica sobre los sucesos destacados del gobierno del medio hermano y sucesor de Mauricio de Nassau, Federico Enrique de Orange, que los soldados merodeadores de la guarnición española de Breda eran una molestia

constante para el tráfico fluvial entre Holanda y Zelanda, y cuenta el caso particular de una partida que, en 1635, haciéndose pasar por holandeses, logró apoderarse de tres bajeles que navegaban entre Dordrecht y Willemstad, tomando varios prisioneros por los que pidieron rescate y llenando cinco carros de botín.

Las operaciones del ejército español en 1588 y 1589, posteriores a la dilación ocasionada por la Empresa de Inglaterra, se encaminaron a preparar el terreno para la ofensiva final sobre el núcleo político y económico de las Provincias Unidas en Holanda y Zelanda, primero a través de Bergen-op-Zoom y la isla de Tholen, y luego, fracasado este intento, a través de la isla de Bommel, de forma igualmente infructuosa. Ni estas ofensivas ni las que se produjeron en fechas posteriores, en concreto las empresas del Almirante de Aragón en 1599 y las de Ambrosio Spínola en 1622 y 1624-25, lograron quebrar la férrea muralla natural que las *barreras fluviales* conferían a Holanda y Zelanda.

La mejor alternativa para acometer el asalto al corazón del territorio rebelde pasaba por aprovechar las ventajas que para ello ofrecía el frente de Frisia. Este, en realidad, corría a lo largo de la frontera oriental de los Países Bajos, desde el estuario del Ems, el Dollart, cercano a Dinamarca, hasta el punto en el que el Rin se dividía en dos ramales, en los confines del ducado de Güeldres. Las defensas naturales de las Provincias Unidas eran considerablemente más débiles en este flanco, dado que solamente el río Ijssel cerraba el paso a los españoles hacia la parte occidental de Güeldres y la provincia de Utrecht. La presencia católica en la zona había crecido en 1587 gracias al buen hacer el gobernador de Frisia, el coronel Francisco Verdugo. En

vísperas de la Jornada de Inglaterra los españoles tenían dos buenas plazas fuertes en el Ijssel, Deventer y Zutphen, amén de otras —Groenlo, Oldenzaal y Lingen— que protegían su retaguardia hasta la frontera con el Obispado de Münster, estado católico del Sacro Imperio.

Desde Zutphen y Deventer, las tropas españolas amenazaban un territorio escasamente fortificado: las principales ciudades de la región, Utrecht y Amersfoort, carecían de defensas de Traza italiana —como muchas ciudades de Holanda y Zelanda, en realidad—, dado que se encontraban lejos, teóricamente, de la línea del frente. El gobernador holandés de la región, Adolf van Nieuwenaar, se vio forzado por la inesperada toma de Zutphen en 1584 a construir un conjunto de fuertes alrededor de la ciudad para impedir a los españoles la entrada en la región de Veluwe. Sin embargo, sus tentativas fueron vanas. Las tropas de Verdugo cruzaban el Ijssel con frecuencia, en barcas o sobre el hielo, y obligaban a las poblaciones indefensas a pagar contribuciones de guerra para librarse del saqueo. En junio de 1585, las tropas españolas destruyeron el ejército holandés provincial en Amerogen, cerca de Utrecht, lo que generó una oleada de pánico en la ciudad y obligó a los holandeses a replegar parte de sus tropas de Brabante.

Verdugo da fe en sus escritos del gran valor estratégico de las plazas situadas en el curso del Ijssel y de cómo una y otra vez le comunicó a Farnesio que "por las villas de Deventer y Zutphen podría su Alteza hacer grandes progresos entrando por el país de Utrecht en Holanda, lo cual los enemigos sentirían en extremo; y que el pueblo de aquellas provincias, acordándose de

los daños que habían recibido en tiempo pasado, se reducirían a su Majestad antes que pasar otra vez por ellos". Verdugo sintió especialmente la pérdida de Doesburg a manos de las tropas inglesas en 1586, dado que perdía una posición muy a propósito para poner Arnhem bajo sitio. El año anterior había erigido el fuerte de Ijsseloord en el punto en el que el Ijssel nace del Rin, muy cerca de Arnhem, pero los holandeses lo habían tomado pronto sin que pudiese socorrerlo con sus tropas. La preocupación de Verdugo era la dificultad para el movimiento de tropas entre los dos frentes de guerra a causa de los grandes ríos. El Rin, el Waal y el Mosa separaban uno y otro teatros de operaciones, y para una fácil comunicación era preciso controlar Nimega, ya en manos españolas, pero también Arnhem, en poder rebelde.

La escasez de tropas que comenzó a sufrir Verdugo a finales de la década de 1580, junto con la creciente insatisfacción de la élite local, selló la pérdida de la mayor parte de las posesiones españolas en la región. En su *Comentario de la guerra de Frisia,* Verdugo trae a colación a menudo la insuficiencia de la ayuda que Farnesio le enviaba en forma de hombres y dinero. Los caminos que los convoyes españoles debían tomar para transitar de Brabante a Frisia eran con frecuencia peligrosos, por lo que lo habitual era que las tropas destinadas al frente norteño diesen grandes rodeos a pesar de que ello conllevase una pérdida de tiempo nada desdeñable y tener que transitar por territorios neutrales del Sacro Imperio. En 1587 los españoles controlaban Grave y Nimega, lo que hacía factible una ruta mucho más corta: que los socorros enviados por Farnesio cruzasen en barcas el Mosa y el Rin a pesar del riesgo de ir

a dar con las tropas holandesas de la guarnición de Arnhem.

El control de los grandes ríos, del mismo modo que en el frente brabantino, era determinante en el de Frisia. Tanto el Mosa como el Rin podían cruzarse con pontones, pero mantener abierta una vía de comunicaciones estable para abastecer de hombres y suministros a un ejército en campaña requería el control de plazas fuertes que defendiesen los puentes. El control español del Mosa era absoluto en vísperas de la Jornada de Inglaterra, pero no sucedía lo mismo con el Rin. En aquel entonces los holandeses habían aprovechado la guerra entre católicos y protestantes en el Electorado de Colonia para instalar guarniciones en varias plazas fuertes del electorado y del ducado de Cleves que les otorgaban el dominio del Rin: Rheinberg, Emmerich y Rees. La primera se encuentra en la orilla occidental, mientras que las dos restantes ocupan la oriental. Sitiarlas con posibilidades de un éxito temprano aconsejaba hacerlo desde ambas orillas para cerrar completamente el cerco. En 1586 Farnesio puso Rheinberg bajo asedio, pero la ciudad no cayó hasta 1590 porque los holandeses lograban introducir vituallas a través del Rin.



Combate entre holandeses y españoles cerca de Amberes (Rijksmuseum de Ámsterdam)

El valor estratégico del tramo del Rin que atravesaba el Electorado de Colonia hasta los confines de Güeldres, donde se dividía en dos brazos, quedó patente sobre todo después de que los holandeses cerrasen el frente de Frisia en 1597. Ahora bien, pronto fue igualmente obvio que hacerse con el control de la ribera oriental del río no sería sencillo. Rheinberg cambió de manos repetidas veces, en 1597, 1598, 1601 y 1606, antes de pasar definitivamente a manos holandesas en 1633, lo que le valió el sobrenombre de “la Puta de la guerra”. La zona, además, era jurisdicción de varios estados del Sacro Imperio —los ducados de Jülich, Cleves y Mark— que veían con gran preocupación que ejércitos extranjeros convirtiesen sus fronteras en un campo de batalla. Mauricio de Nassau, en los años que siguieron a la muerte de Farnesio, aprovechó cuantas oportunidades se le presentaron para ganar influencia en el Rin, pues sellaba así su frontera oriental. Los sucesores con más luces de Farnesio, el almirante de Ara-

gón y Spínola, trataron igualmente de ganar peso en la frontera con el Sacro Imperio, con éxito en el caso del genovés, que volvió a poner la espada de Damocles apuntando a las Provincias Unidas desde el este.

Entre las distintas plazas que hollaban la región, sobresalía una por su valor estratégico incalculable: Schenkenschans, una fortaleza erigida por los holandeses en 1586 en el lugar donde el Rin se dividía en dos brazos —el Waal, al sur; y el propio Rin al norte— que forman la isla de Betuwe, una tierra extremadamente fértil y poco fortificada. Del valor estratégico de Schenkenschans daba fe en 1599 en almirante de Aragón, Francisco de Mendoza, a la sazón Capitán general del ejército español en Flandes: "El fuerte del Esquenque es hoy la llave de las islas; si lo tomamos, nos hacemos señores del Waal y del Rin, y atamos de pies y manos a toda Holanda, dejamos cortado el Ijssel, con sus cuatro plazas, Zutphen, Deventer, Zwolle y Kampen, hasta el brazo de mar a quien los de aquella tierra llaman Zuiderzee; con dos puentes que hagamos, uno en el Waal y otro en el Rin, somos señores de todo cuanto hay entre estos dos ríos, pues las tierras cercadas no son fuertes, ni los que las pueblan tan nuestros enemigos que no tenga yo secretas inteligencias con alguna villa de las más poderosas y nobles de las islas".

Las posibilidades estratégicas que abría el control de Schenkenschans, en fin, eran interesantes. La fortaleza cayó en manos españolas mucho después de las campañas de Farnesio, en 1635, y fue recuperado al año siguiente por los holandeses. Su toma, no obstante, generó en las altas esferas españolas —más en Madrid que en Bruselas— una gran expectación. Una carta dirigida al marqués de Leganés, fechada en Dunkerque a

finales de agosto de 1635 decía: “Podrase entrar de hoy más en la Veluwe y Betuwe siempre que se quiera, y pondrase contribución hasta las puertas de Ámsterdam”. Las expectativas, finalmente, no se vieron cumplidas. Los holandeses controlaban entonces el Mosa gracias a las conquistas de Venlo, Roermond y Maastricht, y la comunicación entre Brabante y Güeldres era más dificultosa que en tiempos de Farnesio o de Spínola. En la época que cubre este libro, el valor del fuerte era discutible, pues hasta 1591 una plaza mucho más importante como Nimega estuvo en manos españolas.

Un hecho singular da fe del carácter del Rin como arteria principal del sistema defensivo holandés e incluso, dejando de lado el ámbito plenamente militar, como arteria económica de la revuelta: el plan hispánico, sólo en parte llevado a cabo, de construir un canal que desviase la corriente del principal río de Alemania hacia el Mosa con el objetivo de dirigir hacia los Países Bajos españoles el influjo comercial entre las Provincias Unidas y los Estados renanos del Sacro Imperio. El plan comenzó a germinar a comienzos de la década de 1620 en la mente de Jan van den Wouwer, amigo personal del pintor Rubens y uno de los principales consejeros de la infanta Isabel, gobernadora de los Países Bajos en nombre de Felipe IV. “Todo el Rin se podría sacar de su cama y ser puesto en la Mosa, por donde Holanda quedaría desislada, de una parte, y ahogada, por otra”, decía el memorial en el que van den Wouwer planteó la construcción del ambicioso canal en 1626.

El plan del consejero flamenco de la infanta española contemplaba no sólo revitalizar el comercio de los

Países Bajos españoles, muy resentido por la devastación causada por la guerra y por la fuga de capital de Amberes hacia Holanda en 1585 y los años sucesivos, sino que tenía también hondas implicaciones militares, en tanto que la desviación del Rin eliminaría la muralla natural que protegía a las provincias rebeldes. Por un lado, el caudal del Mosa crecería de forma ostensible hasta anegar las tierras alrededor de su desembocadura —lo que castigaría seriamente ciudades rebeldes de primer orden, como Dordrecht—, Pero lo más importante era que el flanco oriental de las defensas holandesas quedaría al descubierto, dado que tanto el tramo final del Rin como sus dos ramificaciones, el Waal y el Ijssel, prácticamente desaparecerían. A eso se refería van den Wouwer cuando decía que una parte de Holanda quedaría ahogada y la otra "desislada".

El proyecto de Van den Wouwer, bautizado con el nombre de *Fossa Eugeniana* en alusión al segundo nombre de la infanta Isabel, dispuso de amplios recursos humanos y materiales. Los mejores ingenieros de la Monarquía Hispánica participaron en su construcción y el ejército de Flandes se movilizó para proteger los trabajos de los ataques holandeses. Las obras, según el plan final, debían unir el Rin y el Mosa desde Rheinberg hasta Venlo pasando por Geldern. Sin embargo, pese a que las obras avanzaron rápidamente al principio, chocaron más adelante con el terreno escarpado de la provincia del Alto Güeldres, a lo que se sumaron al poco las dificultades económicas de la Corona española. El plan, pues, hubo de ser abortado y la guerra se prosiguió con medios convencionales.

Como sucedió con las ofensivas a través del frente de Brabante, los ataques españoles a las Provincias

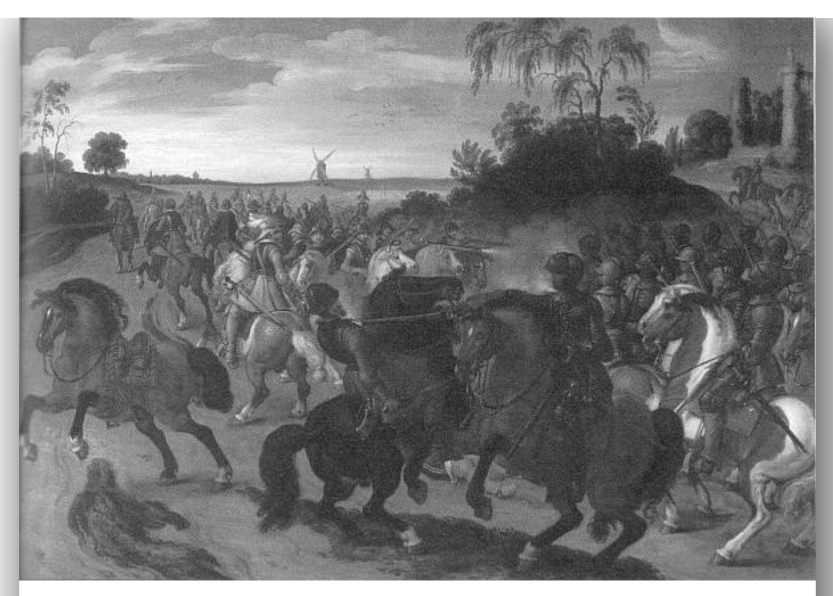
Unidas desde el frente de Frisia y el Rin no lograron un éxito decisivo. No puede decirse, pese a ello, que fueran un completo fracaso o que no obtuvieran resultados. Por espacio de décadas las regiones holandeses expuestas a las incursiones de las tropas españolas que guarnecían las fortalezas del frente frisón —plazas como Oldenzaal, Lingen y Groenlo— pagaron contribuciones de guerra que alimentaron las arcas españolas. Las tierras situadas en la orilla oriental del Ijssel, Twente y el Achterhoek, se convirtieron en una suerte de tierra de nadie sometida a correrías españolas cuyos ecos llegaban hasta Utrecht. Asimismo, varias ofensivas en momentos puntuales revelaron la debilidad de las defensas holandesas. En 1624, por ejemplo, mientras Spínola sitiaba Breda, un cuerpo español de varios millares de soldados al mando del conde Van den Bergh cruzó el Ijssel entre Doesburg y Bronckhorst, penetró en la Veluwe y saqueó pueblos y castillos causando el pánico de la población local. En las mismas fechas, un contingente español de caballería atacó Frisia desde Lingen y tras rechazar a las fuerzas holandesas que le salieron al paso saqueó la región hasta las puertas de Groninga.

El momento de mayor pánico que vivieron las Provincias Unidas ante una ofensiva desde el este se dio en 1629, cuando de nuevo el conde Van den Bergh, usando la misma vía que en su anterior penetración en Veluwe, abrió el camino para que un ejército enviado por el emperador Fernando II en apoyo de Felipe IV conquistase la ciudad de Amersfoort y el castillo de Ter Eem, en el corazón de Utrecht. A la postre, la ofensiva resultó un fiasco, pero por unos momentos los holandeses temieron perder la propia ciudad de Utrecht. La

invasión hispano-imperial se proponía forzar al príncipe de Orange a levantar el asedio de Bolduque, y como conjeturaba una relación de sucesos de aquel entonces conservada en la Universidad de Sevilla, el ejército católico, si los ruegos de las ciudades amenazadas no bastaban para disuadir al Orange, siempre podía acometer la isla de Bommel por la retaguardia y apoderarse del fuerte de Crevecoeur, dejando al ejército holandés aislado. Pero no pudo ser, pues un audaz golpe de mano privó a los españoles de su principal base en el Rin, Wesel, y la operación hubo de ser suspendida.

No fue hasta 1672, en la Guerra franco-holandesa, cuando un ejército invasor, el de Luis XIV de Francia, logró llevar a cabo una invasión exitosa de las Provincias Unidas a través de su flanco oriental. Dejando atrás la imponente Maastricht, las fuerzas galas ocuparon gran parte del suelo holandés en una fugaz campaña de apenas dos meses. Lideradas por el habilidoso mariscal Turenne, las tropas francesas despejaron el Rin de guarniciones holandesas, tomaron Groenlo al norte, cruzaron el Waal cerca de Schenkenschans y se apoderaron del fuerte; luego en una sucesión espectacular, cayeron como la fruta madura las principales ciudades y fuertes en los cursos del Ijssel, el Waal y el Rin. Sólo Frisia, Holanda, Zelanda y el Brabante holandés se libraron de la ocupación francesa. La intervención del Sacro Imperio en 1673 salvó a las Provincias Unidas de la ruina. Sin embargo, hay que tener muy en cuenta que ni Farnesio años atrás había contado con el poderío de Luis XIV, ni los rebeldes holandeses hubiesen dejado que la molicie imperase en sus defensas como sucedió en 1672.

Los recursos de que disponía el duque de Parma para emprender nuevas ofensivas contra los rebeldes son otro elemento que merece ser estudiado con detalle. Un análisis somero, sin embargo, basta para soslayar las dificultades que afrontaba Farnesio, que dependía en gran medida de los fondos que recibía de Madrid porque la riqueza de Flandes no bastaba para sufragar los costes de la contienda. Décadas de guerra habían sumido gran parte de los Países Bajos en la ruina, pero eran las provincias católicas las principales damnificadas, mientras que los núcleos comerciales de Holanda, al cobijo de sus defensas geográficas, apenas habían acusado los efectos nocivos de la contienda. Al contrario, a medida que el ejército español reconquistaba ciudad tras ciudad en el sur, la fuga de capitales comerciales hacia el norte se incrementaba. Amberes, centro del comercio mundial durante buena parte del siglo XVI, acusó la guerra con intensidad. Además del éxodo de mercaderes calvinistas hacia Holanda tras el terrible asedio de 1584-85, el dominio holandés del mar se tradujo en un bloqueo del Escalda que restringió el comercio de la ciudad con otros centros del norte de Europa como Londres o los puertos de la Liga Hanseática.



Combate entre caballos coraza y arcabuceros a caballo (Sebastian Vrancx, Schlossmuseum Gotha).

Renon de France, magistrado valón que llegó a presidente del tribunal de Malinas, dejó patente en una obra titulada *Histoire des troubles des Pays-Bas* el lúgubre paisaje que presentaban los Países Bajos españoles en 1590: “El comercio, en el que la riqueza del país solía sustentarse, está debilitado y perdido. Las manufacturas han ido al enemigo o a los vecinos. La pesca es nula. Al contrario, los holandeses y los zelandeses la tienen toda; y la navegación está cerrada del todo a los buenos vasallos. Se permite bajo licencia que muchas mercancías vayan hacia el enemigo, que prevalece y se mantiene gracias a la ruina de los buenos vasallos. Estas licencias o derechos son inútiles para el Rey y útiles a los ingleses para sus paños y lanas [...] Desde hace largo tiempo la agricultura se ve incomodada, y los que labran son destruidos por las composiciones y contribuciones. Las ciudades son cárceles, ya que no pode-

mos ir de una villa a otra sin un convoy, que se pone a la carga del Rey y los particulares".

El triste panorama dibujado por Renon lo completaba la plaga de los *frabutes,* llamados *vrijbuiters* por los flamencos —de donde viene asimismo el moderno término filibustero— y que no eran sino soldados desertores que vivían de robar, saquear y saltear en los caminos, a menudo con la connivencia de oficiales y gobernadores de plazas. En palabras de Alonso Vázquez, los *frabutes* eran "gente libre y suelta y que viven a su albedrío, no con más fundamento que el arrimo y amparo de las guarniciones o compañías que están en una plaza, donde suelen recogerse gran cantidad de ellos, y salen a robar a los caminos, haciendo (como dicen) a toda ropa, sin respetar amigos ni a enemigos, y de lo que hurtan parten con los capitanes y con el gobernador de la plaza o villa donde se recogen porque los dejen vivir en ella. Suelen hacer grandes correrías o pecoreas de importancia, ganando prisioneros de calidad, perturbando a los pobres labradores a que no trabajen; y para que lo puedan hacer, se lo pagan, y los tienen tan sujetos y atemorizados que muchas veces los encubren en todos los Países Bajos por temor de no perder sus haciendas y sus vidas".

Otro elemento contribuía a dificultar más, si cabe, la capacidad de Farnesio para sustentar su ejército con los menguados recursos que le proporcionaban los Países Bajos: la inexistencia de mecanismos legales para recaudar impuestos, que habían sido disueltos a causa de la guerra y no fueron restablecidos hasta 1588. El ejército español hubo de recurrir durante más de una década al sistema de las contribuciones para recabar los menguantes recursos flamencos. Primero fue

imponiendo el pago de sumas de dinero a las poblaciones situadas en territorio enemigo; luego, a medida que el territorio iba regresando a manos de la Corona española, por medio de un sistema organizado por el "superintendente de las contribuciones de las ciudades y de la región sometidas a la obediencia de Su Majestad", Juan Andrea Cigogna, que pactaba con cada ciudad o población la entrega periódica de una cantidad de recursos a las tropas españolas. Dicha cantidad variaba en función del número de efectivos acuartelados en el lugar.

En la correspondencia de un capitán de caballería español que participó en la Guerra de los 30 Años encontramos una buena muestra del funcionamiento de las contribuciones de guerra en territorio ocupado, donde era importante no trastornar a la población local a la vez que garantizar el sustento de las tropas: "Los forrajes, para que no queden quejosos los vecinos, y ellos y los burgueses enterados de que no se les toma más de lo que es menester por ayuda —escribía el oficial al Capitán general del ejército—, he resuelto el llamar aquí los *amanes* [magistrados] de los contornos, y con la mayor blandura que fuere posible, que ellos mismos se repartan para esta guarnición cien carros de heno, doscientos de paja y ciento de avena, lo cual, sin hacer almacén, el magistrado repartirá por las casas de la caballería, conforme la costa de soldados que tuvieren [...] porque dejar mano abierta es hacer un robo manifiesto y un monte de quejas y desórdenes".

Pagar contribuciones, especialmente para las comunidades rurales, que habían sufrido la guerra de forma más acusada, resultaba a menudo una cuestión problemática. Además, la frontera entre los soldados y los

frabutes no siempre estaba clara. No todos los oficiales eran tan comprensivos como el capitán de caballería antedicho; otros abusaban de la población local y tomaban por la fuerza más de lo que les correspondía. El propio Farnesio recelaba del sistema de las contribuciones, al que consideraba una fuente de problemas. Tan pronto como en 1579 escribía: "Si los soldados se pueden acomodar donde seguramente puedan comer, yo lo tengo por mucho mejor que no lo de las contribuciones, porque se me representa que muchos deben de juzgar lo que se les da con esperanza de hallar después de comer en la campaña, y que de aquí nacen los excesos y desórdenes que se hacen". Los subordinados de Farnesio, así como sus sucesores, sin embargo, no siempre fueron de la misma opinión. De lo que no había la menor duda era que el mejor modo de evitar imposiciones excesivas sobre las poblaciones leales era alojando el ejército en tierras enemigas, obligando así a la población rebelde a correr con los gravosos gastos de su manutención.

En 1588 el duque de Parma restableció en cierta medida el antiguo sistema de gobierno de los Países Bajos, de modo que las contribuciones fueron reemplazadas por el cobro de impuestos. En cualquier caso, a pesar de los esfuerzos realizados en Flandes, financiar la guerra desde España se reveló necesario ya en tiempos del duque de Alba. Precisamente, los impuestos establecidos por Fernando Álvarez de Toledo tuvieron mucho que ver con la creciente simpatía de parte de la población flamenca hacia los nobles rebeldes. La Corona, pues, se vio obligada a tomar cartas a menudo. La gran fuente de caudales de Felipe II era la Corona de Castilla, que se había enriquecido a merced

del oro y la plata procedentes de América. Sin embargo, por causas logísticas era desaconsejable enviar el efectivo necesario desde la Península Ibérica a los Países Bajos, de modo que la Corona recurría habitualmente a los servicios de prestamistas mediante el procedimiento del *asiento.* Sólo unos pocos banqueros eran capaces de reunir las cantidades de dinero que la Corona española requería; fondos que lógicamente ésta debía devolver. Dado que la guerra se prolongó por espacio de décadas y que España se vio envuelta en otros conflictos al mismo tiempo, no es de extrañar que la deuda de la Corona fuese en ocasiones insostenible y se declarase en bancarrota. Así sucedió en 1557,1576 y 1596.



EL CURSO DE LA GUERRA

De la toma de Amberes a la Empresa de Inglaterra

La recuperación de la principal ciudad de los Países Bajos en agosto de 1585 fue para Farnesio y la Corona española una victoria incontestable. Sumidos en disensiones internas tras el asesinato de Guillermo de Orange, los rebeldes sufrían con la pérdida de la codiciada urbe un durísimo golpe estratégico y moral. Sin embargo, al término de la campaña las arcas del ejército de Flandes habían sufrido una merma considerable, las tropas estaban exhaustas y Farnesio tenía serias dudas de que el curso de la guerra continuase mostrándose favorable. El aún príncipe de Parma no compartía la euforia de Felipe II y sus ministros ante la conquista de Amberes, y temeroso de que sus habitantes se rebelaran, concedió a los ciudadanos de religión protestante un período de cuatro años para que siguie-

sen viviendo en la población si así lo deseaban a cambio del pago de una tasa de 400.000 florines.

Farnesio explicó en una misiva de remitente perdido las consideraciones poco halagüeñas que lo movieron a consentir la permanencia temporal de los herejes en Amberes: "Muchas y muy grandes consideraciones, no siendo la menor conservar la villa entera, como no lo quedara si llegáramos a desesperarla, saber que tienen de comer en ella para cuatro meses, y, queriéndose apretar y descargar de mujeres, niños, viejos y gente inútil, para ocho; la nuestra cansadísima y fatigada; el invierno a la puerta, cuyos temporales y borrascas he temido siempre, de manera que si bien me esforzaba a resistir otros inconvenientes, no lo hacía a estos como irreparables, pues se ha visto echar la furia del viento navios por cima los diques. Juntase a todo esto ver la armada de rebeldes en el mismo puesto que ocupó ahora cuatro meses, aumentada de navios de guerra, de gente, y en particular inglesa, de muchas máquinas y nuevos ingenios de fuegos, resueltos, por lo que se entiende, aunque temerariamente, de acometernos; y si lo intentaran, con todo cuanto se está muy alerta y a recaudo, no puedo asegurar que nos sucederá prósperamente, si bien lo espero en el favor divino".

Farnesio creía, igual que Felipe II, que una vez Amberes volviese a manos de la Monarquía Católica, el momento de planear el asalto a las provincias de Holanda y Zelanda había llegado. Es por eso que después de zanjar un motín que se produjo tras la toma de la ciudad en las filas de sus tropas valonas, el de Parma envió parte del ejército español bajo el mando del conde Carlos de Mansfeld hacia Brabante para tomar y fortificar la isla de Bommel, que pensaba usar como

cabeza de puente para la ofensiva contra Holanda. En lo más recio del otoño, el tercio del maestre de campo Francisco de Bobadilla se vio rodeado en la isla por una numerosa flotilla de buques de guerra holandeses. Aconteció entonces el "milagro" de Empel: las aguas del Mosa se helaron completamente en una noche y los soldados españoles escaparon de una muerte segura. A pesar de todo, el fin de la empresa de Bommel tuvo para Farnesio una clara significación: era desaconsejable, por el momento, el asalto al corazón del territorio rebelde.



El conde Carlos de Mansfeld (Arolsen Klebeband).

La atención del príncipe de Parma, malogrado su amago sobre Bommel, se centró en la provincia de Güeldres, especialmente en su mitad norteña, que corría desde las orillas del Mosa hasta el Zuiderzee y hacía de cuña entre los territorios españoles en Overijssel y la provincia de Utrecht, en manos de los rebeldes. En la misma carta en la que exponía las dificultades crecientes que le hacían temer por el resultado de las operaciones, Farnesio consideraba "no menor ver lo que importa poner gente en Güeldres para abreviar la reducción de aquellas provincias y otras circunvecinas, estrechar más la comunicación con las de Holanda y Zelanda, que deben de estar a la mira de lo que traemos entre manos". Su primer objetivo era Grave, plaza fuerte situada en la orilla meridional del Mosa, al este

de Belduque. Las operaciones en torno a la villa comenzaron en diciembre de 1585, después de que las tropas de Carlos de Mansfeld se hubiesen recuperado algo de las penurias de su estancia en Bommel. El asedio formal, sin embargo, se postergó en espera del buen tiempo primaveral.

Entre las cuestiones que aquel invierno trajeron de cabeza a Farnesio, la entrada directa de Inglaterra en el conflicto era de las más serias. La negociación entre las Provincias Unidas e Isabel I se había desbloqueado tras el fracaso de la gran operación de socorro a Amberes que la armada holandesa había ejecutado en mayo de 1585. Hasta entonces dubitativa, la Reina Virgen decidió tomar cartas para evitar el aplastamiento de la rebelión. La alianza se formalizó pocos días antes de la caída de Amberes con el Tratado de Nonsunch, por el cual la Corona inglesa tomaba las Provincias Unidas bajo su protección y accedía a enviar a los Países Bajos un ejército de modesta entidad —5.000 soldados de infantería y 1.000 de caballería—, a cambio de la entrega a su potestad de los puertos de Vlissingen y Brielle y del nombramiento como Gobernador y Capitán general de Robert Dudley, conde de Leicester, hombre de confianza de la reina y su pretendiente durante muchos años.

Dudley desembarcó en Dordrecht el 30 de diciembre de 1585 acompañado de un séquito de nobles ingleses con el que viajó hasta La Haya, adonde llegó pasados tres días. Dos semanas más tarde, el 17 de enero de 1586, los Estados Generales de las Provincias Unidas, reunidos solemnemente, lo aceptaron como Gobernador de los Países Bajos, cargo al que se sumó el 1 de febrero el de Capitán general, que ponía bajo sus

órdenes directas a gobernadores provinciales, magistrados, almirantes, coroneles, capitanes, pagadores, recibidores y demás autoridades de los territorios rebeldes. La experiencia militar del conde se limitaba a haber ejercido el mando de la artillería inglesa en el asedio de San Quintín, en 1557, en el que actuó como aliado de la Corona española cuando Felipe II era rey de Inglaterra *iure uxoris* por su matrimonio con María Tudor. "La venida del de Leicester y la frecuente visita de soldados ingleses en Flandes, cuanto añadió de fiucia a los ánimos de los rebeldes, humillados hasta entonces, tanto causó de solicitud en el del príncipe Alejandro, que acabando de salir de una larga y pesada guerra y esforzado a esperar que presto las otras provincias volverían al servicio del Rey, veía nacer nuevos montes de dificultades", escribió el jesuita Famiano Strada.

Mientras los ingleses aprestaban su expedición a los Países Bajos, Farnesio había tomado medidas para la reducción de Güeldres. El de Parma opinaba entonces que la isla de Betuwe, que formaban el Rin y el Waal, ofrecía la mejor vía para invadir la provincia de Utrecht. Así lo creía también Francisco Verdugo, a cuyo cargo estaba aquella frontera. El gobernador de Frisia, sin embargo, opinaba que antes que sitiar Grave convenía apoderarse de Arnhem. Para asegurar una entrada al núcleo del territorio rebelde, escribió Verdugo, "sería necesario tomar la villa de Arnhem, que era fácil de hacer por estar señoreada de montañas y haberse las villas de Nimega y Doesburg, vecinas a ella, reducido entonces al servicio de su Majestad". Efectivamente, estas dos plazas, la primera en el curso del Waal, al noroeste de Grave, y la segunda en el Ijssel, eran buenas

cabezas de puente para emprender el asedio de Arnhem, que hubiese dado al ejército de Flandes una cabeza de puente en el Rin desde la que amenazar Utrecht.



El coronel Maarten Schenck

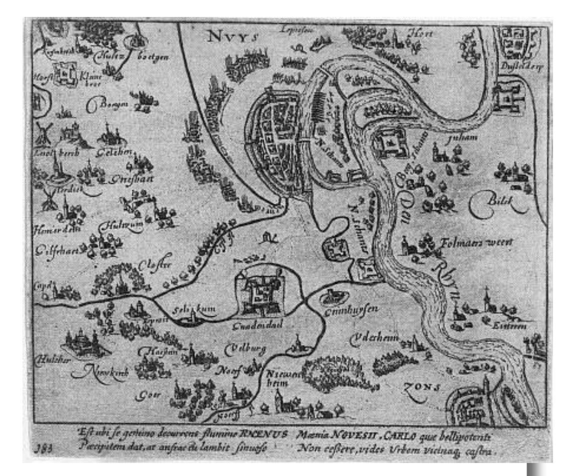
Seguro de su parecer, Verdugo despachó a un oficial de confianza, el capitán Alonso de Frías, para dárselo a entender a Farnesio, pero este, a pesar del consejo, prefirió concentrarse en la conquista de Grave. El príncipe de Parma no desdeñó el consejo a la ligera. Su temor era que los holandeses aprovechasen la guerra religiosa que dividía el Electorado de Colonia para hacerse fuertes en el curso del Rin y amenazar la posición española en el Mosa. Los rebeldes controlaban aún Venlo, Wachtendonk y Geldern en el Alto Güeldres, y habían ayudado a los luteranos de Colonia a apoderarse de una serie de plazas fuertes en las cercanías, de la que Neuss, a orillas del Rin y próxima a Düsseldorf, era la principal. A Farne-

sio le preocupaba en particular un individuo, el coronel Maarten Schenck, natural precisamente de Güeldres. Este personaje, un soldado de fortuna, había servido a sus órdenes con la esperanza de recibir un gobierno provincial, pero se había pasado al bando rebelde en 1585 al verse antepuesto a Francisco Verdugo en el de Frisia y a Claude de Berlaymont, señor de Haultpenne, en el de Güeldres.

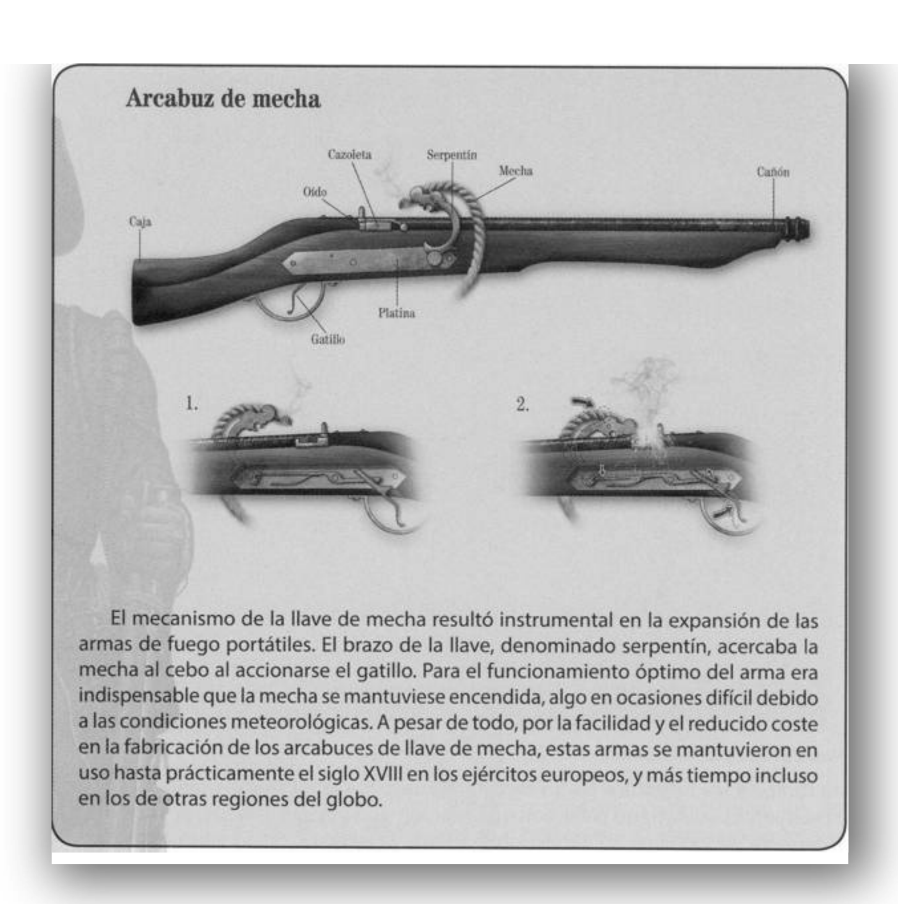
Para el capitán Alonso Vázquez, Schenck era una "buena cabeza y valiente capitán", pero a la vez un hombre "vicioso, de mala vida y conciencia". El coronel alemán se reveló un soldado cruel y sanguinario, capaz de masacrar a prisioneros que se habían rendido bajo palabra y a los vivanderos que acompañaban al ejército; también era el terror de los campesinos, a los que saqueaba sin piedad. Tal era el personaje que gobernaba las plazas fuertes holandesas en el Alto Güeldres y que auxiliaba a los luteranos coloneses. Para lidiar con él, Farnesio envió al señor de Haultpenne, su antiguo rival, con una porción de su ejército. Schenck y sus tropas, inferiores en número, se vieron obligadas a refugiarse en sus fortalezas tras un choque en Werl del que escaparon bien librados, circunstancia que Berlaymont aprovechó para apoderarse de varios fuertes erigidos por el alemán en la zona.

El plan de campaña de Farnesio para 1586 se presentaba ambicioso: no solamente tenía previsto sitiar Grave, tarea que encomendó a Carlos de Mansfeld, sino que pretendía que Claude de Berlaymont, reforzado su cuerpo de ejército con un regimiento borgoñón y dos tercios italianos, se apoderase de Neuss, interviniendo así de forma abierta en la Guerra civil de Colonia. La ciudad era justamente la base principal de

los partidarios de Gebhard Truchsess von Waldburg, antiguo arzobispo-elector de Colonia, desposeído de sus títulos por convertirse al luteranismo y tratar de convertir el Electorado de Colonia en un estado secular y dinástico. El nuevo arzobispo colonés, Ernesto de Baviera, miembro de la poderosa casa de Wittelsbach, había pedido en anteriores ocasiones a Farnesio que lo ayudase a recuperar Neuss, pero el príncipe de Parma, enfrascado en el sitio de Amberes, se había negado. En 1586 la situación era distinta. Los holandeses, apoyándose en Neuss, "podían cortar la navegación de Alemania a Flandes, y de ahí con continuas correrías infestar con armas Güeldres y Brabante", en palabras de Famiano Strada. Por ello Farnesio se decidió, cuanto menos, a bloquear la molesta espina.



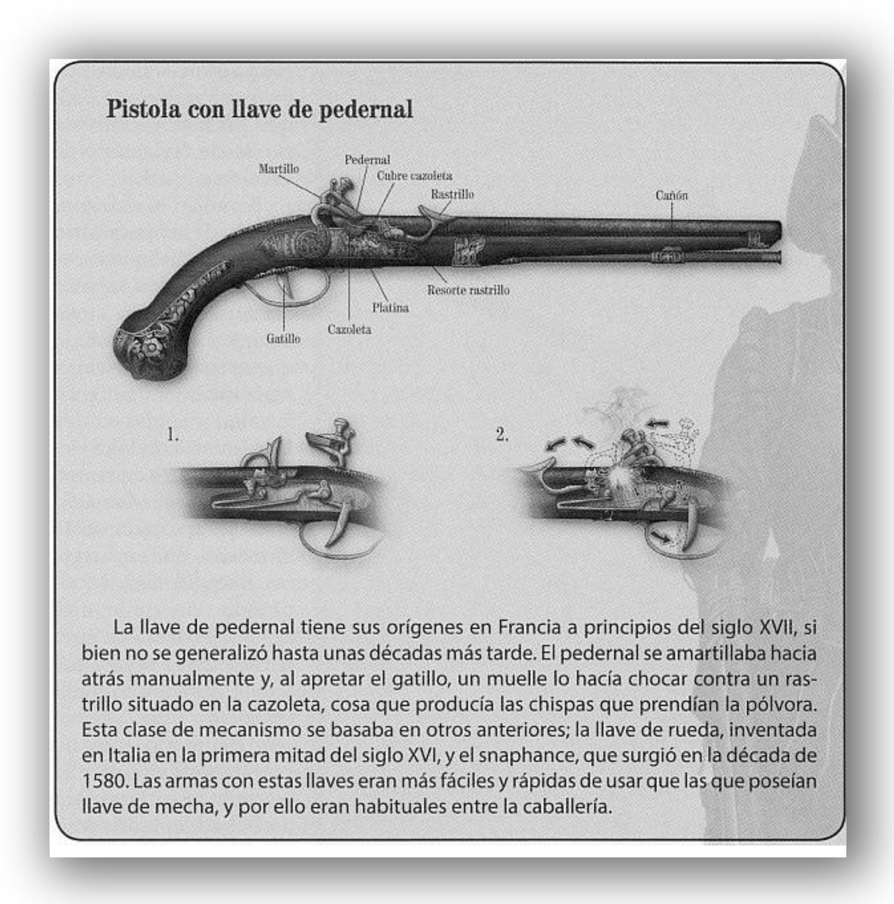
Mapa de Neuss y sus alrededores en 1586 (Rijksmuseum Amsterdam).



El mecanismo de la llave de mecha resultó instrumental en la expansión de las armas de fuego portátiles. El brazo de la llave, denominado serpentín, acercaba la mecha al cebo al accionarse el gatillo. Para el funcionamiento óptimo del arma era indispensable que la mecha se mantuviese encendida, algo en ocasiones difícil debido a las condiciones meteorológicas. A pesar de todo, por la facilidad y el reducido coste en la fabricación de los arcabuces de llave de mecha, estas armas se mantuvieron en uso hasta prácticamente el siglo XVIII en los ejércitos europeos, y más tiempo incluso en los de otras regiones del globo.

Una vez que Grave cayese en manos españolas, lo que cortaría la principal ruta a través de la que Schenck recibía refuerzos desde Holanda, Farnesio esperaba poder marchar en persona hacia el norte para, cruzando el Waal en Nimega, juntar fuerzas con Francisco Verdugo y poner Arnhem bajo asedio. Meses atrás, el coronel había encomendado a su segundo, Juan Bautista de Tassis, la construcción de un fuerte en un paraje llamado Ijsseloord, donde el Ijssel se separa del curso principal del Rin, para hostigar de cerca la ciudad. Así se había hecho. Sin embargo, poco después, en octubre de 1585, los holandeses, al mando de Adolf van Nieuwenaar, gobernador de Utrecht y de las partes de Güeldres y Overijssel que no controlaban los españo-

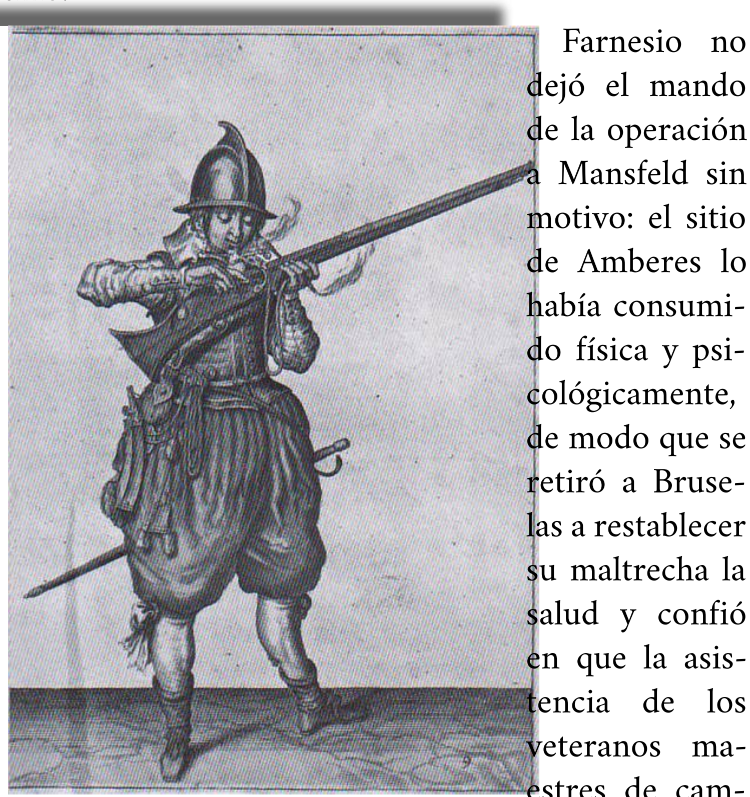
les, habían sitiado el fuerte con una tropa numerosa y logrado su rendición sin que Verdugo pudiese llegar a tiempo con el socorro. Por ello, Farnesio encargó a Tassis que erigiese un segundo fuerte más al sur, a orillas del Rin, para que el ejército principal pudiese cruzar el no a resguardo. Tassis procedió según las órdenes, pero finalmente las cosas sucedieron de forma muy distinta, pues los sitios de Grave y Neuss fueron mucho mas complicados de lo previsto.



La llave de pedernal tiene sus orígenes en Francia a principios del siglo XVII, si bien no se generalizó hasta unas décadas más tarde. El pedernal se amartillaba hacia atrás manualmente y, al apretar el gatillo, un muelle lo hacía chocar contra un rastrillo situado en la cazoleta, cosa que producía las chispas que prendían la pólvora. Esta clase de mecanismo se basaba en otros anteriores; la llave de rueda, inventada en Italia en la primera mitad del siglo XVI, y el snaphance, que surgió en la década de 1580. Las armas con estas llaves eran más fáciles y rápidas de usar que las que poseían llave de mecha, y por ello eran habituales entre la caballería.

Las dos operaciones que marcaron la primera parte de]a campaña de 1586 comenzaron pronto. El objetivo principal de Farnesio era Grave, de manera que or-

denó a Haultpenne que se limitase a bloquear Neuss con la construcción de varios puestos fortificados alrededor de la villa y puso sus mejores tropas a las órdenes de Carlos de Mansfeld. Los tercios españoles de Cristóbal de Mondragón (el Tercio viejo de Lombardía), Juan del Águila y Francisco de Bobadilla eran el núcleo de la fuerza sitiadora, que contaba además con el tercio italiano de Camilo Capizucchi y algunas tropas alemanas y valonas, amén de varias compañías de caballería. Durante el invierno, antes de retirarse a sus alojamientos en Lieja, Luxemburgo y Tréveris, estas tropas habían erigido cuatro fuertes alrededor de Grave para aislar la ciudad de los eventuales socorros que pudiese recibir por río desde Holanda o de la cercana Venlo.



Farnesio no dejó el mando de la operación a Mansfeld sin motivo: el sitio de Amberes lo había consumido física y psicológicamente, de modo que se retiró a Bruselas a restablecer su maltrecha la salud y confió en que la asistencia de los veteranos maestres de cam-

Arcabucero holandés. Grabado de Jacob de Gheyn.

po españoles a Mansfeld encauzase rápidamente el asedio. Sin embargo, no sucedió así. Mondragón, sin duda más apto que Mansfeld para hacerse cargo del asedio, había sido nombrado castellano de Amberes, de modo que no podía mandar su tercio en persona, y Francisco de Bobadilla había solicitado repetidas veces permiso para volver a España a ocuparse personalmente de un pleito familiar, hasta el extremo de que Farnesio, que había hecho todo lo posible por retenerlo, tuvo que ceder y concedérselo. Sólo quedaba Juan del Águila para secundar al conde alemán, pero sus caracteres no congeniaban demasiado bien: si Mansfeld era ambicioso pero indeciso, el español era un hombre duro y osado que no dudaba en reclamar sus privilegios como maestre de campo.

Mansfeld, que hasta la fecha había cumplido solamente papeles subalternos, cometió el primer error antes incluso de que empezase el asedio propiamente dicho. En enero, como parte de las operaciones de bloqueo, instaló una compañía del Tercio viejo de Lombardía al mando del capitán Pedro de Corvera en la abadía de Betersweert, una posición aislada y de difícil defensa muy próxima a Venlo, en la orilla oriental del Mosa. Maarten Schenck, advertido, atacó a Corvera y a sus hombres con una fuerza seis veces superior. Los españoles se defendieron con coraje, pero cuando los holandeses prendieron fuego a la abadía no tuvieron otro remedio que salir a luchar a campo abierto. La feroz lucha se saldó con una carnicería: de los 100 españoles sólo se salvaron Corvera y otros seis, todos heridos, a cambio de 300 bajas rebeldes. Por suerte para los católicos, la mortandad entre las filas holandesas fue

tan elevada que Schenck no pudo emprender maniobra alguna hasta pasado un tiempo.

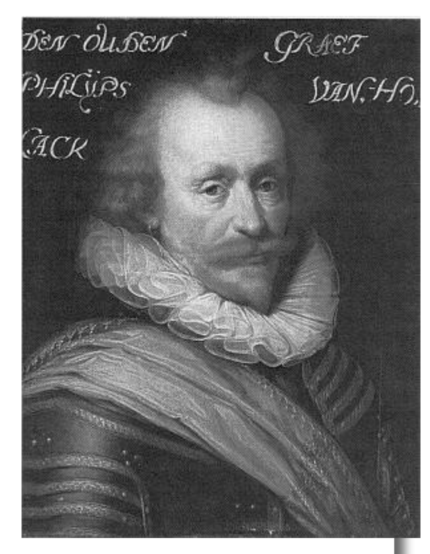
En abril, a la llegada de la primavera, Mansfeld sacó de los alojamientos invernales sus fuerzas, que sumaban unos 8.000 efectivos, 3.000 de ellos españoles, y se dirigió a Grave con el fin de estrechar el asedio y bloquear las predecibles tentativas de socorro, cuando ya era notorio que un ejército inglés había desembarcado en Holanda. Grave estaba bien bloqueada, al menos a priori: dos fuertes la ceñían por tierra y otros dos controlaban la orilla opuesta del Mosa. Mansfeld hizo tender además un puente sobre barcas para que sus tropas pudiesen desplazarse de una orilla a otra con rapidez y mandó clavar estacas en el fondo del río para dificultar la navegación. En la orilla sur se acuartelaron los tercios de Mondragón, Bobadi1 1a y Juan del Águila; al este de la ciudad el primero; hacia el oeste los otros dos. Entre unos y otros se apostó Mansfeld con las tropas alemanas y valonas. En la orilla norte sólo se acuartelaron, y muy hacia el este de Grave, en Mook, el tercio italiano de Capizucchi y unas pocas compañías borgoñonas. Dicha distribución llama la atención, por cuanto dejaba vía libre a holandeses e ingleses para intentar introducir un socorro en la plaza desde la cercana Batenburg.

Grave contaba a la sazón con una guarnición de 500 soldados regulares y una cifra similar de ciudadanos armados. Sin apoyo exterior, los defensores no tenían ninguna posibilidad de salir victoriosos. Las tropas que tenía en Venlo Maarten Schenck eran exiguas; insuficientes no sólo para obligar a Mansfeld a levantar el asedio, sino aún para tratar de abrir una vía para abastecer la plaza. El conde de Leicester, exhortado por los

estadistas holandeses, decidió hacer uso de sus tropas para remediar la situación y encomendó a su mejor oficial, el curtido coronel John Norris, la misión de socorrer Grave con una fuerza de 3.000 infantes bajo sus órdenes directas y 1.400 soldados de caballería al mando del conde de Essex, un jovenzuelo que no había alcanzado aún la veintena y carecía de experiencia, pero que era hijastro de Dudley. Con ellos había de colaborar una armadilla fluvial al mando de Filips van Hohenlohe, llamado conde de Holac por los españoles y Hollock por los ingleses, a la sazón teniente general del ejército holandés.

Mansfeld y sus oficiales creían que los ingleses partirían de la isla de Bommel para tratar de abrirse camino a lo largo de la orilla meridional del Mosa, a través de Oss y Herpen, cosa que pondría en peligro la posición que defendía el puente de barcas que enlazaba los fuertes de ambas orillas. Farnesio, aún convaleciente, no desdeñó los avisos sobre los movimientos enemigos y envió a Mansfeld refuerzos de infantería y caballería. Mientras, la armada holandesa desembarcó las tropas inglesas en un lugar que los españoles no habían previsto: Megen. La población, en la orilla sur del Mosa, cayó rápidamente en su poder, y lo propio hizo Ravenstein. Los ingleses pasaron luego a la orilla norte y se hicieron dueños del dique de Batenburg, la única vía de acceso a un castillo homónimo guarnecido por tropas católicas. Norris mandó a sus hombres fortificar el dique para aislar así el castillo, posición indispensable para abrir o cerrar el paso del río a las naves holandesas. Ambos bandos eran conscientes del valor estratégico de la posición, de manera que la batalla no tardó en sucederse.

El 16 de abril, temeroso de que los ingleses le ganasen la partida, Mansfeld encomendó a Juan del Águila la tarea de expulsar a los isleños del dique. Para ello, el español no contó sólo con su tercio, sino también con 300 soldados del de Mondragón bajo el mando del capitán Juan Chasco. La región era azotada en aquel entonces por fuertes lluvias y vientos que hacían subir el nivel del río con rapidez y amenazaban con arrastrar las estacadas clavadas en el cieno y llevarse el puente de barcas. Con todo, más que la meteorología fueron los egos lo que marcó el curso de la operación. Cruzado el puente, el capitán Chasco reclamó la vanguardia del ataque para sí y sus soldados, arguyendo que durante la marcha previa habían ocupado la retaguardia. Pero Juan del Águila se lo negó, esgrimiendo su rango superior, y sin más dilación ordenó al capitán Gonzalo de Girón que se adelantase con varias mangas de arcabuceros y mosqueteros para dar principio a la lucha contra el enemigo atrincherado.



El conde de Holac. Retrato dejan Antonisz van Ravesteyn.

A continuación se produjo una escena lamentable: los soldados de Juan del Águila, que temían que los de Mondragón les tomasen la delantera, cargaron sin orden ni concierto sobre las trincheras inglesas. Los defensores se vieron arrollados por la furia de la embestida y se dieron a la fuga dejando dos trincherones, un

fuerte y una exclusa en manos de los católicos. De haberse detenido estos luego a rehacer el escuadrón de picas aún podría haberse evitado el desastre, mas no hubo capitán o alférez que ordenase el alto, ni siguiera Juan del Águila. Los españoles corrieron así impulsivamente tras los ingleses fugitivos hasta dar de bruces con un escuadrón enemigo de 1.250 hombres conducidos por el coronel Norris y el conde de Holac, que acudían en auxilio de los defensores del dique. Las tornas de invirtieron, y poco después eran los españoles los que huían perseguidos por los ingleses. A la sazón se desató una tormenta y varias naves holandesas se acercaron al dique y abrieron fuego de artillería contra los católicos. Docenas de españoles se arrojaron al agua para escapar y en el ínterin se perdieron algunas banderas.

El coronel Norris, animado por el buen cariz que tomaba la batalla para los suyos con la retirada de los españoles, resolvió seguir avanzando con la esperanza de vencerlos del todo y de paso hacerse amo del puente sobre el Mosa y la estacada que

El conde de Leicester (Anónimo, Yale Center for British Art).

dificultaba el paso a las naves holandesas, lo que le permitiría al mismo tiempo desbaratar a las mejores tropas del ejército español e introducir el socorro en Grave —una victoria completa —. Sin embargo, la aparición de diez compañías del tercio de Bobadilla al mando del capitán Acasio de Yera en perfecta formación impidió el triunfo inglés. Juan del Águila y sus oficiales pudieron restablecer el orden en sus maltrechas filas y frenar la embestida de la infantería de Norris. En aquel momento, unos 5.000 soldados de cada ejército chocaban pica contra pica en el estrecho espacio del dique bajo un aguacero tempestuoso. Famiano Strada describe con viveza la ferocidad de la lucha: "Peleóse hora y media con tanta fiereza de entrambas partes, que aunque vertiendo sin cesar el cielo lluvias, y ellos, bañados en la propia y en la enemiga sangre, daban en tierra, resbalándoseles los pies, echados sin embargo y de rodillas proseguían en la batalla y con las espadas y picas opuestas cerraban el camino y el tránsito al contrario".

La meteorología hostil dejó la batalla en tablas cuando la balanza comenzaba a inclinarse hacia el bando español. El conde de Holac, que veía como los ingleses iban cediendo terreno en el dique, ordenó la retirada para evitar una sangría excesiva cuando era obvio que el socorro debía ser dilatado. Los ingleses se replegaron en buen orden y buscaron cobijo en el fuerte o en las naves holandesas que quedaron de guardia en la exclusa del dique. Mientras, Juan del Águila tomó una resolución parecida, pues la tormenta iba en aumento y el nivel del río subía con rapidez. El maestre de campo temía que la corriente se llevase el puente de barcas y

sus tropas quedasen aisladas en un estrecho espacio azotado por el viento y la lluvia. Así terminó la batalla del dique de Batenburg, una de las más feroces de la guerra y en la que, si creemos al capitán Alonso Vázquez, entonces un simple soldado que peleó heroicamente y salvó la bandera de su compañía, el mismísimo Santiago apóstol hizo aparición a lomos de un caballo blanco.



La batalla de Batenburg durante el asedio de Grave (Frans Hogenberg).

Milagros al margen, ambos bandos se atribuyeron la victoria. Las estimaciones de bajas son diversas. Ingleses y holandeses dijeron haber infligido 400 o 500 muertes a los españoles a cambio de no más de 130 o 140 de las suyas, mientras que los católicos reconocieron hasta 300 muertes en sus filas por 700 enemigas. Lo cierto, dejando de lado la disparidad de estimacio-

nes y el nulo resultado táctico del choque, es que Farnesio recibió el informe de la batalla con aflicción por la indisciplina de sus hombres y la muerte de varios capitanes veteranos, mientras que holandeses e ingleses, en palabras de Vázquez, "quedaron tan ufanos de haber medido sus picas con las españolas, porque hasta entonces, como ya he escrito, no se habían atrevido en muchas ocasiones que se habían ofrecido, si no era detrás de las murallas o trincherones fuertes, que les creció la confianza de poder salir con otras empresas más dificultosas".

En los días que siguieron, el tiempo jugó de nuevo a favor de ingleses y holandeses. Las lluvias torrenciales mantuvieron a las tropas españolas en la orilla meridional del Mosa mientras el coronel Norris cercaba el castillo de Batenburg y conseguía, el 23 de abril, la rendición de las aisladas tropas que lo defendían. El camino hacia Grave quedaba así casi abierto para el socorro holandés a falta de un último detalle: la rotura del dique que iba de Grave hacia Ravenstein, que llevaron a cabo poco después. El crecidísimo Mosa se desparramó así alrededor de la fortaleza y las embarcaciones holandesas pudieron entrar libremente en la ciudad. Primero lo hizo una flotilla de 36 barcas, y al día siguiente una de 40; unas y otras cargadas con pólvoras y provisiones y 400 soldados que engrosaron la guarnición. Mansfeld, que no había previsto tal circunstancia, se apresuró a surtirse de buques con los que barrar el paso a los holandeses, pero apenas reunió una galeota y cuatro barcas "con ruines marineros"; a decir de Alonso Vázquez. Aún así, gracias a que la mosquetería y arcabucería españolas se apostaron al borde

de los diques, la tercera flotilla fue rechazada y Holac y Norris dieron su misión por cumplida.

¿Qué hicieron unos y otros zanjada la facción del socorro de Grave? En el campo rebelde, la euforia del éxito llevó al conde de Leicester a escribir varias cartas petulantes e imprudentes en iguales proporciones a Isabel I en las que le prometía un verano de victorias y le hablaba de la consternación de Farnesio ante el socorro de Grave. En lugar de atender a los asuntos militares, Robert Dudley se dedicó a celebrar regios banquetes en Ámsterdam, La Haya y Utrecht. En esta última ciudad armó caballeros a Maarten Schenck y John Norris en la ceremonia previa a una comida a la que acudieron invitados ilustres como Gebhard Truchsess von Waldburg —el arzobispo apóstata de Colonia—, el prior Antonio de Grato, pretendiente a la Corona portuguesa, y Mauricio de Nassau, entonces un joven de 19 años sin excesivo protagonismo. Entre tanto, en el campo español, Mansfeld trató de remediar sus errores e hizo construir dos fuertes para acrecentar la presión sobre Grave: uno en el lugar donde los holandeses habían roto el dique que iba hacia Ravenstein, cosa que bloqueó de nuevo la ciudad, y otro a media milla de la plaza, lo que impidió a sus moradores sacar el ganado a pastar en los alrededores. Ambas disposiciones eran acertadas, pero llegaban tarde; Farnesio había decidido tomar en personas las riendas del asedio.

El príncipe de Parma, ya recuperado de su enfermedad, llegó a las cercanías de Grave el 17 de mayo y fue recibido con regocijo por la infantería española, que ordenada en escuadrón le dedicó numerosas salvas de arcabucería. Con él venía el conde Pedro Ernesto de Mansfeld, que al menos en apariencia se mostraba dis-

gustado con la conducta de su hijo al frente del asedio. Al conde Carlos sin duda debió pesarle verse apartado del mando y censurado abiertamente, lo que influiría mucho en su posterior rebeldía hacia Farnesio y en los tejemanejes que urdió en la corte española para erosionar la confianza de Felipe II en su sobrino. Este, por su parte, no había estado de brazos cruzados: antes de partir de Bruselas para Grave había ordenado por carta a Claude de Berlaymont que levantase el bloqueo de Neuss y acudiese a juntarse con él ante la ciudad del Mosa, lo que agregó 4.000 efectivos al ejército sitiador.



Cerco y toma de Grave por Alejandro Farnesio (Frans Hogenberg).

La llegada de Farnesio fue un revulsivo excelente. Entonces gozaba todavía de la fidelidad absoluta de sus generales y la simpatía de sus hombres, especialmente de los españoles, que a pesar de que llevaban

días alimentándose de raíces se mostraron dispuestos a un nuevo sacrificio. El príncipe de Parma reconoció las posiciones españolas alrededor de la ciudad con la firme intención de tomarla por asalto. Para ello traía 10 cañones desde Amberes e hizo traer otros seis desde Nimega y dos de Belduque, lo que incrementó hasta 23 el número de piezas de artillería de su ejército. También hizo construir un nuevo puente y una estacada para bloquear de nuevo la navegación y facilitar el movimiento de sus tropas allá adonde fuese más necesario. "Al principio del verano vino su Alteza al sitio de de Grave con todo lo necesario, que al fin es el verdadero camino de hacer la guerra, y no a remiendos", escribió en sus memorias Francisco Verdugo sin censurar abiertamente a Mansfeld o al príncipe.

Al poco de su llegada al campo sitiador, justamente, Farnesio llamó al coronel Verdugo a su presencia. Hacía varios años que no hablaban en persona, y dado que en los meses siguientes el de Parma planeaba hacer la guerra en las fronteras a cargo del gobernador de Frisia, juzgó adecuado entrevistarse con él. Verdugo acudió al campamento con una escolta de 300 alemanes y su compañía de lanzas, al mando del alférez Alonso Mendo. Los dos generales conversaron en privado durante tres días sobre la dirección de la guerra e hicieron planes para la ofensiva contra Holanda. Verdugo tuvo que marcharse repentinamente al recibir noticias sobre el fallecimiento de su esposa en Groninga, pero no sin antes acordar con Farnesio que, una vez tomase Grave, el ejército marcharía sobre Arnhem para tomar la plaza y disponer de una cabeza de puente con la que amenazar el corazón de las Provincias Unidas.

Farnesio, resuelto a no perder más tiempo con Grave, mandó cavar trincheras frente a la ciudad el 1 de junio. Los tercios Bobadilla y de Juan del Águila hicieron sus aproches en la zona occidental y acondicionaron una batería de cinco piezas en el dique de Ravenstein; las tropas de naciones (alemanes, italianos y valones), al mando de Haultpenne, atacaron las murallas desde el este, y el tercio de Mondragón, requerido por Farnesio, se apostó en la orilla opuesta del Mosa y erigió una potente batería de 12 cañones. El de Parma ofreció una rendición honorable al gobernador de la ciudad, pero este la rechazó, ante lo cual la artillería española desató un fuerte bombardeo sobre un revellín emplazado frente a las murallas, entre el río y el tramo que se extendía frente a los aproches de los tercios de Bobadilla y del Águila. Poco después ordenó el asalto. En el ínterin hizo aparición de nuevo la enemistad surgida entre los tercios españoles, cuyos capitanes y soldados pugnaron por encabezar el ataque. Farnesio, inteligente, decidió escoger a varios hombres de cada tercio —para un total de 50 o 100, según las fuentes— y los puso al mando de los capitanes Sancho de Solís, Francisco Torres de Vivero y Hernando Tello.

En su avance, los soldados escogidos, gran parte de ellos *alféreces reformados*, se toparon con una enconada resistencia. Además de con un nutrido fuego de mosquetería, los holandeses los recibieron con una lluvia de pedruscos y guirnaldas —roscas cubiertas de brea a las que se prendía fuego y se dejaba rodar pendiente abajo—. La lucha fue, feroz, y aunque tras fracasar en un primer intento los españoles lograron enseñorease del revellín, Farnesio ordenó la retirada en la creencia de que no podría mantenerlo. Al día siguiente, mien-

tras el de Parma planeaba atacar la ciudad en un punto más débil, sucedió algo inesperado: un tambor holandés se presentó ante el príncipe con una misiva del gobernador de Grave, Lubbert Torck, barón de Hemert, en la que este solicitaba negociar la rendición de la plaza. Farnesio, gratamente sorprendido, fue benevolente y concedió a los defensores unas condiciones razonables, permitiéndoles abandonar Grave con sus armas y banderas.

Alonso Vázquez atribuye la pronta entrega de la ciudad a la frenética lucha del revellín, en la que participó personalmente y donde asegura que 200 holandeses dejaron la piel. El historiador holandés Emanuel van Meteren, que vivió en la misma época, afirma, por otra parte, que Hemert actuó persuadido por su esposa, que pertenecía a una de las principales familias de Grave, de tendencia proespañola. Sea como fuere, la guarnición de Grave, formada en la fecha de la rendición por entre 800 y 1.000 holandeses, abandonó la ciudad el 6 de junio y fue transportada en barcas por el Mosa hasta la isla de Bommel. En la ciudad Farnesio encontró provisiones para alimentar a 6.000 hombres durante un año, recompensa considerable a tenor de las penurias que había conllevado para sus tercios el arduo asedio de Grave, que los veteranos del ejército reputaron por uno de los peores de la guerra tras el de Ninove.

La toma de la ciudad fue un golpe de efecto considerable. Leicester no supo como encajar la noticia. Sus cartas a Isabel I, que colmaban a la reina de falsas expectativas, le pesaban no menos que la conducta del barón de Hemert y sus propias maniobras. Mientras Farnesio apretaba el cerco sobre Grave, Dudley había concentrado su ejército en Amersfoort, en la provincia

de Utrecht, y había tomado algunos fuertes alrededor de Nimega, ciudad de la que esperaba apoderarse mediante la traición de algunos de sus habitantes. Farnesio, sin embargo, conocía la conjura con antelación, y poco después de la rendición de Grave se personó en Nimega y acabó de un plumazo con el complot. El mismo día, Carlos de Mansfeld tomó el castillo de Megen con algunas tropas de los regimientos valones, y poco después cayó el de Batenburg; conquistas, las dos, que afianzaban el dominio español del Mosa y amenazaban todavía más a unas Provincias Unidas apenas repuestas del terrible golpe de la pérdida de Amberes.



Bombardeo de Venlo por los españoles (Frans Hogenberg).

Sólo un cabo le quedaba a Farnesio por atar si deseaba ser dueño indiscutido del primero de los grandes

ríos: Venlo, una población situada algunas millas al sur de Grave cuya defensa corría a cargo del coronel Maarten Schenck. Bien que había prometido a Francisco Verdugo que zanjado el sitio de Grave se ocuparían ambos del de Arnhem, el de Parma mudó su parecer y se encaminó hacia Venlo al frente de su ejército. La decisión propició un primer desencuentro con Verdugo, que estaba convencido de que la empresa de Arnhem era muy necesaria. De idéntica opinión era el capitán Alonso Vázquez, que escribió en su crónica: "Pienso fuera de más importancia para la seguridad del ducado de Güeldres y Frisia, como por ser la verdadera entrada para Holanda". Con todo, Farnesio procuró difundir falsas noticias de que Arnhem era su presa, cosa que llevó a Schenck a sacar de Venlo la mayor parte de sus tropas para enviarlas hacia el norte por el Rin. Sólo 300 soldados permanecieron en la población, donde Schenck dejó además a su esposa y a su hermano.

El propósito de Farnesio tras su cambio de planes era neutralizar al levantisco coronel y eliminar la cuña de territorio rebelde que Venlo, Geldem y Wachtendonk, junto con un puñado de castillos, formaban entre los territorios españoles y el Electorado de Colonia. Con ello aseguraría su retaguardia, limpiaría definitivamente el curso medio del Mosa y allanaría el camino de su aliado Ernesto de Baviera hacia la victoria sobre Gebhard Truchsess von Waldburg. Por otro lado, la dilación en el sitio de Arnhem podía ser aprovechada por el conde de Leicester para dar un golpe de efecto en la frontera del Ijssel, como acabó sucediendo. De todos modos, el ejército español, con Farnesio al frente, recuperó tras la toma de Grave el vigor que lo ca-

racterizaba y se desplazó hacia Venlo con una rapidez que sorprendió a Maarten Schenck. El de Parma encargó a Claude de Berlaymont, uno de sus comandantes más leales —cuyo padre había sido el primero en llamar *geux* (mendigos), a los nobles rebeldes— que tomase el mando de 1.500 infantes y 500 soldados de caballería y rodease Venlo en una maniobra rápida y silenciosa. Así lo hizo el 12 de junio, según lo esperado.

Venlo no era una ciudad demasiado grande, ni su guarnición, de 300 efectivos, tenía posibilidad alguna de éxito en su defensa a no ser que recibiese un socorro, pero aún así las defensas de la plaza suponían un desafío: un doble foso ceñía sus murallas medievales, que Schenck había robustecido con algunas defensas de traza italiana, a lo que cabe añadir que el ancho Mosa protegía su flanco occidental, reforzado por un fuerte erigido en una islita a poca distancia de la ciudad. La artillería y los pontones, que Farnesio mandó traer desde la cercana Roermond, jugarían un papel crucial en la operación. Antes de que se formalizase el sitio, sin embargo, era menester expugnar varios castillos cercanos con guarniciones rebeldes, tarea que el príncipe de Parma encomendó a Pedro Ernesto y Carlos de Mansfeld, que sin ninguna dificultad se adueñaron de los de Arcén y Well con las tropas alemanas, valonas y borgoñonas el 13 de junio.

El día 14, al anochecer, una tropa de socorro liderada por Schenck y Roger Williams, un aventurero galés, se aproximó a la población y trabó un reñido combate con la caballería italiana y española de Berlaymont. El coronel rebelde, que además de su familia tenía en la población el botín de sus correrías, encabezaba una fuerza de 130 lanzas inglesas y unos doscientos güel-

dreses, y aunque logró abrirse camino entre el cuerpo de guardia de Haultpenne, finalmente dio de bruces con una tropa al mando Alonso de Ribera Zambrana, alférez de una compañía del tercio de Bobadilla, que les cerró el paso y facilitó que la caballería, al mando de Appio Conti, sobrino de Farnesio, los derrotase por completo y los persiguiese hasta Wachtendonk. El saldo del combate fue, por parte anglo-holandesa, de 50 a 100 muertos y entre 70 y 120 prisioneros. Algunos relatos afirman que Schenck llegó hasta la tienda de Farnesio y llegó a matar a uno de sus secretarios; una fabulación, dado que el de Parma no llegó ante Venlo hasta la mañana siguiente.

El asedio como tal comenzó el 15 de junio. Con todas las fuerzas del ejército concentradas ya alrededor de Venlo en ambas orillas del Mosa, Farnesio hizo acondicionar sobre el río un puente de 135 barcas para trasladar tropas a la orilla oriental. Las obras de zapa progresaron con celeridad: el 19 de junio, los hombres del tercio de Juan del Águila tomaron la media luna de un revellín donde se rindieron 50 holandeses que pasaron a engrosar las filas del campo sitiador. La posición se convirtió en una batería artillera privilegiada. Desde ella y desde otra de mayor entidad erigida en la orilla opuesta del río, Farnesio mandó bombardear Venlo. Entre tanto, el tercio de Mondragón se apoderó de la isla frente a Venlo y su fuerte, lo que hizo la defensa de la plaza insostenible. Venlo, en efecto, se rindió el 29 de junio. Cuenta Alonso Vázquez que los soldados del ejército católico lamentaron la rápida resolución del sitio, ya que esperaban tomar Venlo por asalto y saquearla, cosa que tampoco habían podido hacer en Grave.

Farnesio dejó en libertad a la esposa y al hermano de Maarten Schenck, pero se apoderó de todo su dinero. El coronel, que aún conservaba 400 soldados de a caballo, se vengó derrotando a una compañía de lanzas que se dirigía desde Frisia al ejército español y asesinando cobardemente a 80 infantes valones a los que acorraló entre unos setos mientras forrajeaban y a quienes había prometido dejar libres si se rendían. Pero no era más que un desquite de mal perdedor. Lo cierto, disputas personales al margen, era que en menos de un mes Farnesio, al que Robert Dudley daba por acabado en sus cartas a Isabel I, había asestado un duro golpe a las Provincias Unidas con las conquistas de Grave y Venlo. El río Mosa, hasta la isla de Bommel, estaba por completo en manos españolas a manera de muralla natural no ya para los holandeses, sino para los Países Bajos católicos, que veían con ello asegurada la defensa de Brabante.

Mientras Farnesio planeaba su próxima maniobra, ingleses y holandeses se enzarzaban en disputas nimias a raíz del juicio al que fue sometido el barón de Hemert, gobernador de Grave, y no emprendían operación alguna. El conde de Leicester, su hijastro Essex, el coronel Norris y el conde de Holac —que lejos del campo de batalla se entregaba al alcoholismo— formaban parte de la corte marcial y no se ponían de acuerdo. El veterano Norris, juraba Leicester, estaba enamorado de la tía del joven barón, de ahí que se mostrase benevolente, al igual que Holac, al que no le gustaba demasiado obedecer las órdenes de un extranjero. Leicester, en cambio, estaba decidido a que Hemert pagase con su cabeza y finalmente lo consiguió. El barón, junto con dos de sus capitanes, fue condenado a muer-

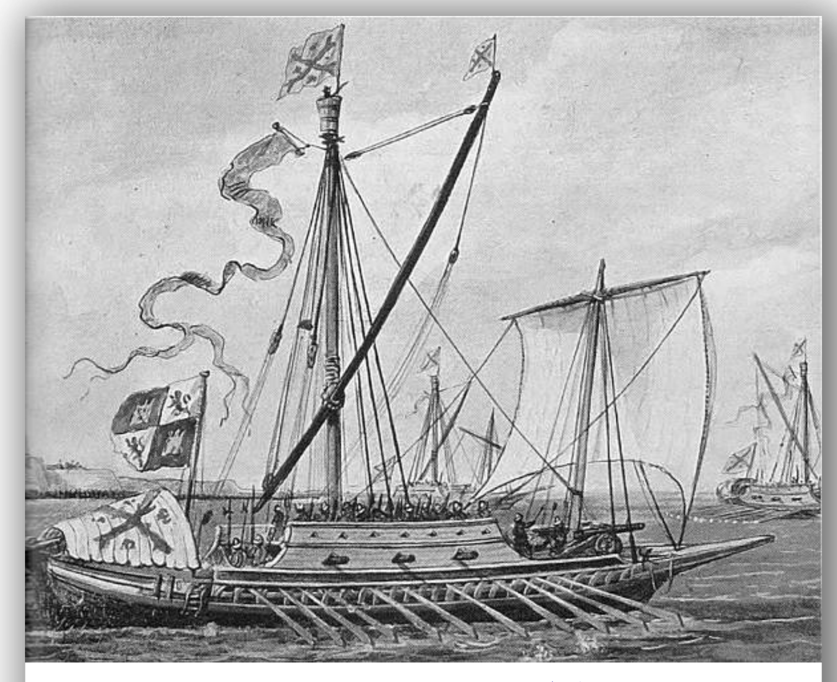
te y decapitado. El mensaje para los gobernadores de las plazas fuertes holandesas era evidente: no había rendición aceptable. Con todo, una oleada de pánico se extendió a lo largo de las provincias rebeldes.



Sitio de Neuss por Alejandro Farnesio (Frans Hogenberg).

El temor entre la población civil de las Provincias Unidas no estaba del todo justificado. Los rebeldes pensaban que la ofensiva española sobre Utrecht era inminente, pero Farnesio tenía otros planes. Aunque había prometido a Francisco Verdugo que una vez conquistase Grave cruzaría el Mosa y el Waal para sitiar Arnhem, tras la conquista de Venlo tomó la decisión de posponer el sitio de dicha plaza, de un valor estratégico tan elevado para la guerra ofensiva, y se desplazó al frente de su ejército al Electorado de Colonia. Su propósito no era otro que tomar Neuss para el ar-

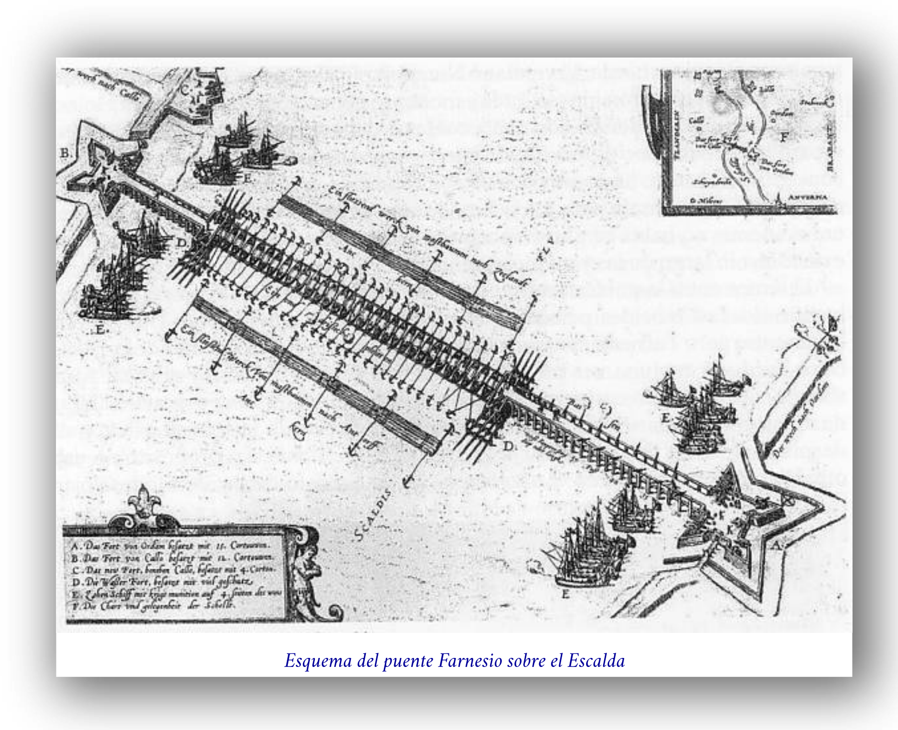
zobispo-elector Ernesto de Baviera y desalojar a los holandeses de sus posiciones en el Rin, lo que estrecharía el bloqueo a las provincias rebeldes y las aislaría por entero de Alemania. Así, el ejército español, que sumaba entonces 20.000 soldados de infantería y 2.500 de caballería, no se encaminó hacia el norte, sino hacia el este, y llegó a la vista de Neuss el 9 de julio.



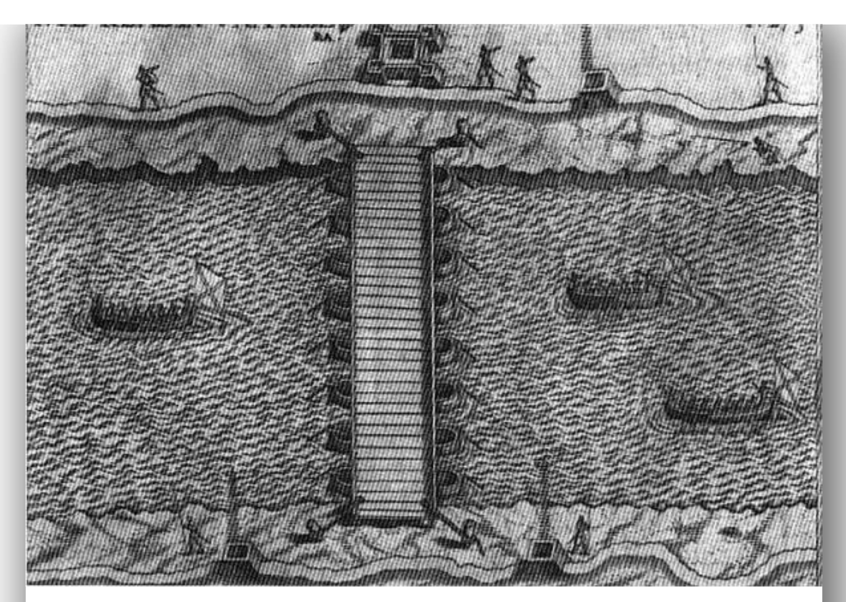
Embarcación flamenca al servicio de la Corona española (Rafael Monléon y Torres).

La plaza que el ejército de Flandes se disponía a sitiar estaba emplazada en la confluencia entre el Rin y su tributario el Erst, que regaban el foso de la ciudad. Un meandro del Rin formaba dos islitas junto a Neuss, defendidas con sendos castillos, mientras que el tramo principal del río fluía algo apartado de la población, cuya defensa corría a cargo de 1.600 soldados holande-

ses y alemanes al mando del coronel Hermann Friedrich Cloedt, vasallo de Gebhard Truchsess von Waldburg y veterano, a pesar de su juventud -no superaba los 30- de los ejércitos francés y holandés. La ciudad estaba bien abastecida y amunicionada, pero tras la captura por los españoles de Grave y Venlo no contaba con la posibilidad de un socorro exterior. Cloedt fiaba el éxito de la defensa a las formidables murallas de la ciudad, que un siglo antes había vencido a Carlos el Temerario, duque de Borgoña, y a la colaboración de los habitantes, calvinistas en su mayoría tras la expulsión de los católicos el año anterior, orquestada por los partidarios de Truchsess von Waldburg luego de adueñarse de la villa.



Esquema del puente Farnesio sobre el Escalda

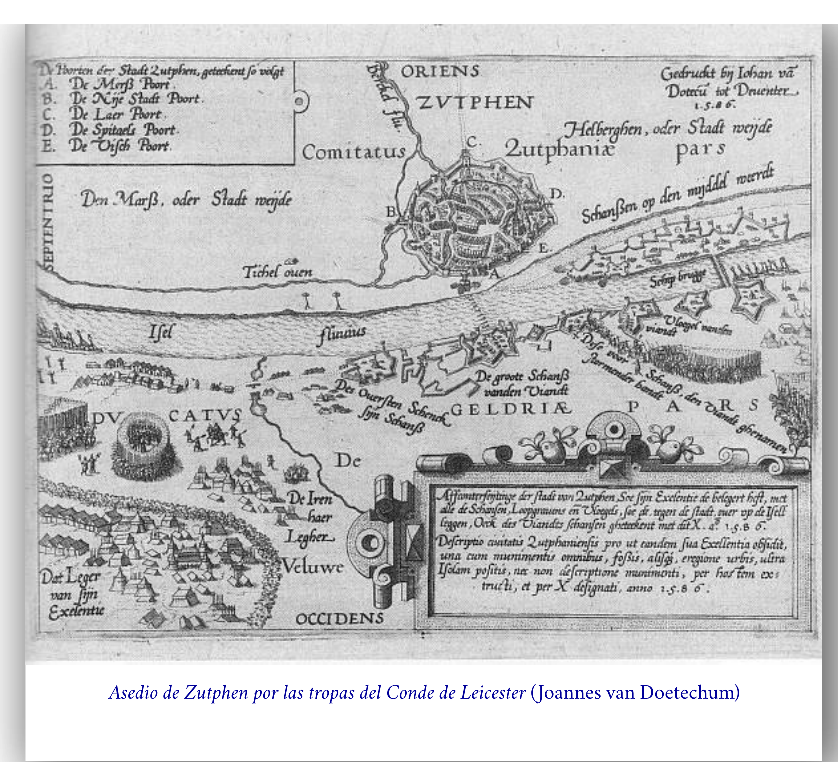


Un puente de barcas en el *Tratado déla artillería y uso della platicado por el capitán Diego Ufano en las guerras de Flandes.*

El 11 de julio, tras reconocer las defensas de Neuss, Farnesio distribuyó los ataques a la ciudad en cinco tramos diferentes, uno frente a cada puerta. Tres corrieron a cargo de los tercios españoles, y los restantes, a cargo de las tropas italianas, alemanas, valonas y borgoñonas. En un principio, los combates más duros se libraron por el control de las dos isletas que custodiaban la retaguardia de Neuss. Creyendo las posiciones desiertas, Farnesio envió al capitán Juan Chasco, del tercio de Mondragón, a enseñorease de ellas con 100 de sus soldados. Sin grandes dificultades tomaron la primera isla y se apostaron tras un trincherón, pero al cabo de poco tuvieron que hacer frente a un contraataque desde Neuss para el que no estaban preparados. Tras rechazar dos asaltos y acabárseles las municiones, la mayoría de los españoles sucumbieron en la lucha cuerpo a cuerpo. Chasco y 12 de sus hombres fueron

hechos prisioneros y llevados a la ciudad en lo que constituyó una pequeña victoria que incrementó la moral y la osadía de los defensores. Con todo, Farnesio disponía de abundantes reservas y no tardó en ganar de nuevo la isla.

El 16 de julio, el mismo día que el arzobispo-elector Ernesto de Baviera llegó al campo español para asistir de cerca a la toma de la ciudad y agradecer a Farnesio la enorme ayuda que le brindaba, los de Cloedt llevaron a cabo un ataque sobre las trincheras españolas, pero en esta ocasión fueron rechazados. El día 21 efectuaron una nueva incursión; esta vez con 300 hombres bien protegidos por morriones y broqueles, espada en mano, encabezados por el propio Cloedt. Los protestantes se abatieron por sorpresa sobre las trincheras de los italianos de Camilo Capizucchi y Gastón Spínola. Al principio lograron desalojar a los sitiadores de sus posiciones, pero un contraataque los obligó a replegarse a la ciudad —no sin el gusto de haber matado a 30 italianos a cambio de sólo dos de los suyos—. Entre tanto, Farnesio incrementó su artillería de asedio con ocho piezas, lo que hacía un total de 36, y ordenó instalar cuatro baterías para bombardear Neuss antes de lanzar al asalto de la ciudad. Primero, eso sí, ofreció a los protestantes la posibilidad de rendirse conforme a los usos de la guerra, lo que estos, para indignación de los sitiadores, rechazaron abriendo fuego en plena negociación.



Asedio de Zutphen por las tropas del Conde de Leicester (Joannes van Doetechum)

El asalto fue fijado para el 26 de julio. La noche anterior los defensores quemaron en la hoguera a dos de los prisioneros españoles de la compañía del capitán Juan Chasco mientras en el campo católico se celebraba por todo lo alto la festividad de Santiago. Al alba, 30 cañones de gran calibre abrieron fuego contra los muros de Neuss en dos tramos distintos. Abiertas sendas brechas, españoles por un lado e italianos por el otro lanzaron el asalto a la ciudad y, si bien los defensores lograron contenerlos, no pudieron impedir que tomasen una puerta y un torreón y se fortificasen en ellas. Los combates duraron todo el día y se prolongaron durante la noche, cuando cobraron mayor ferocidad e incertidumbre, sin otra luz que los destellos de los arcabuces. El coronel Cloedt lanzó un feroz contraataque en persona contra el torreón ocupado por los es-

pañoles, pero fue herido de gravedad en un muslo y retirado a su casa.


Mosquetero Holandés. Grabado de Jacob de Gheyn.

El 27 amaneció con el foso lleno de cadáveres. Los defensores, prestos a rendirse, trataron de entablar negociaciones, pero no hallaron quien quisiera escucharlos. Poco después, españoles e italianos lanzaban el asalto final y arrollaban a los soldados y habitantes de Neuss en una brutal lucha calle por calle y casa por casa. Varias razones movían a los atacantes a no conceder cuartel a cuantos lo imploraban: la quema de los prisioneros españoles noches atrás, la religión de los adversarios, la ruptura de la tregua durante las negociaciones… Cloedt fue asfixiado en su cama y colgado de una ventana en presencia de su esposa y su hermana, y los 300 últimos defensores, parapetados en una torre, fueron masacrados tras salir desarmados del edificio a pesar de que el señor de Haultpenne trató de frenar la furia de

sus hombres. Así, de una guarnición de 1.600, no quedó prácticamente hombre con vida.

Quebrantada la última resistencia, la soldadesca enfurecida, española, italiana, alemana, valona y borgoñona, que ni en Grave ni en Venlo había visto sus pesadumbres recompensadas, se entregó luego al saqueo de Neuss sin hacer caso de las llamadas al orden de sus oficiales. En el ínterin se desató un incendio que se extendió con rapidez y redujo a cenizas la mayor parte de la ciudad. Según el capitán Alonso Vázquez, de los 6.000 edificios de Neuss, sólo un centenar quedó en pie. "Fuera este saco muy rico y lo quedaran todos los soldados del ejército español, por ser Neuss villa situada (como ya he apuntado) en las riberas del Rin, de gran tráfago y mercadurías por el comercio y trato de la navegación, y estar en los confines de Flandes y entradas de Alemania y Frisia, donde tiene grandes correspondencias con el reino de Dinamarca y otras provincias ricas y poderosas", anotó el oficial en su crónica".

El único consuelo de Farnesio fue que la esposa y la hermana de Cloedt salvaron la vida gracias al general de su caballería, Alfonso de Ávalos y Gonzaga, marqués del Vasto. Al igual que sus oficiales, el príncipe de Parma quedó horrorizado por la brutalidad descontrolada de sus hombres. El contador del ejército, Antonio Carnero, que ocupó dicho cargó de 1585 hasta 1609 y a su retiro escribió un relato sobre la guerra, dijo que "en un punto se vio la villa llena de sangre y cuerpos muertos amontonados por aquellas calles, que era un triste espectáculo de ver sin perdonar a los burgueses y naturales de la villa de cualquier edad que fuesen. Con todo, Farnesio fue recompensado por el nuncio ponti-

ficio en Colonia, recién agregado a su ejército, con una espada y un capelo que le entregó en una ceremonia solemne.

En el campo holandés, a la sazón, se produjo un cambio importante con la llegada de un revulsivo a la inacción manifiesta de Leicester: William Pelham, un veterano con experiencia en las guerras contra los irlandeses que poseía amplios conocimientos de ingeniería y artillería. En lugar de enemistarse con él, el conde lo nombró *Marshal of the host,* un vetusto oficio de tradición medieval que lo convertía virtualmente en su segundo al mando —lo que no agradó precisamente al coronel John Norris—, Instigado por Pelham, el conde comenzó a preparar su ejército para una ofensiva en territorio español. Algunas tropas, y en particular los auxiliares irlandeses, llamados *kern,* se estaban entregando al bandidaje en los caminos, y convenía cuanto menos sacarlas por un tiempo de Holanda y Zelanda. Los movimientos no pasaron desapercibidos a Francisco Verdugo, que aún aguardaba señales de Farnesio en Groninga, donde acababa de dar sepultura a su esposa. Para su sorpresa, el príncipe de Parma se dirigió hacia Rheinberg en lugar de a Arnhem, como le había prometido.

La tercera dilación del sitio de aquella plaza que juzgaba tan importante comenzó a despertar las suspicacias del gobernador de Frisia. No hay duda de que en cierta medida la decisión de Farnesio estuvo motivada por los arreglos de Ernesto de Baviera, que esperaba aprovechar la coyuntura para recuperar de manos de los partidarios de Truchsess von Waldburg las ciudades y castillos que aún conservaban. Sin embargo, si algo caracterizaba al príncipe de Parma era su gran ca-

pacidad para trazar planes de notable profundidad estratégica. Si decidió sitiar Rheinberg fue porque lo consideró ventajoso. Al parecer, el plan del italiano consistía en tomar la ciudad y construir un puente en la cercana Büderich para controlar Wesel, una rica urbe protestante en la orilla opuesta del Rin. Tomar Rheinberg, además, suponía la posibilidad de neutralizar definitivamente a Maarten Schenck, que defendía la plaza junto al galés Roger Williams.

El 28 de agosto, mientras el ejército católico erigía varios fuertes para aislar Rheinberg, el conde de Leicester había aprestado su ejército para la ofensiva. Sus fuerzas sumaban unos 7 u 8.000 soldados de infantería y entre 2 y 3.000 de caballería, ingleses y escoceses en su mayoría, pero también 1.400 irlandeses, "todos de casta silvestres y fieras, cubiertos el cuerpo de cintura abajo, lo demás desnudos; con zancos o pértigas de que levantados en lo alto usaban al esguazar ríos, sobreponiéndose a los otros largamente, y amenazando con arcos y saetas", en palabras de Famiano Strada. Secundado por Pelham, Norris, su sobrino Philip Sidney y su hijastro el conde de Essex, el de Leicester pronto abandonó la idea de socorrer Rheinberg para atacar las posiciones españolas en el Ijssel y asegurar el flanco oriental de las provincias rebeldes. Con ellos marchaban Antonio, prior de Crato, y Gebhard Truchsess von Waldburg.

El objetivo de los ingleses era Zutphen, la principal plaza española en el curso del Ijssel. Antes, sin embargo, se apoderaron de Doesburg, una población situada al sur, en la confluencia entre el Ijssel y el Oudeijssel, que les sirvió como cabeza de puente para cruzar el río y avanzar por la orilla española hacia Zutphen. "Su Al-

teza, por más avisos que teníamos, no movía el ejército de Rheinberg ni se acercaba al lugar", escribió Verdugo, que entonces estaba en Groenlo y había tratado en vano de prolongar la resistencia de Doesburg. Vázquez cuenta que el gobernador de Frisia pidió a Farnesio, que estaba con su ejército a sólo 50 kilómetros de la plaza sitiada, que acudiese en su ayuda al frente de una porción de su ejército, pero el príncipe de Parma declinó el llamado. Pocos días después, el coronel fue requerido por Farnesio en Büderich y tuvo la ocasión de exponerle sus motivos para oponerse al sitio de Rheinberg.



Infantería española en acción en un tapiz flamenco de Martin Reynbouts

Además de la amenaza inglesa sobre una posición de valor estratégico para la ofensiva, como Zutphen, Verdugo dejó caer otro argumento de peso, que bosquejó más tarde en sus memorias: "Esto [la operación junto a Wesel], y el largo sitio de la villa de Rheinberg, han costado a su Majestad muchos millares de escudos sin merecerlo la tierra, por ser la más flaca que hay en to-

dos los Países Bajos que tenga guarnición; y si su Alteza la acometiera, sin duda la ganara solamente con la zapa en muy pocos días". Los acontecimientos posteriores le darían gran parte de la razón, no sólo porque Rheinberg resistió un bloqueo de cuatro años, sino porque mientras el estado mayor de Alejandro discutía los distintos pareceres, llegó un mensajero con la noticia de que los ingleses habían puesto Zutphen bajo asedio. Esta vez Farnesio comprendió la magnitud de la amenaza y actuó con rapidez. Las otras dos plazas fuertes del Ijssel —Deventer y Kampen— estaban en manos holandesas, y si Zupthen caía, perdería la oportunidad de atacar directamente el núcleo del territorio rebelde.

Mientras ingleses y holandeses tendían un puente de barcas sobre el Ijssel y se fortificaban en la orilla occidental del río, el príncipe de Parma organizó una operación de socorro en un tiempo récord: despachó 600 infantes y 2 compañías de caballería a la ciudad bajo el mando del segundo de Verdugo, el teniente coronel Juan Bautista de Tassis, y desgajó del ejército principal un cuerpo de 5.000 infantes y 1.500 soldados de caballería, cuyo mando encomendó a Verdugo. El coronel se acuarteló primero en Bredevoort, y al día siguiente, el 8 de septiembre, en Borculo, una población situada a pocas horas de Zutphen. Tassis entró en la ciudad sin dificultades y tomó el mando de la defensa. Entre tanto, Farnesio dejó el bloqueo de Rheinberg y la guarda del puente junto a Wesel a Claude de la Barlotte, coronel de infantería valona, y se desplazó personalmente a Borculo. Con él llevaba, además de su escolta, 300 carros de suministros sacados de Brede-

voort para aliviar temporalmente la situación de Zutphen.

En Borculo, Farnesio, su estado mayor y sus consejeros civiles celebraron un consejo de guerra con Verdugo. El príncipe de Parma declaró su intención de acompañar al convoy y entrar en Zutphen para estudiar la situación de la plaza. Varios de sus consejeros se opusieron, pero el coronel Verdugo se mostró a favor, alegando que "sería una cosa muy honrosa mostrarse donde sus enemigos habían estado para dar a entender que los venía a buscar". Así pues, el día siguiente, Farnesio y Verdugo, con la mayor parte de sus 1.500 efectivos de caballería y la columna de suministros, se encaminaron hacia Zutphen. El capitán Mario Martinengo, que conocía bien la región, guió al convoy por pasos seguros y esquivó las posiciones que los ingleses y holandeses, bajo el mando de Guillermo Luis de Nassau, primo de Mauricio, estaban fortificando al este de la ciudad. Zutphen fue así abastecida y Farnesio pudo reconocer las disposiciones enemigas. El conde de Leicester había establecido su cuartel en la orilla opuesta para sitiar un fuerte español emplazado frente a la ciudad que servía como posición avanzada.

Farnesio barajó la posibilidad de defender Zutphen personalmente, pero Verdugo lo disuadió. El coronel argumentó que "no convenía que un príncipe y general se encerrase" para no dar pie a que la Reina de Inglaterra presumiese de tenerlo asediado en Zutphen, y agregó que él podía ocuparse sin problemas de la defensa de la plaza, puesto que era gobernador de la provincia. Farnesio no se opuso; dejó a Verdugo y Tassis en Zutphen y, convencido de que el sitio iba para largo, abandonó la ciudad para organizar un convoy de su-

ministros de mayor entidad. Desde Borculo, el de Parma dio órdenes de comprar y almacenar víveres en Münster, Lingen, Groenlo y Oldenzaal en cantidades suficientes para alimentar a 4.000 hombres durante tres meses, y en menos de 10 días hubo reunido en Borculo un nuevo convoy para abastecer Zutphen. En esta ocasión, los ingleses estaban bien preparados. La guarnición holandesa de Lochum había interceptado una misiva de Farnesio para Verdugo en la que le notificaba la operación, de modo que el coronel no sabía nada, pero los ingleses sí.



Lanzamiento de brulotes contra la Armada Invencible (Escuela flamenca, National Marltime Museum, Greenwich).

El convoy español partió de Borculo el 22 de septiembre al amanecer bajo el mando del general de caballería de Farnesio, el marqués del Vasto. 2.500 infantes, de los cuales 1.000 eran españoles —y el alférez Alonso Vázquez uno de ellos— y 600 soldados de caballería, italianos en su mayoría pero también albaneses, escoltaban la columna de carromatos. El día era nebli-

noso y apenas se veía a una distancia superior a unas decenas de metros. Poco ignoraban los españoles que en la ruta que seguían, el camino de Warnsveld, el conde de Leicester había apostado 3.000 infantes y 400 caballos, lo mejor de sus tropas, a las órdenes del joven conde de Essex. Abría la marcha un escuadrón de arcabuceros a caballo, seguido de un batallón de picas con sus mangas de arcabuceros; luego venían los carros, guarnecidos en ambos flancos por hileras de mosqueteros y arcabuceros, y por último cerraba la marcha el resto de la caballería.

A las 8 de la mañana, al dejar atrás el pueblo de Warnsveld, los españoles se toparon de improviso con las filas inglesas y se trabó una reñida escaramuza. La caballería inglesa, encabezada por el impetuoso Essex, desbarató y puso en fuga a la vanguardia española, pero fue frenada en seco por el batallón de infantería, compuesto por los soldados más curtidos de los tercios de Bobadilla y Juan del Aguilar. Essex realizó varias cargas sin éxito sobre el batallón español y tuvo que enviar a su infantería, que igualmente fracasó en la lucha pica contra pica. A la sazón, el marqués del Vasto, con su caballería restablecida, cargó irreflexivamente sobre los ingleses y fue puesto en fuga de nuevo. El noble italiano, de las casas de Ávalos y Gonzaba, estuvo cerca de dejar la piel en la lucha cuando un inglés lo acometió con un hacha de batalla, pero por fortuna un soldado español de caballería ensartó al isleño con su lanza en el último momento.



Cerco y toma de Sluis por Alejandro Farnesio (Jacques Courtois).

Cuando la balanza parecía inclinarse del lado inglés, Francisco Verdugo irrumpió en su retaguardia con refuerzos. Aunque no sabía nada del convoy, el estruendo de la mosquetería en las cercanías, audible fácilmente desde Zutphen, estaba sujeto a una lectura unívoca. La inesperada aparición del coronel, que abrió el camino que los ingleses bloqueaban, decantó la victoria de parte del bando católico. Mientras algunos soldados perseguían por cuenta propia a las tropas inglesas en retirada y se encarnizaban con los rezagados, Verdugo condujo el convoy a la seguridad de Zutphen. En palabras de Alonso Vázquez, que luchó pica en mano en primera fila en el escuadrón español, el combate del 22 de septiembre fue "una de las mejores facciones que hasta aquellos tiempos jamás se vio en Flandes,

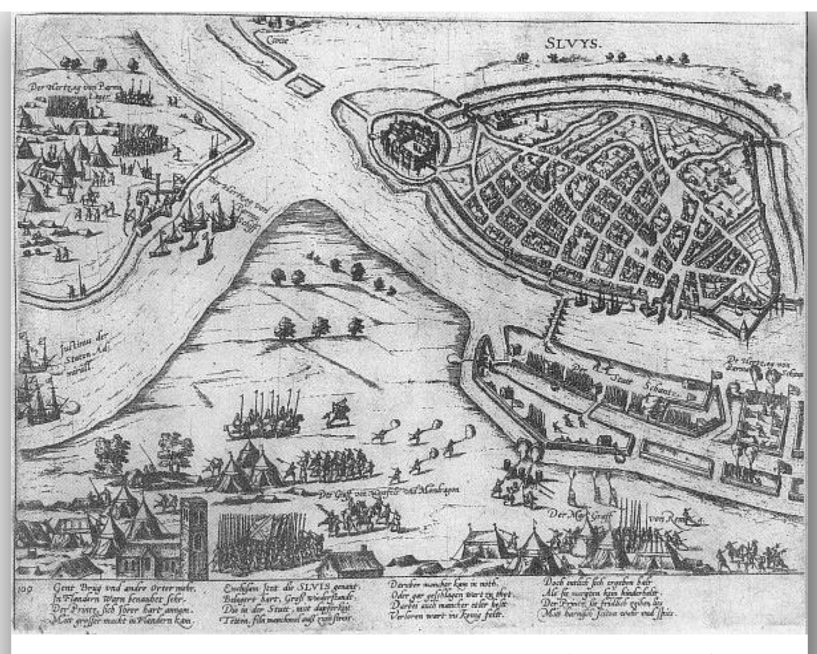
pues para encarecer alguna buena entre soldados viejos traen a la memoria la escaramuza de Zutphen".

En octubre se produjo un altercado de consideración entre Farnesio y el coronel Verdugo. El de Parma, que planeaba su regreso a Brabante y la distribución de los cuarteles de invierno, ordenó a Verdugo que se hiciese cargo de la defensa de Zutphen. El coronel se opuso, argumentando que su cabeza sería necesaria en otras partes y que Juan Bautista de Tassis era perfectamente capaz. Según Vázquez, Verdugo dijo que se quedaría en Zutphen siempre y cuando el príncipe de Parma lo cesase en sus funciones de gobernador de Frisia; una respuesta que al oído de Farnesio sonó más como una falta de respeto que otra cosa. Vázquez atribuye el desencuentro a los enemigos de Verdugo: "Los émulos tan grandes que tenía, envidiosos (como otras veces he referido) de sus victorias, valor y virtud, podían tanto con Alejandro que algunas veces le turbaban la voluntad que le tenía".

Las cosas entre ambos generales no quedaron en los mejor términos cuando Farnesio se dirigió hacia el Rin con su ejército. Verdugo le aconsejó sitiar Lochum, una de las pocas plazas que los holandeses conservaban a espaldas de Ijssel, pero Farnesio se opuso. Según Vázquez, la camarilla contraria a Verdugo susurraba a oídos del ya duque de Parma —en aquel entonces supo Farnesio que su padre había muerto— que Verdugo quería retener al ejército para que lo diezmase el frío invernal. De ser ciertas las acusaciones de Vázquez, lo único que puede decirse es que Farnesio no las creyó. Conocía demasiado bien a Verdugo como para concebir semejante disparate, lo que no era óbice para que sus criterios difiriesen con frecuencia. A finales de oc-

tubre, en todo caso, el ejército español cruzó el Rin junto a Wesel y se repartió en sus alojamientos invernales. Farnesio, como cada año, se retiró con su corte a Bruselas.

Con todo, los últimos meses del año deparaban sorpresas. La primera y de menor consideración fue que las tropas que el conde de Leicester había dejado bloqueando el fuerte español delante de Zutphen en la orilla occidental del Ijssel lograron tomar la posición por sorpresa. Con esta pequeña victoria, también en el bando rebelde llegó el momento de retirarse a los cuarteles invernales. El fuerte recién conquistado quedó a cargo del capitán Rowland York, mientras que en la cercana Deventer se acantonaron 1.400 irlandeses e ingleses al mando del coronel William Stanley, un recusante católico, que prefería pagar multas que abjurar de su fe. Por intereses personales más que por causas religiosas, estos dos oficiales sopesaron un cambio de bando e iniciaron conversaciones secretas con Juan Bautista de Tassis, que informó a Verdugo. Este había caído gravemente enfermo en Groninga, de manera que Farnesio, informado, dio carta blanca a Tassis para negociar. En enero de 1587, Deventer y el fuerte de Zutphen pasaron a manos españolas. Stanley fue recompensado con una coronelía, y York con una compañía de caballería.



Sitio de Sluis, vista de la ciudad desde el campamento español (Frans Hogenberg).

La entrega de Deventer y el fuerte de Zutphen supuso la ruina de Leicester: el gobernador general, que para colmo se encontraba en Inglaterra dando cuenta a la reina de sus acciones, había elegido a Stanley y a York para hacerse cargo de las dos posiciones estratégicas a pesar de los recelos de los Estados Generales de las Provincias Unidas. En adelante, y a pesar de su pronto regreso a Holanda con nuevas tropas y caudales, Robert Dudley vería como el joven príncipe Mauricio de Nassau, auspiciado por el hábil Johan van Oldenbarnevelt, Gran pensionario —líder político de facto— de las Provincias Unidas iría ganando impronta entre la nobleza y la oficialidad rebelde. Las traiciones y la dureza exhibida con el barón de Hemart eran difíciles de olvidar. Además, en palabras de Renon de France: "Como Leicester era más un hombre de corazón y de bello discurso que un gran capitán, pronto se hizo odioso a

los jefes de guerra”. Oficiales como Christoffel van Ijsselstein y Diederik Sonoy, veteranos del comienzo de la rebelión, retiraron su obediencia a Leicester y se acercaron a Nassau.






Campaña de Farnesio 1586
Asedios españoles
Asedios holandeses
Batallas
Conquistas españolas entre 1586 y 1589
Conquistas holandesas entre 1586 y 1589
Mar del Norte
Delfzijl
Groninga
Leeuwarden
Harlingen
Franeker
Stavoren
Steenwijk
Coevorden
Lingen
Enkhuizen
Hoorn
Urk
Kampen
Alkmaar
Zwolle
Volendam
Zaardam
Amsterdam
Oldenzaal
Haarlem
Deventer
Enschede
Naarden
Amersfoort
Zutphen 1586
Leiden
Doesburg 1586
Groenlo
Münster
La Haya
Gouda
Utrecht
Arnhem
Doetinchem
Delft
Rotterdam
Buren
Engelen 1587
Den Briel
Gorcum
Nimega
Grave 1586
Dordrecht
Zierikzee
Geertruidenberg
Geldern
Steenbergen
Rheinberg
Veere
Goes
Breda
Middelburg
Bergen op Zoom 1588
Eindhoven
Venlo 1586
Vlissingen
Viersen
Dusseldorf
Hulst
Neuss 1586
Ostende
Sluis 1587
Axel 1586
Amberes
Roermond
Nieuwpoort
Brujas
Lier
Gante
Malinas
Colonia
Dunkerque
Dendermonde
Maastricht
Valkenburg
Aalst
Lovaina
Aken
Ypres
Oudenaarde
Bruselas
Lieja
Limburgo
Halle
Tournai
Namur
Douai
Mons
Valenciennes
Arras
Cambrai
Bouillon
Luxemburgo
Soissons
Reims
Verdun


Territorios controlados por las Provincias Unidas en 1586
Territorios controlados por la Monarquía Hispánica en 1586
Conquistas españolas entre 1586 y 1589
Conquistas holandesas entre 1586 y 1589
Mar del Norte
Delfzijl
Leeuwarden
Groninga
Harlingen
Franeker
Stavoren
Steenwijk
Coevorden
Lingen
Enkhuizen
Hoorn
Urk
Kampen
Alkmaar
Zwolle
Volendam
Zaardam
Amsterdam
Oldenzaal
Haarlem
Deventer
Enschede
Naarden
Amersfoort
Leiden
Zutphen
La Haya
Gouda
Utrecht
Arnhem
Groenlo
Munich
Delft
Rotterdam
Buren
Doetinchem
Den Briel
Gorcum
Nimega
Zaltbommel
Dordrecht
Bolduque
Zierikzee
Geertruidenberg
Geldern
Steenbergen
Veere
Breda
Rheinberg
Eindhoven
Middelburg
Goes
Bergen op Zoom
Venlo
Vlissingen
Viersen
Dusseldorf
Hulst
Amberes
Roermond
Ostende
Sluis
Brujas
Lier
Nieuwpoort
Gante
Malinas
Dendermonde
Maastricht
Valkenburg
Colonia
Dunkerque
Aalst
Lovaina
Aken
Oudenaarde
Ypres
Bruselas
Lieja
Limburgo
Halle
Tournai
Namur
Douai
Mons
Valenciennes
Arras
Cambrai
Bouillon
Luxemburgo
Soissons
Reims
Verdun


Guerra de Flandes
Situación Países Bajos en 1590-1592
Mar del Norte
Delfzijl 1591
Leeuwarden
Harlingen
Franeker
Groninga
Stavoren
Steenwijk 1592
Enkhuizen
Coevorden 1592
Alkmaar
Hoorn
Urk
Lingen
Volendam
Kampen
Zwolle
Zaandam
Amsterdam
Haarlem
Oldenzaal
Deventer 1591
Naarden
Amersfoort
Enschede
Leiden
Zutphen 1591
La Haya
Gouda
Utrecht
Delft
Groenlo
Buren
Den Briel
Doetinchem
Gorcum
Nimega 1591
Zaltb.
Dordrecht
Bolduque
Zierikzee
Grave
Geertruidenberg
Veere
Breda 1590
Middelburg
Goes
Bergen op Zoom
Vlissingen
Venlo
Ostende
Sluis
Hulst 1591
Amberes
Brujas
Roermond
Lier
Dunkerque
Gante
Malinas
Diest
Ypres
Oudenaarde
Aalst
Lovaina
Maastricht
Bruselas
Halle
Lieja
Rijsel
Tournai
Namur
Mons
Douai
Valenciennes
Arras
Luxemburgo
Provincias Unidas
Conquistado por las Provincias Unidas (Mauricio y Guillermo Luis)
Áreas Españolas
HRM

La Grande y Felicísima Armada y la última ofensiva de Farnesio

Las campañas de 1587 y 1588, mucho más erráticas que las anteriores, como veremos, estuvieron marcadas de manera ineludible por la invasión de Inglaterra que Felipe II y sus consejeros proyectaron para eliminar la amenaza que la nación protestante suponía para la estabilidad de la Monarquía Hispánica, no sólo en los Países Bajos, sino también en el Caribe. En estos dos años las operaciones españolas en Flandes se ralentizaron de forma muy considerable: Farnesio, que vio como los designios de la corte española se le impusieron en contra de su criterio, emprendió apenas dos asedios y comenzó a ceder a los rebeldes la iniciativa que había llevado hasta entonces en la guerra. Mientras el duque de Parma cumplía las órdenes de Felipe II, que lo obligaban a centrarse en la preparación y la ejecución de la invasión de Inglaterra, sus principales lugartenientes —Mansfeld, Verdugo, Haultpenne— quedaron a cargo de la defensa de los territorios que tantos esfuerzos había llevado conquistar.

Felipe II comenzó a planear la *Grande y Felicísima Armada* en torno a 1583. Aquel año, el Rey Prudente envió una carta a su sobrino en la que le pedía una relación de los puertos, castillos y ríos de las costas inglesas. De los escritos del historiador Luis Cabrera de Córdoba, que desempeñó varias misiones para la Corona española, se deduce que Felipe II tenía en muy poca consideración a la armada inglesa, que según su

parecer no podía alinear más de 40 buques, "y aunque fuese mayor, no eran tan bravos que no huyeron los primeros en la batalla que venció el Marqués de Santa Cruz a Felipe Strozzi junto a la isla de San Miguel", anotó Cabrera de Córdoba en referencia a la victoria de Álvaro de Bazán en la batalla de la isla Terceira, en 1582. Felipe II y sus consejeros no tuvieron en cuenta, como escribió en aquella misma época el diplomático y filósofo italiano Giovanni Botero, que: "Inglaterra vence en fortaleza de sitio a otros cualesquier reinos, porque en esta isla se hallan por excelencia las dos propiedades principales que Aristóteles buscaba para fundar la planta y sitio de una insigne ciudad, que son tener dificultosa entrada para los enemigos y fácil salida para las empresas".

Botero, autor de obras como las *Relaciones Universales del Mundo* (1591-96) y *De las causas de la grandeza y magnificencia de las ciudades* (1588), analizó —en la primera— las fortalezas y debilidades de los principales estados europeos. Respecto a Inglaterra, señaló sus fuertes defensas naturales, a saber las corrientes traicioneras de los mares circundantes y la aspereza de sus costas. Además, al contrario que Felipe II y sus principales consejeros, tuvo el tino de apreciar la maestría de los navegantes ingleses, de quienes dijo: "No hay nación alguna más ejercitada y diestra, ni más atrevida que ella en todo el mundo, porque con veleros y ligerísimos navios, guarnecidos de excelente artillería surcan en todos tiempos sin temor el océano, alargándose con sus contrataciones hasta el Catay, Moscovia, Alejandría de Egipto y Constantinopla, y hasta Livonia, Berbería y Guinea".

La conquista de Inglaterra, desde el punto de vista de Felipe II y sus consejeros, era un imperativo para asestar un golpe mortal a la rebelión holandesa. Recordemos, a fin de cuentas, la imagen de Isabel I alimentando la vaca que simboliza la rebelión en la pintura mencionada en la introducción. El maestre de campo Juan del Águila recoge perfectamente este parecer en una carta dirigida al rey con fecha de noviembre de 1586: "Considere V. Md. que lo que ha de conquistar es un cuerpo de un hombre; la cabeza es Inglaterra, la garganta son las islas de Zelanda y los brazos y miembros principales son los puertos de Holanda y algunos de Flandes, los pies y parte del cuerpo es lo que a V. Md. le dicen que posee, que es Artois, Henao, parte de Brabante y Flandes. Es fuerza que el que poseyera la cabeza que es Inglaterra y la garganta y brazos que son las islas de Holanda sea señor de lo demás".



El príncipe Mauricio de Nassau durante la batalla de Nieuport, 1600.

Conviene tener presente que Farnesio no se oponía a la empresa de Inglaterra, no al menos en un principio. Antes de 1586 Felipe II le pidió que diseñase un plan de invasión y él así lo hizo. Fue a partir de algunas de las ideas contenidas en este proyecto, integradas con aspectos de otro plan encargado al mejor marino de España, Álvaro de Bazán, e inteligencias recabadas de distintos agentes, que el Rey Prudente dio forma a la *Grande y Felicísima Armada*. Las diferencias entre el plan de Farnesio y el de Felipe II resultan de vital importancia para entender de qué modo la Armada Invencible afectó decisivamente el curso de la guerra de Flandes. El momento idóneo para lanzarse a la invasión de Inglaterra, para el duque de Parma, llegó con la primavera de 1587. Sin embargo, la flota no se hizo a la mar hasta un año después.

Farnesio aconsejaba embarcar un ejército compuesto por 30.000 infantes y 500 caballos a bordo de naves chatas en los puertos flamencos de Dunkerque, Nieuwpoort y Gravelinas para cruzar el Canal de la Mancha con rapidez —de 8 a 12 horas— y bajo el amparo de la noche y desembarcar por sorpresa cerca de Londres. "Cuanto a armada, así por no haber acá puertos capaces para hacerla real, grande y fundada, como por asegurarlos más, no será necesario, pues hay tantas pleitas y otras barcas apropiadas al negocio en estas provincias", escribió al rey. En cuanto a la zona de desembarco, el de Parma se inclinaba por la región que se extiende entre Dover y Margate, en la costa de Kent. Además de su proximidad tanto a Londres como a las bases españolas, sus playas facilitaban el desembarco y el terreno que se extendía detrás era muy apto para el movimiento de la infantería y poco proclive al de la ca-

ballería. El proyecto, no obstante, adolecía de un fallo: requería del elemento sorpresa, y era difícil que los preparativos de la invasión pasaran desapercibidos a ingleses y holandeses.

El historiador y teórico naval británico Julián S. Corbett, uno de los cerebros de la transición de la Royal Navy entre los siglos XIX y el XX y contraparte del estadounidense coetáneo Alfred T. Mahan, escribió en su gran obra, *Some Principies of Maritime Strategy* (1911) que "el príncipe de Parma, como después le pasaría a Napoleón, se había aferrado obstinadamente a la creencia de que podía existir una solución distinta de la decisión por medio de la batalla naval". El plan de Farnesio, en opinión de Felipe II, era casi imposible de llevar a cabo. El rey, en cambio, era partidario de enviar una flota de guerra desde España que escoltase la flotilla flamenca que transportaría el ejército. Pero para ello, España necesitaba al menos un puerto de gran calado en los Países Bajos, y en 1587 no lo tenía. "Sin un puerto no se puede hacer nada", se lamentaba el Rey Prudente tan pronto como en 1585.



Batalla de Engelen (Frans Hogenberg).

El criterio del Austria se impuso sin discusión. El arriesgadísimo plan de Farnesio recibió el contrapunto de la escolta en forma de armada que propugnaba Álvaro de Bazán, a la vez que el duque de Parma recibía instrucciones, a mediados de 1587, de intentar las conquistas de Ostende y Sluis, en la costa flamenca, y de Bergen-op-Zoom en la de Brabante, puertos de gran calado indispensables para la Gran Armada que entonces estaban en manos holandesas y defendidos por contingentes ingleses. En adelante, Felipe II y sus consejeros, que en materia de Flandes eran Juan de Idiáquez, a la sazón secretario del Consejo de Estado y miembro del Consejo de Guerra, y el portugués Cristóbal de Moura, conde de Castelrodrigo y miembro de los Consejos de Estado y de Guerra, actuarían de forma cada vez más directa en la conducción de la guerra

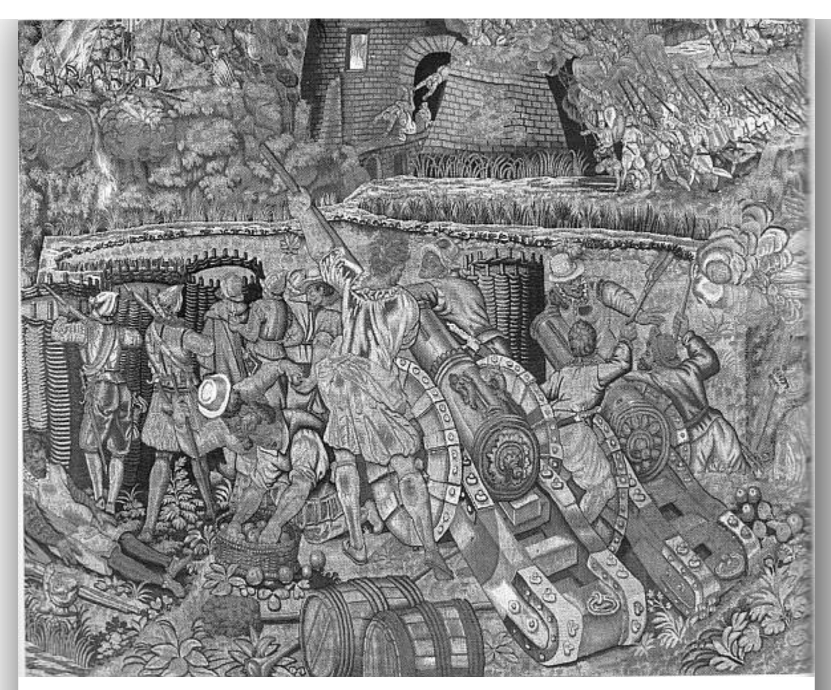
en detrimento de la autonomía de la que Farnesio había gozado hasta entonces.

El duque de Parma estudió detenidamente las tres opciones que se le planteaban. Todas tenían pros y contras. Favorecía la empresa de Bergen-op-Zoom la reciente entrega del cercano castillo de Wouw, cuya guarnición, de 100 soldados franceses, se pasó al bando español y puso la plaza en manos católicas a cambio de 14.000 ducados. Por otra parte, Bergen-op-Zoom estaba más cerca de los principales puertos holandeses que no de la costa inglesa. Ostende y Sluis, que en el español de la época se denominaba La Esclusa, ofrecían mejores bases para la invasión de Inglaterra debido a su ubicación en la costa flamenca. Además, si Farnesio lograba tomarlas, las correrías de sus guarniciones en territorio católico tocarían a su fin. No eran empresas sencillas, de ahí que el de Parma tratase en primera instancia de ejecutarlas mediante golpes de mano. Sin embargo, las operaciones no prosperaron y Farnesio decidió abandonar sus planes sobre Ostende para concentrar su ejército en el asedio de Sluis.

Alonso Vázquez, que tomó parte en el sitio, deja claro en sus escritos que Farnesio emprendía una operación de extrema dificultad: "Es bien se sepa que la villa de la Esclusa es una de las más fuertes e inexpugnables que hay en Flandes, así por los muchos navillos, ríos y fosos que tiene, como por no se le poder quitar el socorro si no es con grandísima dificultad y tener un castillo tan fuerte como la villa". Famiano Strada ofrece una descripción al pormenor de la geografía que presentaba en aquel entonces el entorno de la plaza, enclavada en el límite del condado de Flandes y con la hostil costa de Zelanda a escasa distancia: "Defiéndela

una ría que corre desde el Mar Meridional, de tanto caudal de aguas, que algún día era capaz de cincuenta naos, la cual luego que llega a Sluis se parte en dos canales; estos tuercen el camino, la una (sic) a diestra hacia Ijzend, la otra (sic) hacia Damme y Brujas".

Los alrededores de Sluis, salvo la isla de Cadzand, situada al norte y controlada por los holandeses, eran un laberinto de arroyos, lagunas y estanques cuyo caudal subía y bajaba considerablemente con los cambios de marea. En opinión del capitán Vázquez, el asedio de la ciudad no fue menos complicado que el de Maastricht en 1579. Sluis, además de sus notables defensas naturales, estaba bien fortificada. Su único flanco expuesto a un ataque directo, el que miraba al suroeste, hacia Brujas, había sido reforzado con dos grandes revellines, y su guarnición contaba con hasta 700 soldados holandeses a las órdenes de un oficial ejercitado, el coronel Arnold van Groenveld, amén de un buen número de hombres de las milicias ciudadanas. Además, la proximidad del puerto zelandés de Vlissingen, distante apenas seis horas, y la falta crónica de medios navales en condiciones de que adolecía duque de Parma, hacían en extremo complicado evitar la entrada de víveres y municiones en la ciudad.



Artillería y arcabuceros españoles durante un asedio según un tapiz flamenco de Martin Reynbouts.

Cuando el ejército español, con Farnesio al frente, llegó frente a la ciudad el 11 de junio de 1587, contaba en sus filas con menos de 6.000 infantes y unos 600 soldados de caballería. El sobrino de Felipe II traía consigo los tercios de Juan del Águila y Cristóbal de Mondragón, que sumaban alrededor de 3.000 efectivos, y un número parejo de tropas veteranas alemanas y valonas. En cuanto a su tren de artillería, ascendía a 20 cañones. Secundaban al duque de Parma el conde Carlos de Mansfeld y Valentín de Pardieu, señor de La Motte, un coronel valón de origen modesto que ya en la batalla de San Quintín, 30 años atrás, era capitán de infantería. La clave de la victoria, más que en expugnar Sluis, radicaba en aislarla completamente de los socorros que pudiera recibir del exterior. Por ello Farnesio

dividió su pequeño ejército en dos cuerpos, uno al mando de La Motte, que avanzó por el canal de Damme, tomó el fuerte de Santa Ana y estableció allí su cuartel, y otro bajo su mando directo que desde Aardenburg pasó a la isla de Oosburg, y de allí a la de Cadzand, para bloquear la ría de Sluis, llamada *Het Zwin* ("El estuario").

El cuerpo de La Motte rápidamente tomó posiciones al oeste de Sluis y bloqueó completamente las comunicaciones de la ciudad sitiada con Ostende. El avance de Farnesio, en cambio, fue mucho más complicado. Los holandeses habían ocasionado graves desperfectos en los contradiques, que eran el único camino practicable para la artillería y los carromatos, y fue preciso repararlos antes de tomar posiciones en Cadzand. Aquel espacio de tiempo lo aprovecharon los holandeses para introducir en Sluis un millar de soldados ingleses veteranos que llegaron a bordo de buques zarpados de Vlissingen. Los mandaba el galés Roger Williams, antiguo compañero de correrías Maarten Schenck. Poco después, las naves holandesas interceptaron una flotilla española de 16 barcas que Farnesio había mandado aparejar en Gante y Terramunda con tripulaciones flamencas para servir de apoyo a la infantería durante el sitio. La mayor parte embarrancaron en tierra, pero los holandeses se apoderaron de algunas y las llevaron, victoriosos, a Sluis.

El mal suceso movió a Alonso Vázquez a hacer una interesante reflexión sobre el poco apego que los soldados españoles tenían al mar: "El no inclinarse a la navegación como los demás es causa de sus infelices sucesos, y no hay que maravillarse, pues los premios de los soldados que sirven en la mar no son iguales a los

que lo hacen en campaña, y no sé si es acertado, pues son mayores los peligros y trabajos de las embarcaciones que los que se pasan marchando en tierra; y si se hiciese, ya que no fuese más, sino tanta estimación de las batallas navales como de las murales, y otras donde se espera mayor premio, habría más marineros y soldados de mar; y como ven el contrario de lo que esperan, pocos se inclinan a la navegación, y es de tanta importancia el hacerlo, como tantas veces por experiencia lo habernos (sic) visto, y se sabe que el príncipe que fuere señor de la mar lo será de la tierra, y con sólo ella y sin marineros ni armadas no lo podrá conservar".



Tropas de infantería y caballería acechan al enemigo (Sebastian Vrancx, Schlossmuseum Gotha).

Farnesio pudo resarcirse dos días más tarde, cuando las naves que habían introducido el socorro inglés en Sluis abandonaron el puerto para salir a mar abierto y regresar a Vlissingen. El duque de Parma no había

mantenido ociosos a sus hombres; reparados los contradiques, ya eran dueños absolutos de la isla de Cadzand, donde había tomado un fuerte y comenzado a fortificarse. A su paso por *Het Zwin*, las naves rebeldes fueron recibidas por un certero fuego de artillería que hundió cuatro de ellas. Ello no fue óbice para que los holandeses intentasen repetir el éxito del primer socorro. Farnesio, anticipándose a la tentativa —desde Cadzand podía ver el puerto de Vlissingen con la concentración de velas enemigas—, ordenó a Carlos de Mansfeld, a cuyo cargo estaba la vigilancia del estuario, que extremase la misma.

La noche del 16 de junio, siete embarcaciones rebeldes penetraron en la ría con la marea alta y fueron recibidas por el fuego de la artillería y la mosquetería españolas. Un navío de alto bordo y dos barcazas sufrieron graves daños en la arboladura y quedaron atascadas en el fango a medida que llegaba la marea baja y con ella la luz del amanecer. Varias docenas de españoles se lanzaron entonces al estuario y tomaron las naves encalladas por asalto. El botín fue copioso: un cargamento de trigo y otro de 11 piezas de artillería con municiones. Con todo, Farnesio decidió bloquear el Zwin, como había hecho con el Escalda durante el asedio de Amberes, con la construcción de un puente de orilla a orilla del estuario. Al mismo tiempo, el de Parma desplazó diez compañías de infantería española frente a Sluis para cavar trincheras hacia la plaza desde el este, al tiempo que ordenaba a La Motte hacer lo propio frente al revellín de la puerta de Brujas; una tarea harto complicada, dado que el terreno firme alrededor de la plaza escaseaba.

Las tropas del ejército católico hubieron de soportar muchas penurias durante el asedio. Aquel año las cosechas fueron excepcionalmente malas en todos los Países Bajos, de modo que la comida escaseaba, y la infantería tuvo que sobrevivir alimentándose con frecuencia de hierba y de las cañas que crecían en lo alto de los diques. La proximidad del mar y el terreno pantanoso, además, anegaban con frecuencia las trincheras, en las que el agua podía llegar con facilidad hasta el pecho de los soldados. La guardia de las trincheras de los valones, que estaban cerca de sus cuarteles, cambiaba cada 24 horas, pero la infantería española hacía turnos de cuatro días en las zanjas inundadas. El avance fue lento, pero mediante puentes y pavesadas resultó inexorable. Los esfuerzos se dirigían sobre una islita delante de Sluis, en el canal de Damme. Allí había un fuerte que los valones, a quienes concernía aquel sector, bautizaron como “castillo de la Tonelada”, y que defendían 500 ingleses a los que apodaron *toneleros.* Los combates por el control de la isla, que finalmente cayó en manos españolas, fueron brutales. Valentín de Pardieu perdió un brazo en la lucha, pero se sobrepuso a sus heridas y volvió al servicio.

A la sazón, en las fronteras de Brabante, el Rin y Frisia, holandeses e ingleses lanzaban pequeñas ofensivas para tratar de distraer a Farnesio de Sluis o, simplemente, sacar partido de la dispersión de las tropas españolas, obligadas a defender un frente cada vez más amplio. Maarten Schenck tomó por *interpresa* varias poblaciones fortificadas en el ducado de Cleves con el fin de dificultar los movimientos de las tropas españolas que bloqueaban Rheinberg y el tránsito de las barcas de suministros que las abastecían por el Rin. Avisa-

do Farnesio, dio instrucciones a Claude de Berlaymont, gobernador de Güeldres, para que tomase el mando del tercio de Bobadilla y se diese prisa en expulsar a los holandeses de sus recientes conquistas, cosa que logró sin demasiadas dificultades. Más dificultoso y de fatales consecuencias resultó el peligro que se presentó poco después para el valón.

A finales de junio, el conde de Holac lanzó una ofensiva sobre Brabante y se apoderó de Boxtel, Loon, Helmond y Eindhoven sin que acudiesen a detenerlo ni Farnesio, que no juzgaba prudente mermar el ejército que sitiaba Sluis, ni Berlaymont, que negociaba entonces la entrega de la importante plaza de Geldern, capital del ducado de Güeldres, de manos de su gobernador, el teniente coronel escocés Archibald Patton. Este soldado, al parecer ofendido, según Famiano Strada, porque el conde de Leicester había amenazado repetidas veces con apartarlo de su puesto y porque Maarten Schenck lo había golpeado en una borrachera, decidió cambiarse de bando y abrió las puertas de Geldern a las tropas de Haultpenne. Un botín de 30.000 ducados en caballos de guerra, ropas y vajilla, todo propiedad de Schenck, cayó en manos españolas. Zanjado el asunto, Berlaymont se apresuró con sus tropas hacia Brabante.

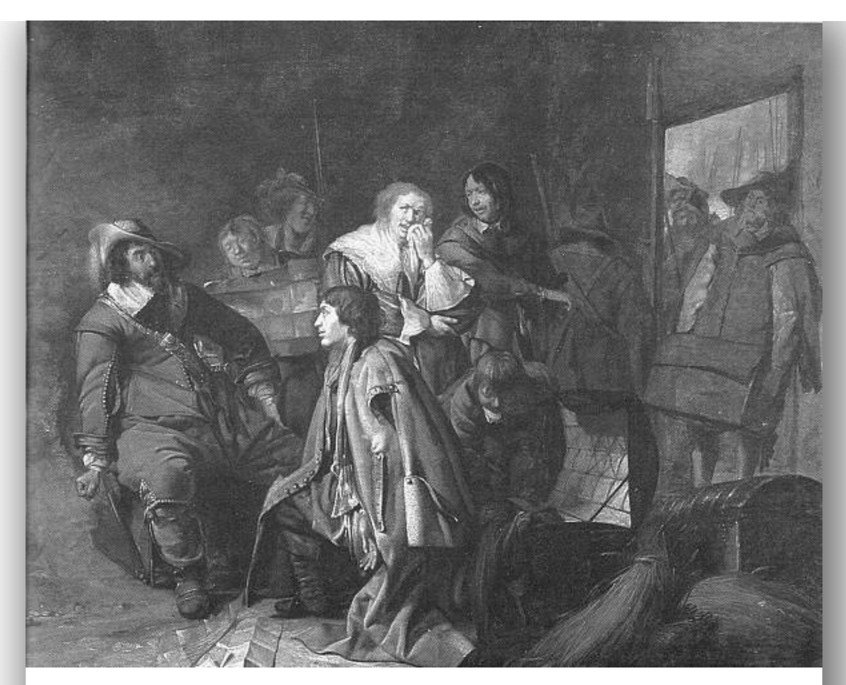
Tras cruzar el Mosa en Venlo, Haultpenne agregó a sus fuerzas algunas tropas enviadas desde Amberes por el castellano de la ciudadela, Cristóbal de Mondragón, con lo que su ejército sumaba 3.200 infantes y 1.000 soldados de caballería, según Strada, o 5.000 infantes y 400 efectivos de caballería, según Alonso Vázquez. La infantería comprendía el tercio de Bobadilla, que dirigía su sargento mayor, Manuel de Vega, el regimiento

irlandés de William Stanley —el inglés que había entregado Deventer—, los valones del señor de Vera y el regimiento alemán del conde de Megen. Appio Conti, sobrino de Farnesio, mandaba la caballería. Con estas fuerzas, Berlaymont recuperó fácilmente Eindhoven, "la mayor ladronera" de que disponían los rebeldes en la región, en palabras de Vázquez, así como también Helmond, Tilburg y las demás ganancias del conde de Holac. Este, entonces, daba comienzo al sitio de Engelen, un fuerte próximo a Bolduque de gran valor estratégico para el control de la ciudad.

El fuerte de Engelen estaba al norte de Bolduque, cercano al Mosa y a orillas del Dieze, uno de sus afluentes, alimentado a su vez por el Dommel y el Aa. Holac había concentrado una flotilla ribereña en las aguas del Mosa y había tendido un puente sobre el Dieze, de manera que la guarnición católica estaba completamente sitiada y sin otra salida que la capitulación. Haultpenne, irreflexivamente en opinión de Vázquez, partió pues en busca de Holac para presentarle batalla y dirimir el destino de Engelen. "Hízolo mal en proseguir el camino sin estar muy bien informado de la manera y en qué parte estaba alojado el conde Holac, que a saberlo, sin duda le rompiera, porque aunque llevaba menos gente era más valerosa y más experimentada", juzgó el siempre ponderado Alonso Vázquez. Pero los centinelas holandeses descubrieron las tropas del valón e hicieron sonar la alarma. El efecto sorpresa desapareció.

Cuando el ejército español llegó a la vista de Engelen, encontraron a Holac con su ejército formado en escuadrón y parapetado tras una línea de carromatos; su retaguardia bien defendida por el Dieze y con el

puente como vía de escape hacia sus naves, que aguardaban cercanas y prestas a secundar a la infantería con el fuego de sus cañones. Holac tenía consigo algo más de 4.000 infantes y casi 1.000 soldados de caballería, según Strada, u 8.000 de los primeros y 2.000 de los segundos, según la estimación exagerada de Vázquez. La batalla, en todo caso, comenzó favorable a los españoles, pues Appio Conti barrió con una carga de caballería una formación de 500 arcabuceros holandeses situados fuera del círculo de carromatos para frenar el avance español. Despejado el camino, cuatro compañías de irlandeses acometieron los carros y abrieron una brecha en las defensas. El resto del regimiento de Stanley, los valones y los alemanes penetraron en el campo holandés y unos batallones chocaron con otros en una lucha indecisa.



Soldados saqueadores en un granero. Cuadro de Pieter Codde.

La infantería española, que Haultpenne mantuvo sabiamente en reserva, inclinó la victoria para los católicos, que a merced del ímpetu del tercio de Bobadilla pusieron en fuga a ingleses y holandeses y los persiguieron más allá del puente. Entonces, sin embargo, los vencedores entraron en el radio de fuego de las naves holandesas, que descargaron un nutrido fuego sobre la vanguardia católica. "Además de haber muerto a muchos, destrozaban piernas, brazos y cabezas de otros, quedando muy mal heridos sin poderlo remediar", escribió Alonso Vázquez. En medio del fragor, Haultpenne cayó de su caballo atravesado por una bala de esmeril. Murió en el acto, y el desorden se adueñó de las filas españolas. Appio Conti y los coroneles de naciones decidieron nombrar comandante de facto al capitán Manuel de Vega, sargento mayor del tercio de

Bobadilla y el más experimentado de los oficiales del ejército. El veterano soldado juzgó un suicidio proseguir la persecución y dispuso una retirada bien ordenada tras introducir algunas tropas y municiones en Engelen. El conde de Holac lanzó un contraataque, pero el orden de los católicos era absoluto y no logró desorganizarlos.

La victoria de Engelen fue, sin embargo, costosa y poco duradera. Aunque las bajas españolas fueron muy inferiores a las anglo-holandesas —70 u 80 frente a entre 600 y 900— Farnesio perdió a uno de sus mejores y más leales comandantes, Claude de Berlaymont, que a sus 37 años había dado muestras de un gran talento en solitario y prometía convertirse en un excelente general, amén de que constituía un poderoso puente entre Farnesio y la nobleza valona, a menudo celosa del poder de los extranjeros en su país. A diferencia de los condes de Mansfeld padre e hijo, cuyo poder iba en aumento, Berlaymont no actuaba movido por ambiciones desmedidas, nunca conspiraría con personajes de la corte española para inducir la caída en desgracia de Farnesio y era respetado y querido por la infantería española. El duque de Parma, desde su campamento cerca de Sluis, envió al marqués del Vasto a cubrir su lugar. En el ínterin, el conde Holac redobló sus ataques sobre Engelen y logró tomar este fuerte y el de Crevecoeur, que en adelante penderían como dos espadas de Damocles sobre Bolduque.

Farnesio, entre tanto, estaba completamente abstraído por el sitio de Sluis. El de Parma veía "colgados de un hilo todos los estados y todo lo dependiente", como escribió a Felipe II en aquel entonces. Si el asedio fracasaba, no sólo la Monarquía Católica no dispondría

del ansiado puerto de gran calado para la irremediable invasión de Inglaterra, sino que los esfuerzos bélicos de un año entero, humanos y materiales, habrían caído en saco roto en un momento en el que las finanzas flamencas no podían permitírselo y las provincias católicas estaban devastadas por la guerra y las malas cosechas. Es por ello que, a lo largo de julio, Farnesio incrementó la presión sobre Sluis y recurrió a ingeniosos procedimientos para someter sus defensas exteriores, como baterías flotantes que le permitían bombardear los bastiones rebeldes desde los canales. El 24 de julio, la práctica totalidad de las islas que circundaban Sluis estaban en poder español y Farnesio pudo comenzar a castigar las murallas de la ciudad como prolegómeno del asalto.



Enrique de Navarra (anónimo, Wellcome Library, Londres).

Si hasta la fecha ingleses y holandeses no habían tratado de socorrer Sluis con una fuerza capaz de obligar a los españoles a levantar el asedio era por sus disensiones internas. Isabel I de Inglaterra parecía inclinarse por buscar una solución negociada al conflicto y mantenía desde hacía más de un año contactos secretos con Farnesio para tal fin. El de Parma esperaba con ello dos cosas: ensanchar la brecha surgida entre ingleses y holandeses y, al menos al principio, aunque luego

mudó de opinión, lograr que Inglaterra retirase su apoyo a la rebelión e incluso que le entregase los puertos que poseía en Holanda y Zelanda, a saber Brielle y Vlissingen. Los temores a un abandono por parte de Inglaterra explican la poca predisposición holandesa a arriesgar una fuerza numerosa en el socorro de Sluis, plaza que tenía para ellos un valor defensivo limitado y que temían que quedase en control inglés.

El peso del socorro quedó finalmente en manos inglesas y zelandesas. El conde de Leicester en persona comandaría el ejército, compuesto íntegramente por tropas inglesas. El indispensable componente naval lo aportarían dos escuadras, una inglesa, a las órdenes del almirante Howard de Effingham, y otra zelandesa, al mando de Justino de Nassau, bastardo de Guillermo de Orange y medio hermano de Mauricio de Nassau. La operación dio comienzo el 29 de julio, cuando la situación dentro de Sluis era ya desesperada. Sólo unas pocas naves quedaron frente al Zwin; el resto de la flota tomó el rumbo de Ostende, donde había una fuerte guarnición inglesa. El 3 de agosto Leicester desembarcó con 25 compañías de infantería y 6 de caballería, unos 4 o 5.000 hombres en total, y marchó por las dunas flamencas hacia Sluis. El principal objetivo del conde era Blankenberge, un pequeño puerto a medio camino entre Ostende y Sluis, protegido por un fuerte guarnecido con 300 soldados valones.

Leicester dispuso un asalto inmediato sobre Blankenberge que fue rechazado con pérdidas. El tiempo jugaba en su contra: necesitaba tomar el fuerte rápidamente; de lo contrario Farnesio podría movilizar su ejército para acudir en auxilio de los valones. Así sucedió finalmente. Tras asegurarse de que el

puente de barcas que bloqueaba el Zwin, las trincheras y los diversos fuertes alrededor de Sluis no quedaban sin guardia, partió al encuentro de los ingleses con 300 infantes valones, el tercio de Bobadilla —llegado al campo sitiador hacía poco—, dos compañías de *reiters* alemanes y su compañía de guardaespaldas. Leicester creyó que todo el ejército español salía a su encuentro desde los cuarteles junto a Sluis, y temiendo quedar atrapado reembarcó sus tropas sin esperar el encuentro. Aquella misma noche tuvo lugar la última tentativa de romper el cerco. La armada de Vlissingen y los sitiados intentaron destruir el puente que bloqueaba el Zwin con barcos en llamas, pero sus planes no dieron resultado y el 6 de agosto la ciudad se rindió al ejército español.

Concluido el asedio de Sluis, Farnesio encomendó a dos coroneles valones, el conde de Aremberg y al marqués de Renty, las tareas de limpiar las riberas alrededor de Sluis y de fortificar la isla de Cadzand contra un ataque zelandés. Luego distribuyó el grueso del ejército alrededor de Amberes y en la campiña brabantina y se retiró a Bruselas, donde lo aguardaba una tarea importante: la preparación del ejército que debía desembarcar en Inglaterra. No sólo era preciso hacer reclutas de tropas en Alemania, Borgoña y las provincias leales, sino también preparar un poderoso tren de artillería con sus municiones, hacer acopio de suministros, armas y municiones para la infantería y la caballería, y lo más importante, aprestar la armada que debía transportar al ejército hasta suelo inglés y que contaría con la flota de Álvaro de Bazán como escolta. Al mismo tiempo, con el permiso de Felipe II, Farnesio hizo un acercamiento diplomático hacia Inglaterra. Sus esfuer-

zos no fueron en balde, pues Isabel I se avino, en septiembre de 1587, a la celebración de una conferencia de paz en Bourbourg a comienzos del año siguiente.

De sus contactos informales y secretos con la Corona inglesa entre 1586 y principios de 1587, Farnesio se había formado la opinión de que era posible alcanzar algún arreglo diplomático con Isabel I. Más adelante, su confianza se fue enfriando, pero insistió en la conveniencia de proseguir las charlas con dos objetivos: acrecentar las disensiones entre ingleses y holandeses y presentar a Felipe II como un monarca menos intransigente de lo que se creía en Europa. "No se puede perder nada, mas ganar para con los vecinos y con los propios vasallos", escribió a su tío. El Rey Prudente, por su parte, lo autorizó a entablar negociaciones formales por razones bastante más prosaicas: distraer a los ingleses de sus verdaderas intenciones, que nunca fueron sino un desembarco en la isla para restaurar el catolicismo en Inglaterra y Escocia, y ganar tiempo para adelantar al máximo los preparativos de la invasión.

La costa flamenca hervía de actividad ya en septiembre de 1587. En las principales ciudades —Dunkerque, Nieuwpoort, Sluis, Brujas, Gante y Dendermonde— se hacía acopio de grandes cantidades de bizcocho, cecina y pescado en salazón. Al mismo tiempo, los astilleros de las poblaciones referidas trabajaban afanosamente en la construcción de las naves que debían transportar el ejército de una orilla a otra del canal de la Mancha. Farnesio trasladó su corte a Brujas para supervisar de cerca los trabajos y ordenó a sus agentes realizar una gran leva de marineros en Dinamarca. Entre tanto, el conde Carlos de Mansfeld, general de la artillería, trasladó cuanta había en la ciudadela

de Gante con sus municiones —suficiente para la empresa según el parecer de Farnesio— y la transportó hasta Brujas. En octubre llegó a los Países Bajos una leva de 6.000 italianos repartidos en 20 compañías de infantería al mando del maestre de campo Cario Spinelli, y poco después llegaron 17 compañías españolas a las órdenes de Antonio de Zúñiga que se repartieron entre los distintos tercios o en guarniciones.

En España, entre tanto, Felipe II recibió a dos personajes que le dieron pareceres diversos sobre la empresa de Inglaterra; el primero, el ingeniero militar Giovanni Battista Platti, confidente de Farnesio, aconsejó al rey avivar la enemistad entre escoceses e ingleses a merced de la reciente ejecución en Londres de la reina María de Escocia, acusada de participar en un complot contra Isabel I, para provocar una guerra entre ambos reinos que forzase a Inglaterra a dividir sus fuerzas. El segundo personaje, el coronel William Stanley, recomendó al rey desembarcar en Irlanda antes que en Inglaterra, fiando el buen resultado de la operación en el apoyo de la población local. Asimismo, Felipe II hubo de oír como Álvaro de Bazán y Farnesio reducían el valor de Sluis y abogaban por la toma de un puerto capaz de albergar a la Gran armada al completo. El italiano se inclinaba por el de Vlissingen y escribió al rey pidiéndole tiempo para tomar la ciudad antes del envío de la flota desde España, a lo que el Rey prudente se negó.

A medida que transcurrían los meses y se acercaba el momento de la invasión, las perspectivas de éxito que Farnesio veía en la empresa fueron reduciéndose considerablemente, bien que no se atrevía a decírselo claramente a su tío. La meteorología del canal le parecía traicionera, y los preparativos de la expedición de-

masiado ruidosos para no llamar la atención. El jesuita Strada conjeturó a posteriori que la proposición que el de Parma hizo de tomar Vlissingen tenía por objetivo verdadero ganar tiempo para persuadir a Felipe II de abandonar los planes de invasión de Inglaterra en pos de centrar el esfuerzo bélico en Flandes: "Esperaba Alejandro, según colijo de sus cartas, que si cogía a Flesinga persuadiría al rey que se valiese, trocando el orden, de la armada para acabar de sujetar lo restante de Flandes".

El duque de Parma, a pesar de sus recelos, cumplió fielmente con las órdenes de Felipe II y formó, antes de los meses de invierno, un ejército de campaña de 32.000 soldados. "De las provincias de España, de tierras del pontífice, del reino de Nápoles, de la Lombardía, de Córcega, de Alemania, de Borgoña, de la mayor parte de Europa marchaban a largas jornadas las milicias a Flandes", escribió Strada. Al mismo tiempo, a pesar del crudo frío, los astilleros flamencos ultimaban los preparativos de la flotilla invasora. Ingleses y holandeses permanecían entonces a la espera; sólo Maarten Schenck aprovechó la concentración de las tropas españolas en el litoral flamenco para dar un golpe de mano. El 20 de diciembre tomó por sorpresa la ciudad de Bonn, una de las principales plazas del Electorado de Colonia. El arzobispo-elector, Ernesto de Baviera, imploró de nuevo auxilio a Farnesio, que se comprometió a enviarle un pequeño ejército para recobrar la ciudad, pero no antes de la primavera.

El invierno de 1588 fue para el duque de Parma uno de los más ajetreados. Amén de supervisar los preparativos de la invasión, hubo de mantener entretenidos a los diplomáticos ingleses desembarcados en Ostende

para buscar un arreglo pacífico al conflicto. Las conversaciones no comenzaron formalmente hasta mayo y no llegaron a ningún resultado concluyente. La delegación inglesa planteó la entrega a España de los puertos de Vlissingen y Brielle, pero a cambio de la libertad de culto de sus habitantes, y rehusó tajantemente discutir asuntos de política interna inglesa. Por órdenes de Felipe II, Farnesio, que se mostraba proclive a un acuerdo de paz, no podía ceder un ápice en sus reivindicaciones religiosas: el catolicismo debía ser restaurando no sólo en Holanda y Zelanda, sino también en Inglaterra. La intransigencia del Austria hizo fracasar las negociaciones y tuvo consecuencias indeseadas: "De esta embajada sacó mucho fruto la reina Isabel, pues los escoceses mudaron de intento y se quietaron pareciéndoles que aunándose estos dos reinos resistirían mejor las fuerzas españolas que divididos", anotó Vázquez.



Mauricio de Nassau con sus tropas en Utrecht en el siglo XVII (Joost Cornelisz Droochsloot).

Mientras ingleses y españoles negociaban, los preparativos de la invasión iban quedando listos: a mediados de marzo Farnesio ya había concentrado en el puerto de Sluis más de 100 naves de guerra. A los marineros contratados en Dinamarca, que llegaron a Dunkerque a bordo de cinco grandes buques, se sumaron otros 200 reclutados en Lübeck y Hamburgo. Por entonces toda Europa estaba ya al corriente de la inminente invasión, con lo que el efecto sorpresa, indispensable para el duque de Parma, se había desvanecido por completo. Sus preocupaciones, por entonces, se centraban en designar a un sustituto competente en el gobierno de los Países Bajos y en disponer el socorro solicitado por el arzobispo-elector de Colonia. En cuanto a lo primero, por razones políticas, se decantó por Pedro Ernesto de Mansfeld, pues consideraba que el partido que el viejo conde y su hijo habían formado era

demasiado influyente en Bruselas y Madrid como para hacerles un desaire. La operación de Bonn la encargó al príncipe de Chimay, gobernador de Artois, y a Francisco Verdugo, que estaba relativamente tranquilo en Frisia.

En julio, informado de la partida de la armada del puerto de Lisboa por el duque de Medina-Sidonia, que había sustituido al recién fallecido Bazán, Farnesio envió al capitán Francesco Morosini en un navío de Dunkerque en busca de la flota española. Morosini dio con la *Grande y Felicísima* a la altura de La Coruña y regresó a Flandes para informar a Farnesio, que a primeros de agosto concentró todo el ejército entre Dunkerque y Nieuwpoort, presto a embarcar la nutrida tropa. El duque de Parma había reunido 26.000 infantes, de los que 4.000 eran españoles, 9.000 alemanes, 8.000 valones, 3.000 italianos, 1.000 borgoñones y otros 1.000 irlandeses y escoceses, además de unos 1.000 soldados de caballería. Por entonces, la Gran armada ya había librado sus primeros combates en el canal de la Mancha contra la flota inglesa, sin resultados concluyentes, y se dirigía hacia la rada de Calais, donde echó el ancla el 7 de agosto resuelto a esperar la pronta llegada de la flotilla flamenca con el ejército de Flandes y el duque de Parma, a los que debía escoltar hasta la boca del Támesis.

Farnesio, informado de los movimientos de la armada por los mensajeros que le enviaba el duque de Medina Sidonia, ordenó el embarque general el 8 de agosto. Según Carlos Coloma, destacado militar y diplomático de los reinados de Felipe III y Felipe IV, entonces un joven de 22 años llegado a Flandes hacía poco, las órdenes se ejecutaron "con harta risa de los soldados,

pues tocó a muchos embarcarse en navios donde no había puesto la mano el calafate ni el maestro de hacha, sin municiones, sin bastimentos y sin velas". No es el único autor que advierte que la flota de Farnesio estaba a medio terminar. "Del Almiranta y Capitana en que se había de embarcar la persona de Alejandro no estaban acabados los alcázares de popa ni dorados los corredores, como se pensaba (que esto hizo a muchos no dar buen sentido al pensamiento de Alejandro)", escribió Alonso Vázquez, que añadía, sin embargo, que "se ha de entender que para hacer un pasaje tan breve de siete leguas no era necesario lo que he escrito para navegar, y en esto me remito a cualquier marinero".

La flotilla de Farnesio finalmente no se hizo a la mar. El príncipe temía exponer sus pequeñas naves chatas a las fuertes corrientes del canal y a los avatares de una batalla para la que no estaban acondicionadas. Así, fue dilatando el embarque hasta que supo que la Gran Armada había sido batida por los ingleses en Gravelinas. La negativa de Farnesio a tratar de socorrer a la *Felicísima* dio pie a toda clase de calumnias contra la figura del gobernador general, difundidas no sólo por sus enemigos políticos, sino también alimentadas por los ingleses. Uno de los rumores, recogido por Carlos Coloma, insinuaba que Farnesio había abandonado la armada a su suerte porque Isabel I le había ofrecido a su hijo y heredero, el príncipe Ranuccio, la mano de Lady Arabella Stuart, entonces una heredera potencial del trono inglés, algo absolutamente disparatado. Pero las calumnias no sólo partían de Londres; también desde Madrid, Bruselas e incluso de París y Venecia se lanzaron dardos envenenados contra Farnesio.

El de Parma, preocupado, se defendió vía correspondencia ante Felipe II y sus consejeros y pidió a sus amigos en Italia que hicieran valer su voz ante los calumniadores. “Los avisos que me vienen de todas partes son tales, y tantas las persecuciones, que parece que me querían echar del mundo, yo bien veo de donde dependen y que en sustancia son cosas forzadas contra toda verdad y razón de personas que odian a S. Md.”, escribió a Juan de Idiáquez, secretario del Consejo de Estado. Finalmente Felipe II se puso de parte de Farnesio y lo exoneró de toda culpa. Sin embargo, las dudas persistieron; no en lo relativo a la lealtad del duque, sino en torno a su papel en el desarrollo de los eventos que rodearon la Gran Armada. Pedro de Zubiaur, marino vasco que había supervisado los preparativos de la flotilla de invasión, escribió un duro memorial al rey en el que denunciaba una corrupción general en la administración militar de Farnesio, cosa que explicaría por qué muchas naves no estaban terminadas. En adelante, las críticas, más o menos atinadas, no harían sino menguar la confianza de la corte en el duque de Parma.

Tras el fracaso de la mal llamada Invencible, Farnesio decidió aprovechar el magnífico ejército que había reunido para iniciar su ansiada ofensiva, tantas veces pospuesta, sobre el corazón de las provincias rebeldes. El holgado número de tropas de que disponía le permitió reforzar el ejército con el que Verdugo y el príncipe de Chimay sitiaban Bonn y formar un cuerpo de 8.000 infantes y 500 caballos que, al mando de Carlos de Mansfeld, envió a sitiar Wachtendonk, la última plaza de consideración que los holandeses conservaban en Güeldres, entre el Mosa y el Rin. Con el grueso

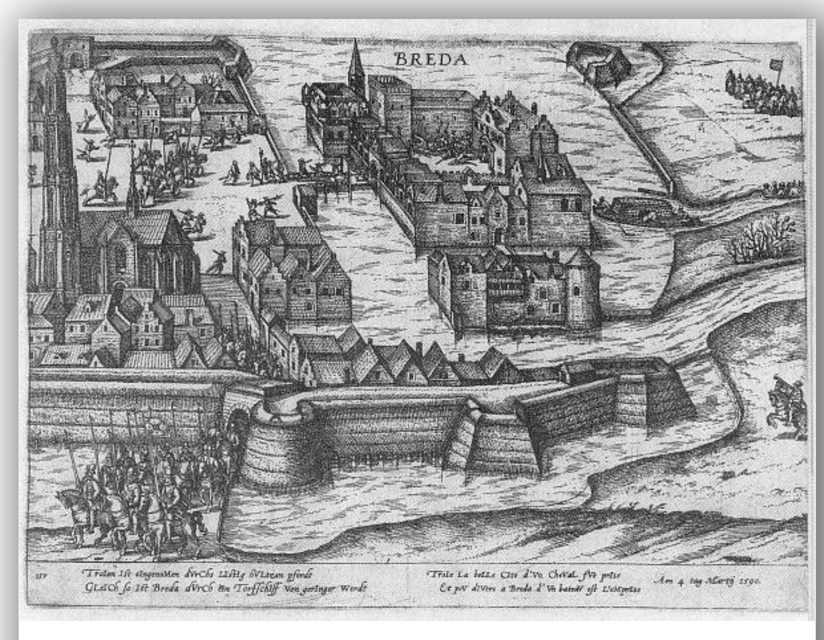
del ejército, Farnesio se encaminó al extremo noroccidental de Brabante. Su plan, sin duda proyectado de antemano, consistía en marchar hasta Steenbergen y desde allí dar el salto a la isla zelandesa de Tholen cruzando el Eendracht, un ramal del Escalda que la separaba de Brabante. Llegado el invierno, la congelación del estuario occidental del Escalda le permitiría dar el salto a Zuid-Beveland y Walcheren, con lo que la práctica totalidad de Zelanda caería en manos españolas.

El marqués de Renty, gobernador de Hainaut y almirante de Flandes, trató de ejecutar el vadeo con el tercio de Bobadilla, pero el Eendracht era demasiado profundo y los holandeses no habían bajado la guardia, de modo que la operación resultó un fracaso que se cobró un centenar de bajas entre muertos y heridos. "Fuera una facción importantísima, pues con menos gasto y no con tan gran armada ni ejércitos como los que se habían juntado para Inglaterra se pudiera señorear della desde las islas", juzgó luego Alonso Vázquez. Farnesio, que aguardaba en Roosendaal con el grueso del ejército, decidió entonces sitiar Bergen op Zoom, importantísima plaza fuerte holandesa situada en Brabante, a orillas del Escalda, en las inmediaciones de Tholen y a unos 32 kilómetros de Amberes. Su conquista no sólo libraría a esta ciudad de una importante molestia, sino que además procuraría al ejército de Flandes una base desde la que dar el salto a Zelanda.

Farnesio llegó a la vista de Bergen op Zoom el 27 de septiembre de 1588, y tras reconocer los alrededores de la ciudad comenzó a disponer el acuartelamiento de sus tropas. Defendía la plaza el veterano coronel galés Thomas Morgan con una guarnición muy numerosa, de hasta 3.000 hombres. En las primeras semanas, en

las que Farnesio se ocupó principalmente del acantonamiento de sus tropas, se produjeron varias escaramuzas. Antes de formalizar el sitio, Parma trató de apoderarse mediante un trato secreto del fuerte que dominaba el canal que unía Bergen op Zoom con el Escalda, llamado por los españoles *Cabeza de Bergas,* cuya posesión era indispensable para evitar la llegada de socorro por mar a la ciudad. Pedro de Luque, agente del duque de Parma, había entrado en Bergen op Zoom para negociar el trato con algunos oficiales extranjeros de la guarnición, pero había sido traicionado y ahorcado.

Los defensores de la plaza fueron lo bastante listos como para continuar las negociaciones falsamente para ganar tiempo mientras Farnesio erigía baterías de artillería en distintos puntos alrededor de Bergen. Finalmente tejieron una trampa para hacer caer en una emboscada a lo más granado del ejército español. Un oficial, el inglés Gravenston, prometió entregar *Cabeza de Bergas* a Farnesio el 20 de octubre. El de Parma envió para allá en la fecha señalada un cuerpo de 2.000 infantes españoles, "los más pláticos y viejos de todo el ejército", en opinión de Alonso Vázquez, a las órdenes del maestre de campo Sancho Martínez de Leiva. La vanguardia de la fuerza llegó al fuerte al amparo de la oscuridad a través de los pantanos del litoral brabantino, y creyendo amigos a los soldados de la guarnición, se introdujo confiadamente en uno de los revellines. Entonces, el rastrillo de la puerta cayó a espaldas de los españoles y se abatió sobre ellos una tormenta de balas. "Los que se hallaron dentro del fuerte vendieron bien sus vidas, y al fin con honrado sino dichoso fin, murieron matando", escribió Carlos Coloma.



Captura de Breda por los holandeses (Frans Hogenberg).

Sin esperanza alguna de tomar el fuerte de *Cabeza de Bergas* y con el invierno cercano, Farnesio tomó la decisión de abandonar el intento de sitiar Bergen op Zoom y se retiró con todo el ejército a los cuarteles de invierno. Carlos Coloma criticó luego la decisión y expuso por qué motivos debería haber emprendido el sitio: “Si el duque tentara aquel sitio a viva fuerza, luego en llegando, tuviera sin duda próspero suceso, porque Bergas fuera de que no es fuerte por arte ni por naturaleza, tiene el terreno maravilloso para abrir trincheras, la comodidad de los bosques vecinos grande para hacer fajinas y tantas villas nuestras alrededor, a 3 y a 4 leguas, como eran Breda, Herantals, Diest, Hoogstraten, Turnhout y otras; todo el país de campiña a las espaldas y Amberes a menos de siete leguas, bastaban para que no se pudiera padecer de vituallas”. Algo seme-

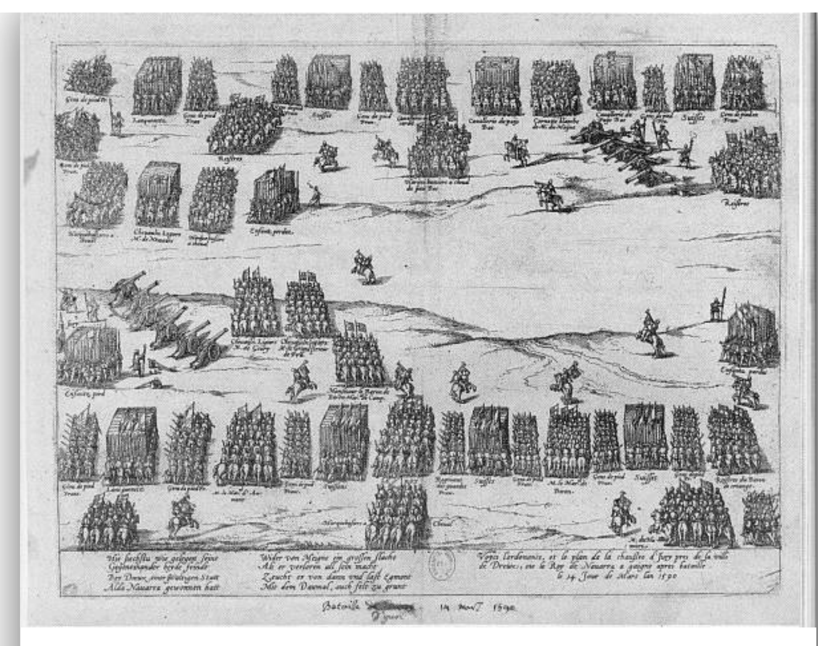
jante debió de pensar Ambrosio Spínola en 1622, cuando trató en vano de tomar la misma ciudad en un sitio que costó 9.000 bajas al ejército español.

El único consuelo de Farnesio al término de aquel año calamitoso fue que las operaciones de sus subordinados al este del Mosa habían sido exitosas: Chimay y Verdugo habían tomado Bonn y estrechado el cerco sobre Rheinberg, mientras que el 20 de diciembre Wachtendonk se rindió a Carlos de Mansfeld. Para entonces la suspensión de las operaciones era absoluta por causa del largo invierno. En Bruselas, no obstante, Farnesio trazaba ya nuevos planes para renovar la ofensiva antes incluso de la primavera, si era posible. Para ello mandó forjar 12.000 pares de crampones, que engarzados al calzado de los soldados les permitirían caminar sobre la superficie helada de los ríos. El duque se decantó, en principio, por recuperar el antiguo plan de Francisco Verdugo de conquistar Arnhem para enlazar el Rin y el Waal, e incluso mantenía contacto con algunos habitantes de Utrecht, ciudad con una población católica muy numerosa. Finalmente, sin embargo, diversos sucesos llevaron a Farnesio a centrar sus esfuerzos en la isla de Bommel, que ya había acariciado en 1585.

El primero y más importante de los hechos que acaecieron aquel invierno fue el asesinato del duque de Guisa, jefe de la Liga Católica francesa. Su muerte no hizo sino agravar la guerra civil que asolaba Francia desde 1587 y fue pagada con el asesinato del rey Enrique III aquel mismo agosto. Felipe II temía que la Liga Católica, en la que fiaba sus intereses en Francia, se hundiese rápidamente. Bajo el liderazgo de Guisa, los católicos habían mantenido hasta entonces a raya a los

protestantes de Enrique de Navarra, pero no estaba nada claro que, privados del sagaz Guisa, sus seguidores fueran a imponerse. A lo largo de todo el año planeó sobre la cabeza de Farnesio la posibilidad de que se le ordenase, desde la corte española, enviar tropas a Francia en auxilio de la Liga. Además, aún quedaba resolver el sitio de Rheinberg, que permanecía más o menos bloqueada desde hacía más de dos años.

Para zanjar la cuestión de Rheinberg, que aseguraría definitivamente una buena cabeza de puente en el Rin, Farnesio decidió a enviar a Francisco Verdugo a tomar el mando del asedio. El coronel, sorprendido, objetó que en Frisia estaba falto de hombres y dinero y que en su larga ausencia durante el sitio de Bonn los magistrados de Groninga habían pagado contribuciones de guerra a los holandeses. "No se debe dar crédito a frisón que no tenga pelos en las palmas de las manos", decía el coronel, recordando un dicho holandés que había oído en su juventud. "No sé si Alejandro fue bien aconsejado en sacar a Francisco Verdugo de su gobierno, pues tanto daño recibieron los católicos y el país", comentó Alonso Vázquez, siempre afecto a Farnesio. El caso es que Verdugo se salió con la suya; pudo regresar a Groninga y Farnesio encomendó la operación de Rheinberg al marqués de Varambon.



Batalla de Ivry (Frans Hogenberg).

La campaña de 1589 empezó muy bien para los españoles que a comienzos de marzo se apoderaron del castillo de Zevenbergen, situado en una islita en la frontera de Holanda con Brabante, cerca de Breda. Más allá de Zevenbergen sólo un brazo de mar, el Hollands Diep, separaba Holanda del ejército español, de manera que Farnesio envió rápidamente el tercio de Sancho Martínez de Leiva al lugar para reforzar a los valones que habían tomado el castillo y comenzó a estudiar si era posible pasar a suelo holandés desde el lugar aquel mismo verano. Poco tiempo después, en abril, se produjo un sonado motín de tropas inglesas en Geertruidenberg, plaza fuerte situada a orillas de los humedales de Biesbosch, que alimentados por varios ríos, desembocaban en el Hollands Diep al este de Zevenbergen. Del mismo modo que esta población, Geertruidenberg se asentaba en la frontera entre Ho-

landa y Brabante, por lo que constituía una plaza de elevado valor estratégico.

Geertruidenberg contaba con una guarnición importante: 1.500 infantes y 300 caballos, ingleses, en su mayoría, y comandados por un oficial inglés, el capitán John Wingfield, cuñado de Peregrine Bertie, barón de Willoughby de Eresby y nuevo comandante de las tropas inglesas en los Países Bajos tras la muerte del conde Leicester, acaecida en septiembre de 1588. Cuando las tropas amotinadas amenazaron a los Estados Generales de las Provincias Unidas con entregar la plaza a Farnesio si no se les pagaban las soldadas atrasadas, Mauricio de Nassau reunió un ejército de 5.000 hombres y 6 cañones y puso la ciudad bajo asedio por tierra mientras una flotilla con base en la cercana Dordrecht la acometía desde el agua. Además de la importancia estratégica de Geertruidenberg, movía a Mauricio un interés personal: las propiedades que poseía en la ciudad rentaban anualmente una suma considerable de dinero.



Carlos de Lorena, duque de Mayenne (Etienne Dumonstier, Castillo de Versalles)

Mauricio inició el asedio en abril, casi al mismo tiempo que el deshielo primaveral propiciaba crecidas importantes en los ríos. Con el terreno parcialmente anegado e informado de la proximidad de Farnesio, que había concertado la entrega de Geertruidenberg por medio de Odoardo Lanzavecchia, gobernador de Breda, Mauricio aban-

donó el asedio a todo correr. Los ingleses entregaron la plaza a Farnesio el 13 de abril a cambio de 150.000 ducados. 400 de ellos, más otros 150 holandeses, se pasaron a las filas españolas; los restantes fueron evacuados a Inglaterra. Aquel mismo día aconteció un incidente en la ciudad que le procuró a Farnesio un poderoso enemigo. El duque de Pastrana, un grande de España desembarcado en Flandes hacía poco para ganarse en la guerra el favor de Felipe II, quiso entrar con un grupo de amigos y criados en Geertruidenberg mientras Farnesio negociaba con los ingleses. Lanzavecchia, que por órdenes del duque de Parma no debía dejar entrar a español o italiano alguno en la plaza, impidió el paso al de Pastrana. Los aceros salieron a relucir y Farnesio hizo arrestar a ambos. Luego obligó a Lanzavecchia a disculparse, pero Pastrana no quedó complacido y en adelante trató de menguar el crédito de Farnesio.

A pesar del incidente con el Grande de España, Farnesio quedó enormemente satisfecho por la toma de Geertruidenberg; tanto que escribió a Felipe II anunciándole que tenía libre el camino para la ofensiva sobre Holanda. Sin embargo, mientras regresaba a Bruselas para preparar la esperada empresa, cayó gravemente enfermo. La actividad prolongada, el estrés y el tiempo pasado en campaña a la intemperie le habían pasado factura. Alejandro no era el mismo que había llegado a Flandes 11 años atrás como un joven vigoroso y esforzado. Aunque conservaba su arrojo, su salud se había resentido con la edad. En la primavera de 1589 padeció un ataque de hidropesía y unas fiebres —y quizás una inflamación del bazo— que lo obligaron a pasar una temporada en el balneario de Spa. Antes, sin

embargo, encomendó una porción del ejército a Carlos de Mansfeld con la misión de tomar Heusden, plaza fuerte situada a orillas del Mosa al noroeste de Bolduque y al este de Geertruidenberg; un primer paso en su ansiada ofensiva.

Mansfeld, complacido por disfrutar nuevamente de un mando en solitario, tomó a su cargo seis regimientos alemanes y valones y de 15 compañías de caballería, y con estas tropas se adueñó de varias posiciones alrededor de Heusden, como Herpt y Hemert, antes de comenzar el asedio a la ciudad. Entre tanto, en palabras de Alonso Vázquez: "Todo el ejército español estaba en este medio en sus alojamientos sin hacer ninguna facción, gozando en ocio del mejor tiempo del verano, cosa bien nueva en Flandes pasarlo sin hacer la guerra". La enfermedad de Farnesio conllevó sin duda un parón en las operaciones que no sólo ralentizó la ofensiva, sino que tuvo el inconveniente adicional de dejar a los soldados desocupados. Para entretenerse, estos celebraron múltiples fiestas y se entregaron al cortejo de las damas flamencas. "Los soldados, como amantes nuevos, siendo mejores para pelear con los enemigos que para enamorados, se dejaron llevar deste sabroso entretenimiento y gastaron cuanto tenían", remató Vázquez. Así, cuando en agosto Mansfeld se desplazó a Spa para pedirle a Farnesio tropas españolas para el sitio de Heusden, la mayoría de los soldados estaban sin un real.

Cuando los tres tercios españoles se congregaron en los alrededores de Bolduque, parece que ya habían llegado a oídos de Mansfeld algunos rumores. "No sé si fue acertado juntarlos todos en un alojamiento, pues ya tenía noticia el Conde las pláticas que habían tenido

para alterarse", escribió Vázquez. Por el momento, el alemán parecía más concentrado, pese a los avisos de los maestres de campo españoles, que algo sospechaban de sus hombres, en el sitio de Heusden. La guarnición holandesa pasaba apuros, y de no ser por los víveres que recibían a bordo de pequeñas embarcaciones desde Gorkum, Carlos Coloma juzgó que hubiera tenido que capitular. Es posible que Mansfeld diera la plaza por tomada tras desbaratar un cuerpo de 400 holandeses salidos el 15 de agosto de Woudrichem —el fuerte Gorcomillo para los españoles— que con sacos de víveres y pólvora a la espalda habían tratado de socorrer la plaza.

Heusden aún se defendía cuando Mansfeld ordenó a los tercios españoles que atravesasen el Mosa al norte de Bolduque para pasar a la isla de Bommel. El general alemán tenía inteligencias con algunos habitantes de Zaltbommel, la plaza fuerte que dominaba la isla, para que le facilitasen la toma de la ciudad mediante un golpe de mano. Antes, sin embargo, Mansfeld hizo que sus tropas asediasen el castillo de Hedel, defendido por 150 holandeses. La posición resistió dos días, pero su guarnición acabó rindiéndose a la desesperada y fue masacrada sin compasión por los soldados españoles y valones. Poco después, Mansfeld supo que la conspiración de Zaltbommel había sido descubierta y los autores ahorcados, de modo que tuvo que alterar sus planes y tentó los dos extremos de la isla para ver si podía asentar una cabeza de puente en el Waal. En el extremo oriental de Bommel tentó el fuerte de Voorn, ubicado en una islita en la confluencia del Mosa con el Waal. Rápidamente, no obstante, se dirigió al extremo occidental y reconoció el tramo del Waal junto al castillo

de Loevenstein, donde tenía a la vista presas tan sabrosas como Gorkum y el Gorcomillo.



Asedio de Lagny por las tropas españolas (Johann Azelt).

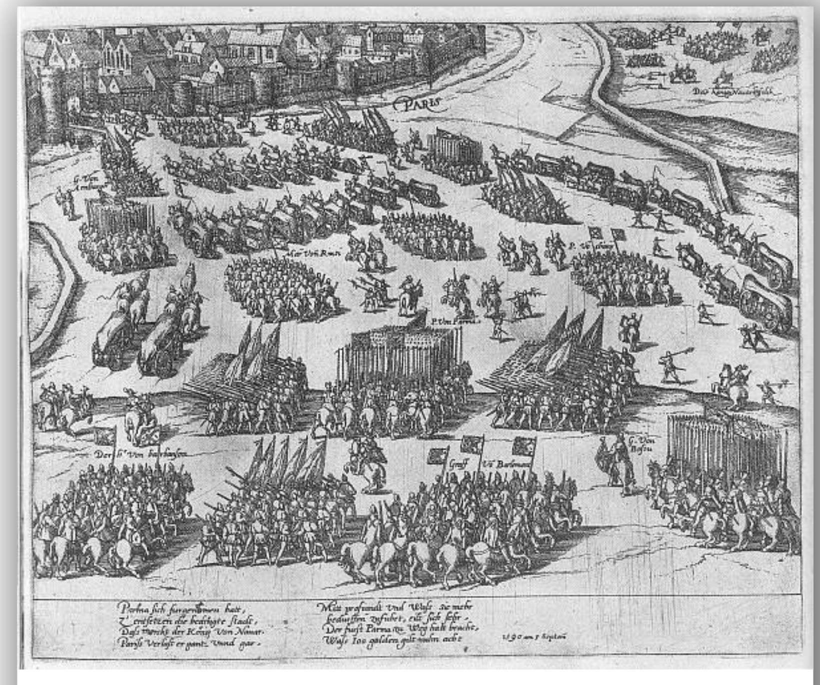
Todos los proyectos del conde se vieron frustrados por el motín que estalló al poco en el Tercio viejo de Lombardía, a las órdenes del maestre de campo Sancho Martínez de Leiva. A las penurias que padecían los soldados españoles por haber dilapidado sus pagas durante el verano vino a sumarse una trifulca entre su maestre de campo y el conde de Mansfeld por la masacre de la guarnición de Hedel. En opinión del conde, los españoles habían sido los causantes, cosa que no agradó a Leiva y que enfureció a los soldados de su tercio contra Mansfeld. La tropa empezó a reunirse en corrillos al margen de los oficiales y a discutir, lo que acrecentó las sospechas de su maestre de campo y de

los capitanes. Las cosas fueron a más cuando Mansfeld les ordenó construir un fuerte para defender la cabeza de puente en la isla. Los soldados se negaron a cumplir la orden y trajeron a colación el peligro que el tercio de Bobadilla había sufrido en Empel, no lejos de donde se encontraban, en 1585.

El motín se produjo el 30 de agosto. Los soldados descontentos, que comprendían 18 de las 23 compañías del tercio, formaron un escuadrón en la plaza de armas del ejército y llamaron a voces y con el son de los tambores a los oficiales. En presencia de Mansfeld, Leiva y Manuel de Vega, sargento mayor del tercio de Bobadilla, clamaron contra el mal gobierno y pidieron al conde que los sacase de Bommel y remediase su carestía con algunas pagas. Leiva trató de aplacar los ánimos, pero los amotinados parecían resueltos a prender a Mansfeld y combatir con las tropas leales, españolas y valonas, que habían acudido a vigilarlos. Sólo la firmeza de los tercios de Bobadilla y de Juan Manrique de Lara evitó que el altercado fuese a más y permitió que Leiva y sus oficiales, con otros de los restantes tercios y los capellanes militares, persuadiesen a los amotinados de deponer su actitud. Ocho de sus cabecillas, con todo, fueron prendidos y ejecutados *in situ* sin demasiados preámbulos.

Las consecuencias del brevísimo motín fueron nefastas: en primer lugar, Mansfeld puso fin a las operaciones en Bommel tras intentar en vano la conquista del fuerte de Voorn, imposible por la presencia del conde de Holac con la armada holandesa, y retiró sus tropas hasta las cercanías de Grave a través del Mosa. El asedio de Heusden, reducido a tales alturas a un bloqueo, fue abandonado, y sólo algunas compañías valo-

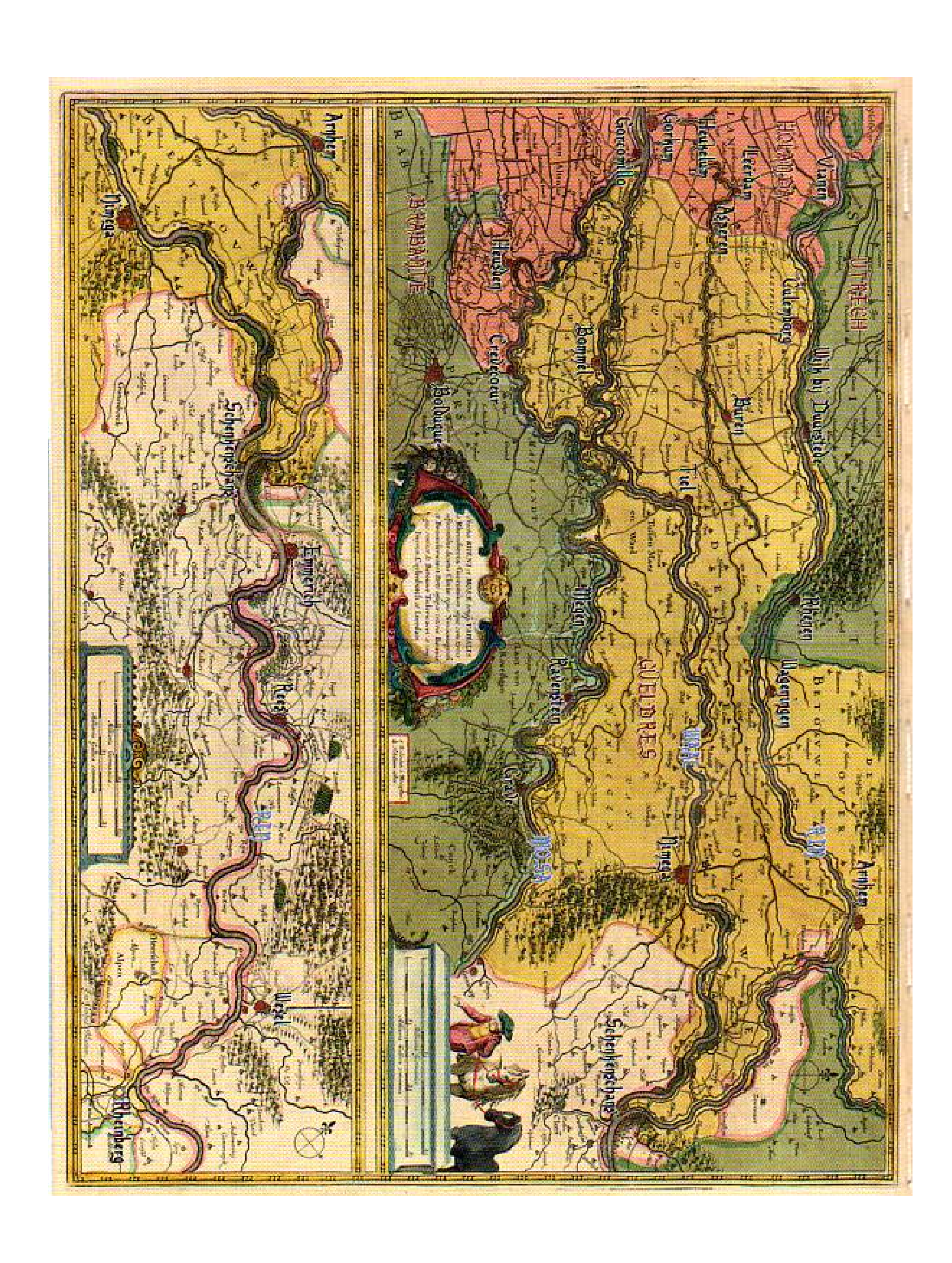
nas quedaron de guarnición en los fuertes y castillos conquistados. Así concluyó la ofensiva que tanto ansiaba Farnesio, no sólo para poner a los holandeses contra las cuerdas, sino también para convencer a Felipe II de que todos los medios debían concentrarse no en la lucha contra Inglaterra, ni en Francia —donde varias ocurrencias le hacían temer que el rey desearía realizar un esfuerzo bélico— sino en el ataque el núcleo duro de la rebelión holandesa.



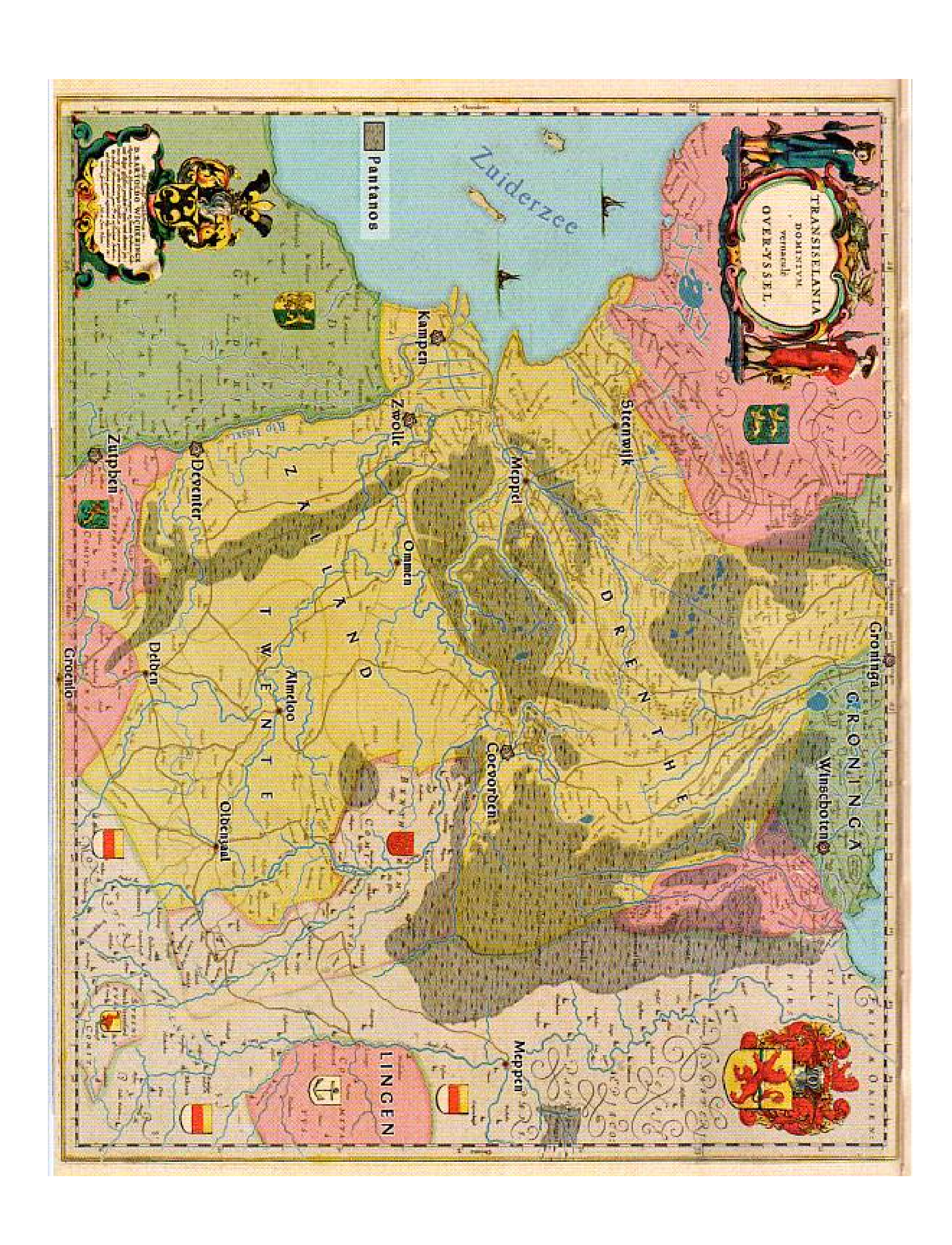
Entrada en París de las tropas españolas al mando de Alejandro Farnesio (Frans Hogenberg).

El duque de Parma seguía sanando en Spa cuando le llegaron las nuevas de los diversos accidentes de la campaña. Además de los informes del motín, recibió una carta de Mansfeld que culpaba a Sancho Martínez de Leiva de las alteraciones y pedía para él un castigo.

Farnesio obró con prudencia; envió a Mansfeld con el grueso del ejército en apoyo de las tropas que al mando del marqués de Varambon sitiaban Rheinberg, y ordenó al Tercio viejo que se encaminase hacia Tielt, en el condado de Flandes. Sólo a Juan Bautista de Tassis, veedor general del ejército, descubrió el de Parma sus intenciones: disolver al tercio y repartir sus efectivos entre las compañías de los demás tercios. En noviembre, cesada ya la lucha con la llegada del frío, Farnesio escribió a Leiva para notificarle su decisión. No hay cronista que no mencione el drama que supuso para los soldados y oficiales del tercio, en especial para éstos, que se vieron humillados y privados de su mando. Farnesio compensó a Leiva con una compañía de caballería armada con lanzas, pero eso no le ahorró la vergüenza.


Arnhem
Nimega
Schenckenschans
Emmerich
Rees
Wesel
Rhinberg
RIN
Viane
Gorcum
Leerdam
Asperen
Culenborg
UTRECH
Wijk bij Duerstede
Rhenen
Wageningen
Buren
Tiel
Bommel
Heusden
Crevecoeur
Bolduque
Megen
Ravenstein
Grave
MOSA
WAL
GUELDRES
BRABANTIE


HOLANDA
ZELANDA
BRABANTE
FLANDES
Gravenzande
Delft
Gouda
Oudewater
Ijsselstein
Vianen
Roterdam
Schoonhoven
Brielle
Vlaardingen
Schiedam
Geervliet
Dordrecht
Gorcum
Zaltbommel
Strijen
Brouwershaven
Heusden
Geertruidenberg
Zevenbergen
Zierikzee
Steenbergen
Breda
Erkinge
Veere
Tholen
Armuye
Goes
Middelburg
Romerswael
Bergen op Zoom
Flesinga
Hoogstraten
Oostburg
Biervliet
Aardenburg
Maldegem
Hulst
Axel
Amberes
Miliaria Zelandica communia


TRANSISELANIA
DOMINIVM
vernacule
OVER-YSSEL
Zuiderzee
Pantanos
Kampen
Zwolle
Deventer
Zutphen
Steenwijk
Meppel
Ommen
Z A L L A N D
T W E N T E
D R E N T H E
Almeloo
Delden
Groenlo
Oldenzaal
Coevorden
Groninga
Winschoten
G R O N I N G A
Meppen
LINGEN



Alejandro Farnesio, retrato de Otto van Veen.

Las jornadas de Francia y el avance rebelde

A finales de 1589 Alejandro Farnesio se había recuperado de los dolores que en la primavera lo habían forzado a dejar el mando del ejército para retirarse al balneario de Spa. Durante el otoño y el invierno, el duque desplegó toda su habilidad diplomática para hacer valer su opinión sobre el curso de la guerra en la corte de Felipe II. Farnesio estaba convencido de que pronto recibiría instrucciones del Consejo de Guerra para intervenir directamente en la guerra civil que azotaba Francia desde hacía dos años. Por entonces, cediendo a las presiones de la corte, ya había enviado en auxilio de la Liga Católica francesa a 1.300 soldados de caballería al mando del conde de Egmont —hijo del célebre noble ajusticiado por el duque de Alba en 1567— amén de una remesa de 400.000 ducados. Recientes sucesos, sin embargo, hacían temer a Farnesio que su presencia en el reino vecino pronto sería requerida.

Enrique III de Francia, el último monarca Valois, había muerto a manos de un fanático católico en agosto de 1589. Su heredero era Enrique III de Navarra, llamado el Bearnés, un protestante. La Liga Católica, que aunaba a los nobles más beligerantes en materia religiosa y a las ciudades de claro predominio católico, no estaba dispuesta a consentirlo y proponía entregar la corona al cardenal Carlos de Borbón. Ambos candidatos, que pertenecían a la casa de Borbón-Vendôme, descendían de Luis IX de Francia. Enrique de Navarra era más cercano al Valois, si bien para los católicos su

fe calvinista lo excluía de la línea sucesoria. Felipe II, que había temido siempre las intromisiones francesas en la revuelta holandesa y fomentaba desde hacía años la Liga Católica como instrumento para defender sus intereses en el reino vecino, veía con creciente preocupación cómo el camino del Bearnés hacia el trono se allanaba considerablemente tras los asesinatos del duque de Guisa y Enrique III.

Farnesio no deseaba supeditar la guerra ofensiva contra las Provincias Unidas a un previsible auxilio a los católicos franceses, pues sabía que, al igual que la detención ocasionada por la Jornada de Inglaterra, repercutiría desfavorablemente en la guerra contra los holandeses. Por eso a finales de 1589 se dirigió por carta a Felipe II exponiéndole la situación estratégica en los Países Bajos, que juzgaba como muy favorable a sus intereses. En palabras de Famiano Strada, el duque pretendía hacer notar al entorno del monarca que "ya el Mosa, cuan grande era, corría por su príncipe; que el Rin, o era de los amigos, o se había quitado a los enemigos; que el mar se había abierto recibiendo en los puertos de la provincia de Flandes las navegaciones; que cuanto se alarga Flandes desde el cabo de la provincia de Flandes contra el mar de Inglaterra hasta los últimos pueblos de la Frisia lo corrían seguramente las armas reales. Que solos los zelandeses y holandeses [...] sustentaban la guerra con indómita pertinacia".

Farnesio creía que sus últimas conquistas le permitirían atacar directamente las dos provincias donde la revuelta contra el Rey Católico hundía sus raíces. El puerto de Sluis podía, a su entender, convertirse en una base naval capaz de poner fin al apogeo comercial de Vlissingen, al tiempo que desde Geertruidenberg

podía hacer lo mismo con Dordrecht, lo que mermaría seriamente la riqueza de las provincias rebeldes. También lo movía al optimismo la pésima relación entre ingleses y holandeses, exacerbada por la traición de la guarnición de Geertruidenberg. Las tropas isleñas habían quedado reducidas a un puñado de auxiliares sin autoridad. Además, aquel último año los rebeldes habían sufrido la pérdida de dos de sus mejores líderes militares: Maarten Schenck había muerto ahogado en agosto durante un ataque por sorpresa a Nimega; su cuerpo había sido descuartizado y su cabeza expuesta en una pica. En octubre, Adolf van Nieuwenaar, que defendía la frontera del Ijssel, había muerto en una explosión accidental en Arnhem.

En realidad, el panorama que afrontaba Farnesio era menos halagüeño de lo que aparentaba ante Felipe II y sus consejeros. Según el magistrado valón Renon de France, las provincias católicas estaban sumidas en el caos: los bandidos y los desertores campaban libremente por los pueblos y los caminos, muchas iglesias habían quedado abandonadas "y morían los campesinos como bestias", sin bautizar. Asimismo, los oficiales de justicia eran incapaces de imponer la ley porque los *frabutes* (véase más arriba) gozaban de la protección de algunos oficiales del ejército. Las palabras de Renon de France ponen de manifiesto la corrupción y la falta de disciplina que se habían adueñado del ejército español en los últimos tiempos. "La guerra, en fin, se trataba como bandidaje, sin honor, orden, disciplina, gobierno, ni observación de las leyes militares, según el arbitrio soldadesco, con poco o ningún castigo", deploró el magistrado.

Los desórdenes no le eran ajenos a Farnesio, ni mucho menos. Consciente de que tantos años de guerra habían malacostumbrado a los soldados a vivir a costa de la población civil y sus prácticas abusivas persistían en las provincias leales, había hecho redactar unas ordenanzas militares publicadas en 1587. Su alcance, sin embargo, fue muy limitado. En febrero de 1590, cuando creía zanjado el problema de disciplina entre las tropas españolas con la disolución del tercio viejo de Lombardía, el tercio de Juan Manrique de Lara se amotinó en Courtrai y Menin. Según Alonso Vázquez, el de Parma se mostró tan contrariado como arrepentido por haber deshecho el tercio viejo, e incluso presentó sus disculpas al maestre de campo Sancho Martínez de Leiva. El duque de Pastrana, trocado en enemigo de Farnesio por la trifulca con Odoardo Lanzavecchia en Geertruidenberg, quiso persuadir a Leiva de que fuese a Madrid y atacase a Farnesio delante del rey. El maestre de campo, no obstante, se negó.

En otoño de 1589 Farnesio había enviado a España a Jean Grusset de Richardot, uno de sus hombres de confianza, con un doble cometido: acallar las voces críticas con su figura y convencer a Felipe II de su posición, en especial en lo tocante a los asuntos de Francia. El duque se guardaba un as en la manga: una propuesta de paz para los rebeldes que contemplaba la aceptación del culto calvinista en privado en algunas ciudades de Holanda y Zelanda a cambio de que las provincias insurrectas se sometiesen a la autoridad real y la práctica pública del catolicismo fuese restablecida. A decir del célebre hispanista Geoffrey Parker, la proposición era razonable; el rey, sin embargo, no quiso oír hablar de concesiones a los herejes. “No ha de

haber quiebra ni mudanza ni concederles por concierto ninguna libertad de conciencia ni *religión frid* ni otra cosa semejante", respondió a su sobrino, que también sacó en claro que debería acrecentar su asistencia a la Liga Católica francesa.

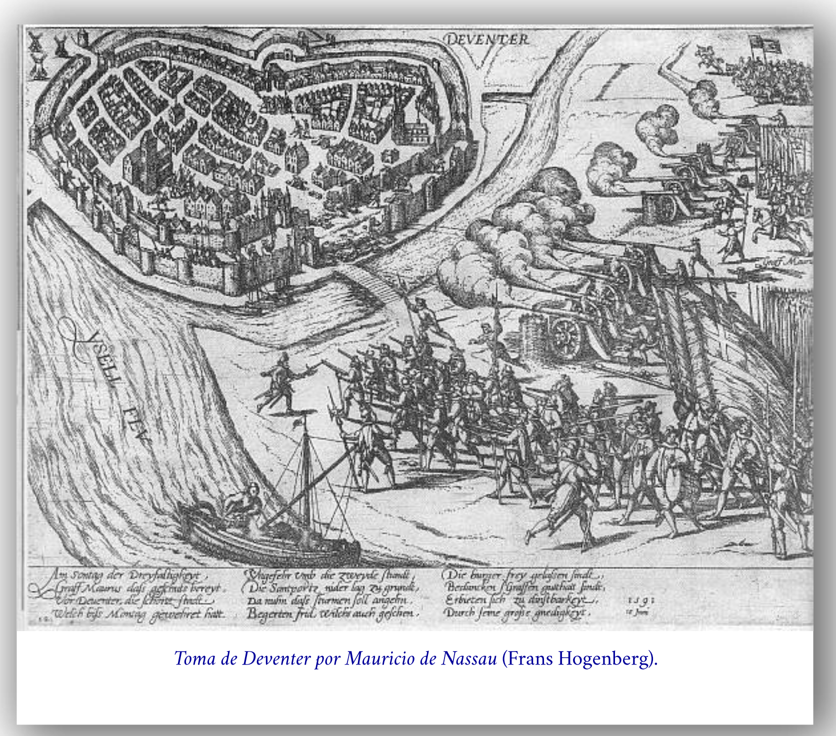
En los primeros meses de 1590 aparecieron nuevos síntomas, amén del motín del tercio de Juan Manrique de Lara, que evidenciaron la decadencia moral del ejército español. El primero fue la poco lucida pérdida de Breda el 26 de febrero. Un pequeño grupo de soldados holandeses se introdujo en la ciudad oculto en una barca cargada de turba y esperó a la caída de la noche para tomar por sorpresa a la guarnición y abrir las puertas a una fuerza comandada por Mauricio de Nassau y el conde de Holac. Que unos pocos holandeses e ingleses mantuvieran a raya a una guarnición de 500 soldados italianos enfureció a Farnesio, que mandó iniciar un proceso militar contra los oficiales responsables. Dos capitanes y un teniente fueron decapitados de resultas del juicio, mientras que otros oficiales, entre ellos uno tan importante como el marqués de Ventimiglia, sólo se libraron al poner tierra de por medio.



Toma de Zutphen por Mauricio de Nassau (Frans Hogenberg).

El proceso por la pérdida de Breda reveló la escasa disciplina que imperaba en algunas guarniciones y, peor aún, la corrupción galopante de la administración militar farnesiana. Cuando el duque hizo averiguar la cifra de efectivos de la guarnición de la ciudad, halló que la cantidad real era muy inferior a la que las muestras arrojaban. Los comisarios de muestras del ejército, apellidados Carranza y Quevedo, huyeron de Flandes antes que sus arrestos se hicieran efectivos, pero el caso no pasó desapercibido, pues venía a sumarse a una larga lista de irregularidades que diversos personajes ya habían denunciado ante Felipe II. Al respecto del caso, el capitán Vázquez hace una valiosa observación: “Apuntaré el desorden tan grande que los oficiales de la pluma hacían en Flandes en las muestras que tomaban —escribe—; para aprovecharse (como dicen cuando roban), concertándose con algunos capitanes de las naciones ponían en las listas más número de gente que

el que tenían las compañías, causa que Alejandro con este engaño entendía que ponía en las guarniciones más número de gente del que parecía". El propósito del fraude no era otro que cobrar de la hacienda real más dinero del que correspondía para pagar las soldadas; dinero que los oficiales corruptos se repartían entre sí.



Toma de Deventer por Mauricio de Nassau (Frans Hogenberg).

Por otra parte, el acontecimiento decisivo que precipitó la intervención del ejército español en Francia fue la batalla de Ivry. Librada el 14 de marzo de 1590, se saldó con la completa derrota del ejército de la Liga Católica a manos de las fuerzas de Enrique de Navarra. Tras el choque, los realistas franceses se apoderaron de todas las plazas fuertes en el curso del Sena a excepción de Ruán, en Normandía, y aislaron París apoderándose de Vemon, Meaux, Melun, Provins, Corbeil, Lagny y Poissy. Informado Felipe II por su embajador

en París, Bernardino de Mendoza, y su enlace con la Liga Católica, el aragonés Juan Moreo, de padre francés, reunió de urgencia al Consejo de Estado para tomar una resolución. El veredicto fue claro: Farnesio debía entrar en Francia y evitar la caída de París en manos del Bearnés.

La empresa que se le presentaba al duque de Parma no era sencilla. No sólo su salud se había resentido definitivamente y su ejército estaba alterado, sino que el calibre de la operación era tal que lo obligaba a dejar las defensas de las provincias leales bajo mínimos. Con todo, aún hubieron de pasar unos meses para que Farnesio hiciera los preparativos necesarios y formase el ejército de campaña. En el ínterin significó nuevamente ante Felipe II su parecer desfavorable a la intervención en Francia y logró que el tercio de Manrique de Lara abandonase su motín repartiendo las pagas que se adeudaba a la tropa. También tuvo ocasión de conocer en persona a Carlos de Lorena, duque de Mayenne y jefe de la Liga Católica tras el asesinato del duque de Guisa, su hermano. Tanto Farnesio como Felipe II consideraban al individuo demasiado ambicioso a la par que de carácter difícil y no especialmente brillante, de ahí que el de Parma y el francés no hicieran buenas migas.

En tanto su ejército se preparaba, Farnesio prestó al duque de Mayenne el tercio español de Antonio de Zúñiga y el italiano de Camilo Capizucchi para que, con las fuerzas que le habían quedado tras la batalla de Ivry, tratase de abrir una vía de socorro hacia París o al menos allanar el camino para el grueso del ejército español en su posterior entrada en Francia. Poco después se les agregó un nuevo tercio formado con varias com-

pañías del tercio viejo de Lombardía y tropas de distintas guarniciones cuyo mando Farnesio concedió a Alonso de Idiáquez, hijo del secretario de Felipe II. Al mando de estas tropas veteranas, que admiraron a los franceses hasta el punto de recibir de ellos el apodo de *monsieurs,* Mayenne, que comandaba aún 8.000 infantes franceses y 2.000 alemanes, además de 2.500 soldados de caballería, despejó el camino de Farnesio hasta Meaux, a orillas del Marne. El 8 de agosto el duque de Parma partió al fin de Bruselas para tomar el mando del ejército, que ascendía a 14.000 infantes y 2.500 soldados de caballería. Lo secundaba como maestre de campo general Valentín de Pardieu, señor de La Motte. El conde Carlos de Mansfeld, general de la artillería, ambicionaba el oficio de La Motte, y descontento con Farnesio por no habérselo concedido, se negó a tomar el mando de la artillería y decidió quedarse en Bruselas para medrar a merced de su padre, a quien Farnesio había dejado como gobernador interino. El viejo Mansfeld tampoco quedó muy satisfecho del de Parma, ya que éste le dejó poderes limitados. Para entonces la posición de Farnesio era lo bastante frágil como para que ambos Mansfeld se quejaran de su proceder con más viveza que nunca ante Felipe II y sus consejeros.

El ejército español llegó a Meaux el 22 de agosto. Farnesio fue informado allí de que el agente de Felipe II en Francia, Juan Moreo, había muerto repentinamente unos días antes. Entre todos los personajes que atacaron a Farnesio, aquel fue probablemente el que contribuyó más a menguar la confianza del rey en su sobrino. Henri Forneron, historiador francés decimonónico, dejó una opinión muy negativa de Moreo: "Falso y envidioso, sobresalía en sonsacar confidencias,

corromper los corazones y sorprender las intenciones", escribió en su historia de Felipe II. Tampoco en su tiempo fue muy querido; Carlos Coloma lo describió como "excesivo gastador de la hacienda del Rey y atrevidísimo comprador de voluntades". Llegado a Flandes años atrás, había criticado la actitud de Farnesio desde el principio, a menudo sin fundamento. Por ejemplo, había denunciado ante el rey la presunta negativa de Farnesio de apoyar a la Liga Católica con infantería antes de la batalla de Ivry, cuando en realidad el duque había ofrecido 6.000 infantes valones a la Liga, que habían sido rechazados, según Alonso Vázquez, por miedo a que se apoderasen permanentemente de alguna fortaleza.

Las maquinaciones de Moreo llegaron a oídos de Farnesio gracias a quien menos cabía imaginar: Enrique de Navarra, que le hizo llegar ciertas cartas comprometedoras del agente que había interceptado. De ahí que las malas lenguas murmurasen que la súbita muerte de Moreo se debió a un envenenamiento orquestado por el duque de Parma. Sin embargo, el jesuita Guglielmo Dondi, que continuó la labor de Famiano Strada como cronista de Farnesio, escribió que el duque recibió las cartas de Moreo dos meses después de su muerte, lo que refutaría a su juicio las habladurías. Sea como fuere, nadie lamentó el fallecimiento de aquel oscuro intrigante y las operaciones siguieron adelante. Tras rezar en la catedral de Meaux, Farnesio decidió con el duque de Mayenne y los demás oficiales de su ejército y el de la Liga atacar la ciudad de Lagny, situada en el curso del Mame entre Meaux y París, para abrir una ruta de suministros en dirección a la capital de Francia.

Enrique de Navarra recibió con estupor los avisos de la llegada de Farnesio. En palabras de Carlos Coloma, el Bearnés no creía posible que el general más famoso de Europa se atraviese a abandonar los Países Bajos “dejándolos casi desiertos y sin defensa”. Ante su aparición a poca distancia de París y con un ejército que, agregados los efectivos de la Liga Católica, lo superaba en número, el hugonote no tuvo más remedio que abandonar el asedio de París. Otro comandante hubiese marchado en dirección opuesta a la de Farnesio para aumentar sus fuerzas con nuevas tropas; el Bearnés, sin embargo, avanzó hacia Lagny con la idea de presentar batalla a Farnesio. Entendía que con sus tropas dispersas alrededor de París en un frente amplio no podría impedir que los españoles y la Liga socorriesen la ciudad, pero que si concentraba todas sus tropas para una batalla campal podía conseguir un segundo Ivry.



Sitio de Ruán por Enrique de Navarra (Frans Hogenberg)

De entre todos los generales a los que se enfrentó Alejandro Farnesio, Enrique de Navarra fue sin duda el más hábil, quizás por sus evidentes parecidos.

Alejandro tenía 45 años; Enrique 37; ambos habían seguido la carrera de las armas desde jóvenes. Robert Watson, historiador escocés del siglo XVIII y uno de los primeros académicos en estudiar críticamente el reinado de Felipe II, hizo una buena comparación entre ambos: “Poseían por igual el talento de conciliar el afecto de sus tropas, sin ningún tipo de relajación de la disciplina o disminución de la autoridad. Eran iguales también en valor personal, en el discernimiento rápido y en la fertilidad del genio. Pero el rey era más rápido en sus decisiones; el duque más prudente y circunspecto. Este último, siempre frío, y dueño de sí mismo, no transgredió en ninguna ocasión los límites de la pru-

dencia más estricta; pero el primero fue a menudo traicionado por su impetuosidad natural y su ardor".

El ejército de Enrique de Navarra sumaba 18.000 infantes —no sólo franceses, sino también suizos, alemanes, ingleses y holandeses— y 5.000 soldados de caballería. La reina de Inglaterra, relegadas sus tropas al papel de auxiliares en los Países Bajos y cuya armada había sufrido un revés muy costoso el año anterior en Portugal, había decidido asumir un papel secundario en la guerra contra España, pero no dejaba de apoyar con tropas y caudales a sus enemigos. De ahí la presencia de un contingente inglés en suelo galo, que al año siguiente —1591— aumentaría sus fuerzas hasta los 7.000 hombres, a los que cabía sumar otros 7.000 que Inglaterra mantenía en las Provincias Unidas. La caballería del Bearnés era excelente —no en vano, Francia tenía una fama bien ganada de poseer la mejor caballería pesada de Europa— y su infantería estaba fogueada en la batalla. "De tan floridos ejércitos guiados por los más diestros y experimentados capitanes de Europa se esperaba generalmente un famoso encuentro", escribió Carlos Coloma.

A la hora de la verdad, la famosa batalla no se produjo. Farnesio no pensaba arriesgar el ejército de Flandes en un choque incierto que, en caso de derrota, no sólo favorecería a Enrique de Navarra, sino también, muy especialmente, a los rebeldes holandeses y a Inglaterra. Algunos nobles destacados de la Liga Católica lo intimaron a la lucha, y el mismo Bearnés le envió emisarios repetidas veces desafiándolo a la batalla. Sin embargo, Farnesio no cedió e hizo atrincherar el ejército español alrededor de Lagny. Allí, junto a la ciudad, los zapadores construyeron un enorme campa-

mento fortificado capaz de alojar al ejército católico al completo. El ejército Real francés permaneció ocho días en orden de batalla frente a las trincheras españolas, sin osar acometerlas. Expirado este tiempo, Enrique, consciente de que sólo tenía víveres para 15 días, hubo de retirarse a sus cuarteles en Chelles, hacia el oeste, más cerca de París. A la sazón, Farnesio se apoderó de Lagny el 5 de septiembre tomándola por asalto.

En un acto final de desesperación, Enrique de Navarra trató de tomar París por sorpresa, pero aún acercándose hasta las murallas al amparo de la noche, sus tropas fueron descubiertas y no le quedó más remedio que abandonar la empresa. A tales alturas su ejército empezaba a desintegrarse. Francia carecía de un ejército moderno equiparable al de Flandes, de modo que gran parte de sus efectivos, a excepción de los mercenarios extranjeros, eran tropas feudales armadas y pagadas por la nobleza. Previendo deserciones en breve, el Bearnés acantonó en guarniciones las tropas de sus vasallos y con sus propios soldados y 4.000 mercenarios suizos se acuarteló en Saint Denis y Sanlis. El duque de Parma y el de Mayenne, entre tanto, limpiaron el Marne de las guarniciones realistas que habían quedado y abrieron el camino hasta París. El 30 de septiembre, precedidos por un convoy de suministros que alivió el hambre de la población, ambos generales entraron en la capital de Francia.

Farnesio no se entretuvo demasiado en París. Creía haber cumplido con creces sus órdenes y pensaba ya en regresar a Flandes con la mayor parte de su ejército. El duque de Mayenne y los demás cabezas de la Liga Católica, no obstante, hicieron todo lo posible por re-

tenerlo. A la postre, convinieron que era preciso asegurar el abastecimiento de la ciudad con la toma de alguna plaza en el curso del Sena. La principal, al sur de París, era Melun. Sin embargo, la juzgaron demasiado fuerte y optaron por Corbeil (actual Corbeil-Essonnes). El asedio duró un mes, pues Corbeil estaba bien fortificada y mejor defendida. En el ínterin, la "gastronomía" francesa pasó factura a los regimientos alemanes. Según Alonso Vázquez, que participó en la campaña como alférez en el tercio de Antonio de Zúñiga, los soldados alemanes "como usados al beber, cogían las uvas de las viñas que había en los contornos de Corbeil, que eran muchas, y exprimían en los morriones, y bebiendo el mosto y con los muchos caracoles que comían crudos y algunas veces mal asados, enfermaban y morían muchos".

Fue la infantería española la que llevó el peso del asedio de Corbeil, que culminó con la toma por asalto de la plaza y su saqueo a principios de noviembre. El momento de regresar a los Países Bajos había llegado. Antes, sin embargo, se detuvo varios días en París para conferenciar con el duque de Mayenne y los nobles de la Liga Católica. Uno de los asuntos que estaban sobre la mesa era qué figura debía ostentar la corona de Francia. El cardenal Carlos de Borbón, al que los liguistas habían propuesto tras la muerte de Enrique III, había fallecido, a su vez, en mayo de aquel año. Todo parecía indicar que la infanta Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II e Isabel de Valois, hermana de Enrique III, sería designada heredera por los Estados Generales de París. Las charlas, con todo, se aplazaron por intereses personales de las distintas facciones del bando católico, y Farnesio no demoró su partida. En París dejó

3.000 de sus hombres: regimiento alemán del conde Collalto, el tercio napolitano y algunas compañías valonas y españolas.


El conde Pedro Ernesto de Mansfeld. Retrato de Antonis de de Alessandro de Limonti

El regreso del ejército español a los Países Bajos no fue sencillo; no sólo por la estación, sino porque Enrique de Navarra reunió 3.000 caballos corazas en San Quintín para hostigar a las tropas españolas y sorprender a pequeños destacamentos aislados. Farnesio, precavido como de costumbre, se esforzó en que sus oficiales impusiesen una férrea disciplina y no permitiesen que la tropa, escasa de víveres, se desbandase por los pueblos y los caminos en busca de algo con lo que sustentarse, lo que equivalía a caer en una emboscada francesa. El 26 de noviembre, cuando el ejército español cruzaba el río Aisne cerca de Pont-Arcy, se produjo el ma-

yor choque campal de la campaña. Apenas la retaguardia —formada por el tercio de Zúñiga y dos regimientos valones— hubo vadeado el río, 12 tropas de caballería pesada francesa lo atravesaron y acometieron a los españoles. Éstos formaron un escuadrón y se defendieron con picas y mosquetes hasta que el duque de Parma y el de Mayenne acudieron en su ayuda con la caballería de Flandes y la liguista. Los hombres del Bearnés se retiraron, pero no pudieron impedir que los españoles destruyesen las tropas de *enfans perdus* —dragones— que habían dejado en custodia del vado. Pasados dos días, el ejército español entraba en los Países Bajos.



Cruce del Sena por Alejandro Farnesio en Caudebec (Frans Hogenberg).

Farnesio entró en Bruselas el 4 de diciembre con la salud menoscabada por la dureza de la marcha inver-

nal, pero contento por el buen resultado de su campaña francesa. En la capital de los Países Bajos, sin embargo, no le aguardaban buenas noticias. El coronel Francisco Verdugo, gobernador de Frisia, estaba en la ciudad desde hacía varios días, dando cuenta a Mansfeld de la situación de sus tropas en Frisia, Overijssel y demás provincias del noreste. El tercio de Manuel de Vega, antes de Bobadilla, al que Farnesio había enviado al país de Groninga para mantenerlo lejos de las demás tropas españolas y evitar una repetición del motín de Bommel, había causado tales alteraciones que Mansfeld había cedido a las presiones de oficiales y tropa y lo había acantonado de nuevo en Brabante. La tropa, falta de dinero, había considerado desarmar la compañía de caballería de Verdugo para quitarle los caballos y volver con ellos a Brabante. Peor aún, dos familiares del sargento mayor Cristóbal Lechuga trataron de matar al maestre de campo dinamitando su alojamiento. Como guinda del pastel, a su llegada a Brabante, los soldados del tercio se amotinaron en Diest y exigieron el cobro de sus sueldos.

Verdugo repitió a Farnesio lo que ya había dicho a Mansfeld: que sus tropas eran insuficientes, que estaban mal pagadas, que algunos magistrados y habitantes de Groninga se inclinaban hacia el bando rebelde y que era imprescindible reforzar las guarniciones de Zutphen y Deventer, pues ambas ciudades poseían un gran valor estratégico para la guerra ofensiva contra las Provincias Unidas. Verdugo estaba convencido de que Mauricio de Nassau se disponía a atacar ambas plazas; así le dijo a Farnesio. Éste le prometió tropas y caudales, pero a la hora de la verdad Verdugo hubo de regresar a Groninga con las manos vacías y desespera-

do, como dejó constancia en sus escritos: "Volvió a mandarme que me partiese a la hora para mi gobierno, porque tenía el mismo aviso que yo le había dado. Y así, por obedecer y no pender tiempo en réplicas, me partí habiendo protestado de que mi venida sin dineros ni gente haría más daño que provecho, habiéndose confiado la soldadesca y pueblo de que yo no volvería sin lo necesario para la defensa del país y sustento de la gente. Al fin me vine casi desesperado, sólo con mis criados y alguna poca escolta que tomé en Güeldres".

Múltiples dolores de cabeza abordaron a Farnesio el invierno de 1591, no sólo las súplicas de Verdugo. El conde de Mansfeld y su hijo habían aprovechado su ausencia para criticarlo duramente ante Felipe II y sus consejeros, ataques a los que pronto se sumaron los del duque de Mayenne, con quien no tenía buena relación por sus pareceres opuestos sobre la guerra. El 20 de enero, para colmo, llegó a Bruselas un enviado del Consejo de Guerra, Diego de Ibarra, con una doble misión: ejercer de embajador y ministro de Felipe II en Francia y ocuparse de poner orden en las finanzas de Farnesio, donde la corrupción, evidenciada en 1588 por Pedro de Zubiaur, era general. Por si no fuera poco, durante el invierno, tropas realistas francesas recuperaron Corbeil con una facilidad pasmosa, y movido por los emisarios del duque de Mayenne, Felipe II ordenó a Farnesio que se preparase para una nueva entrada en Francia en primavera.

Ante una nueva campaña en suelo francés y la necesidad de atender, en la medida de lo posible, los avisos de Francisco Verdugo, Farnesio reunió a Diego de Ibarra, a Juan Bautista de Tassis, veedor del ejército, a Jean Richardot, entonces presidente del Consejo Privado de

Bruselas, y a su secretario personal, Cosme Massi, con el propósito de calcular cuánto costaría pagar los sueldos de la tropa y hacer los reclutamientos necesarias para cubrir las bajas de la campaña. El resultado fue de 300.000 escudos, una cifra difícilmente asumible. Transcurridos unos meses y mediante un fuerte endeudamiento, lograron reunir 200.000 escudos para el ejército español y 100.000 para la Liga Católica. Enrique de Navarra, mientras, engrosaba su ejército rápidamente: 3.000 ingleses despachados por la Reina Virgen estaban ya prestos a embarcar; en Alemania, el conde palatino de Simmern reclutaba mercenarios para enviárselos. Pero lo que más lo ayudaba eran las disputas internas de la Liga y la limitada habilidad del duque de Mayenne. En abril, con sólo 3.000 infantes y 2.000 soldados de caballería, tomó Chartres, al suroeste de París.

En Flandes la campaña no pudo comenzar peor para las tropas españolas: a primeros de abril, la guarnición holandesa de Breda se apoderó de los castillos de Westerlo y Turnhout, "sin que nadie se lo impidiese", en palabras de Alonso Vázquez. Peor aún, Mauricio de Nassau, que ya era estatúder de todas las provincias rebeldes, tenía preparado un ejército de 9.000 infantes y 1.500 soldados de caballería para la primera ofensiva seria que los rebeldes emprendían en años. El hijo de Guillermo de Orange contaba apenas 24 años, pero se había impregnado de las teorías militares de la Antigua Roma e iba camino de convertirse, cuando menos, en un teórico sobresaliente. Sólo le faltaba poner en ejercicio sus métodos. En los meses previos, contando con que el duque de Parma estaría ocupado en Francia, Mauricio y su capitán favorito, su primo Guillermo

Luis de Nassau —el conde de Holac, avejentado y alcohólico, había pasado a un segundo plano— planearon, como Verdugo anticipó, atacar las posiciones españolas en el Ijssel y el Waal con un doble fin: eliminar la amenaza directa sobre las Provincias Unidas y aislar a Verdugo en Frisia.

El coronel español hizo cuanto pudo para reforzar al máximo Zutphen y Deventer. En la primera había 800 alemanes veteranos al mando del capitán Jarich van Liauckema con pólvora, municiones y víveres para unos meses; en Deventer, otros 700 al mando del conde Hermán van den Bergh, primo de Mauricio de Nassau, pero católico y de firme lealtad a la Corona española a pesar de haber formado parte del bando rebelde hasta 1586. Sus mayores esperanzas, en caso de sitio, pasaban por resistir y esperar que Farnesio acudiese en su auxilio. En aras de distraer al de Parma de su verdadero objetivo, Mauricio reunió su ejército en Breda y amagó Geertruidenberg y Bolduque para marchar rápidamente hacia el Ijssel a través de la Veluwe. A mediados de mayo, Verdugo avisó a Farnesio de los movimientos holandeses y de nuevo le pidió ayuda. Era tarde: los rebeldes tomaron el fuerte de Zutphen por medio de un ardid —disfrazaron de mujeres a unos cuantos soldados imberbes y sorprendieron a la guarnición— y en cinco días consiguieron que Liauckema se rindiese.

Verdugo, Vázquez, Coloma, apenas hubo pluma que no censurase la rápida rendición de Liauckema. "Fue un acto indigno de un soldado de su opinión, y tal que dio evidentes sospechas de inteligencias con los rebeldes", señaló Coloma.

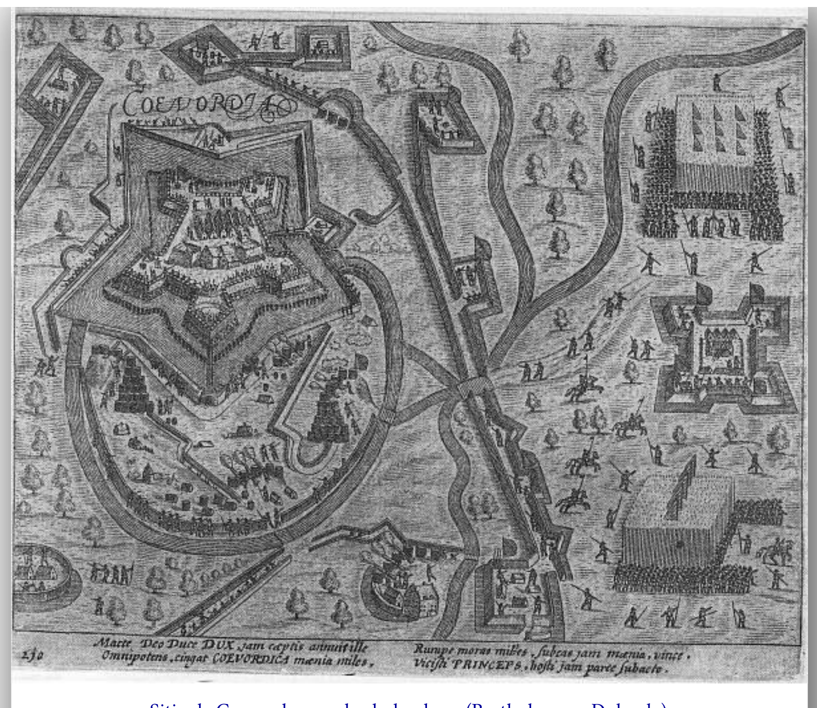


Sitio de Steenwijk por el ejército de Mauricio de Nassau (Bartholomeus Dolendo).

Aún así, Liauckema salió sorprendentemente bien librado. Farnesio ordenó su arresto, pero a su muerte fue liberado y cobró el sueldo que se le debía. Nadie sospechaba que Zutphen, que se había defendido bien del asedio de 1586, fuese a caer con tanta facilidad. Farnesio, a despecho de la urgencia con la que Felipe II le ordenaba la entrada en Francia, reunió las tropas disponibles en Maastricht para acudir al socorro de la plaza; incluso trató infructuosamente de que los soldados del tercio de Manuel de Vega amotinados en Diest se le unieran. Entre tanto, Mauricio de Nassau procedió sin dilaciones a sitiar Deventer. La guarnición se defendió con coraje, pero el desequilibrio de fuerzas era abrumador. Mauricio había agregado 3.000 zelandeses al mando del conde de Solms a sus fuerzas e hizo bombardear la plaza con 33 piezas de artillería. Her-

mán van den Bergh fue herido gravemente por un ladrillo que lo dejó tuerto, y a los pocos días, el 12 de junio, la guarnición de rindió.

El 16 de junio, mientras Farnesio aún reunía tropas, el ejército holandés cruzó el Ijssel y marchó en dirección a Frisia. Francisco Verdugo, al frente de 4.000 hombres y secundado por el conde Frederick van den Bergh, hermano de Hermán, se acantonó en Coevorden y sus proximidades para barrar el paso al ejército enemigo en el único camino que discurría sobre suelo firme. Mauricio tentó a su adversario a la batalla, pero Verdugo se mantuvo firme y se limitó a responder con fuego de artillería a los batallones enemigos. Poco después los holandeses se retiraron; habían dejado en Deventer la mayor parte de las provisiones con la artillería, y en aquellos parajes inhóspitos los alimentos escaseaban. Cuenta Verdugo que las tropas inglesas y escocesas, en particular, se acercaban tanto a Coevorden en busca de lechugas, que los habitantes les causaron no pocas bajas, a las que cabe añadir las que dejaron las escaramuzas.



Sitio de Coevorden por los holandeses (Bartholomeus Dolendo).

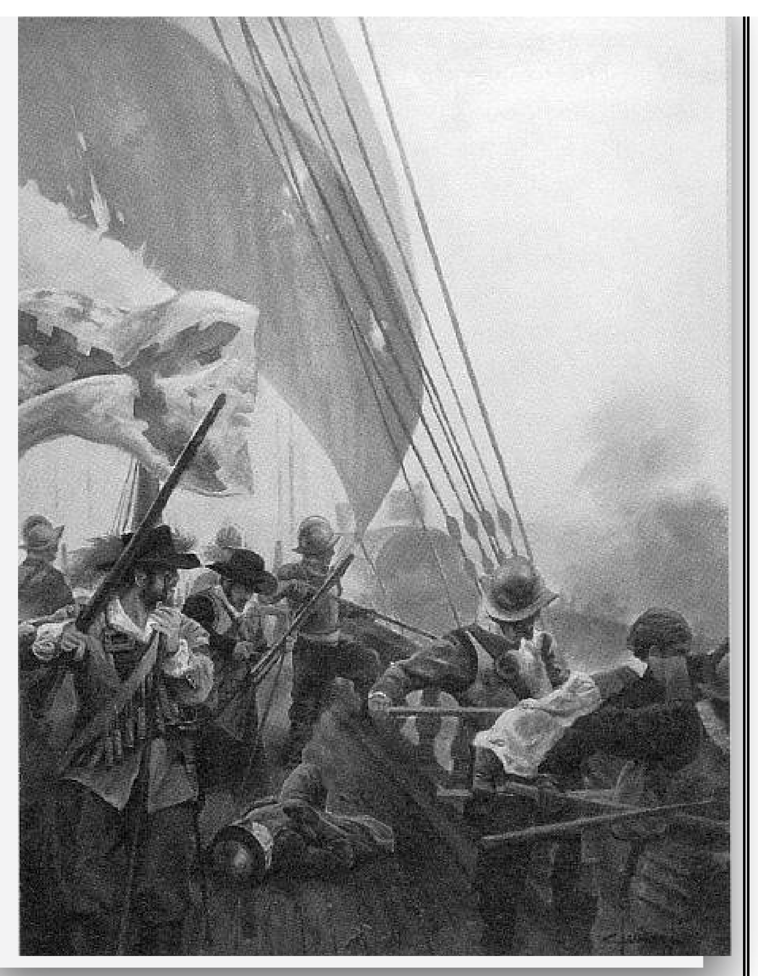
Frustrado su intento en Coevorden, Mauricio encomendó a su primo Guillermo Luis que con parte de sus regimientos pasase al país de Groningen y se apoderase de algunas posiciones alrededor de la ciudad. Así lo hizo el pariente de Nassau, que con sus tropas se apoderó de Delfzijl, plaza costera que dominaba el comercio marítimo de Groninga. Verdugo recuperó parte del terreno perdido y dejó Groninga bien defendida antes de partir al encuentro de Farnesio, que se dirigía hacia el Rin desde Maastricht con todas las tropas que había podido juntar: 5.000 infantes y 2.000 soldados de caballería. Verdugo había escrito a Farnesio, aconsejándole no cruzar el río si no tenía cuanto menos 12.000 infantes y 2.000 caballos, pero el duque, preocupado por los avances holandeses, desoyó el aviso, de modo

que Verdugo juzgó prudente reunirse en persona con él lo antes posible y partió para Rees. En Geldern, Farnesio se topó inesperadamente con su hijo primogénito, el príncipe Ranuccio, un joven de 22 años que había partido de Italia rumbo a Flandes por cuenta propia, deseoso de hacer carrera militar, y llegado a Bruselas, al encontrar a su padre en campaña, corrió a juntarse con él.

En Rees, Verdugo puso a Farnesio al corriente de las pérdidas de Zutphen y Deventer y planeó con Farnesio la estrategia a seguir. Nimega, la última plaza que quedaba en manos españolas de cuantas facilitaban el ataque el núcleo de las Provincias Unidas, debía ser asegurada sin reservas. Para ello era preciso conquistar el fuerte de Knotsenburg, construido un año atrás por los holandeses frente a la ciudad, en la orilla opuesta del Waal. Desde esta posición los rebeldes bombardeaban Nimega con artillería para ablandar los ánimos de la población y reducir su resistencia cuando la sitiasen. El 14 de julio el ejército español al completo con sus caballos, cañones y carros de bagajes, cruzó el Waal en menos de 24 horas por medio de nueve pontones. Sin embargo, la rapidez no fue la misma a la hora de bloquear el fuerte, de modo que el gobernador de Tiel pudo enviar a la guarnición holandesa un socorro de 300 hombres. En los seis días siguientes, Farnesio ordenó acondicionar una batería de seis piezas para bombardear Knotsenburg. Los holandeses, entre tanto, aguardaban, pacientes, a que Mauricio los socorriese.

Movido por los continuos avisos que recibía de Bruselas sobre la guerra de Francia y el temor a que Nassau, que refrescaba su ejército del sitio de Deventer y las operaciones en el país de Groninga, acudiese presto al

socorro del fuerte, Farnesio trató de conquistarlo a la desesperada, sin cegar el foso ni tener listos los puentes para acometer la muralla. Mauricio, en efecto, se aproximaba. El 24 de julio, el mismo día que Farnesio supo por sus batidores que la vanguardia del ejército holandés estaba en Arnhem, a unos 25 kilómetros de distancia, recibió una carta del rey que le ordenaba, sin posibilidad de réplica, que marchase hacia Francia de inmediato y que dejase en Flandes las tropas justas para la defensa. Al día siguiente, las tropas católicas levantaban el asedio y cruzaban el Waal en sentido inverso. Así pues, Mauricio de Nassau y Alejandro Farnesio no llegaron a enfrentarse, si bien aquel día una tropa de caballería enviada por el italiano a reconocer las posiciones holandesas cayó en una emboscada y sufrió 200 bajas.



Soldados de infantería española embarcados en naves flamencas combaten en el estuario de Sluis contra los buques de la flota holandesa con base en la cercana Vlissingen que tratan de introducir socorro en la ciudad de Sluis (llamada La Esclusa por los españoles en la época). En 1587, Alejandro Farnesio asedió dicha plaza con su ejército con el propósito de surtirse de una base naval para los preparativos de la Invasión de Inglaterra. El estuario de Sluis era ancho y de gran calado, lo que permitía concentrar en sus aguas una flota considerable. El asedio, sin embargo, no era nada sencillo, pues la ciudad se asentaba en un terreno pantanoso que confería al elemento naval un papel no desdeñable.

Durante el asedio tuvieron lugar varias escaramuzas entre las naves que Farnesio reunió para el sitio, tripuladas por marinos flamencos leales a la Corona española y soldados de infantería española y de naciones, y las naves rebeldes, en su mayoría zelandesas y

en las que iban embarcados no pocos ingleses. El 17 de junio al amanecer embarrancaron en el estuario de Sluis varios buques zelandeses que transportaban armas, municiones y víveres a los sitiados. Viéndolos en apuros, 350 soldados españoles del tercio de Cristóbal de Mondragón. secundados por los marineros de Amberes que tripulaban las naves flamencas, se lanzaron al asalto de las naves rebeldes —un navío de alto bordo y dos charrúas— y las tomaron en una feroz lucha.

La mayor parte de las tropas reunidas de urgencia por el duque de Parma se dirigieron a la frontera con Francia pasando por Roermond y Maastricht o bien quedaron en las guarniciones de Brabante, pero 2.000 hombres permanecieron acantonados en la isla de Veluwe, entre Grave y Frisia, a disposición de Francisco Verdugo, por si los holandeses sitiaban alguna plaza. Farnesio, deprimido por las derrotas e ignorado por Felipe II, cansado y con su hidropesía agravándose, se retiró unas semanas al balneario de Spa. Además de la compañía de su hijo, lo consoló el regreso del maestre de campo Alonso de Idiáquez, a quien había enviado a finales de 1590 a España para defender su estrategia, y que si bien no había conseguido su fin, por lo menos volvía con letras de cambio que le permitieron pagar los sueldos atrasados y reclutar tropas alemanas y valonas. Con todo, la situación de los Países Bajos era precaria. A decir de Alonso Vázquez, Brabante "estaba tan distraído y apurado que era lástima, y el conde Mauricio campeaba ufano con sus victorias sin tener quien se le opusiese".

El 19 de septiembre, mientras Farnesio seguía en Spa, Mauricio de Nassau con el ejército holandés desembarcó en el país de Waas, región del condado de Flandes situada entre Sluis y Amberes, y se apoderó de

la ciudad de Hulst en cuatro días. El gobernador de la plaza, un amigo del secretario de Farnesio, Cosme Massi, se había ausentado para visitarlo en Spa, y su segundo, un capitán valón, no tomó las precauciones que convenía. El castellano de Amberes, el anciano Cristóbal de Mondragón, que a pesar de sus casi 80 años se mantenía vigoroso, trató de socorrer Hulst, pero lo poco que pudo hacer fue quemar algunas naves holandesas y recuperar el botín de la presa. Farnesio, informado, le prohibió pasar a la ofensiva siguiendo las órdenes de Felipe II. Poco más tarde, el 3 de octubre, el duque llegó a Bruselas, puso en orden los asuntos del gobierno con Pedro Ernesto de Mansfeld y partió para Francia.

En ausencia de Farnesio, la guerra en el reino vecino se inclinaba favorablemente hacia Enrique de Navarra. El ejército de la Liga Católica, reforzado con las tropas que Farnesio había dejado en París en 1590, había tomado Château-Thierry, en el curso del Marne a medio camino entre París y Reims. Los realistas, sin embargo, habían tomado Noyon, lo que los hacía dueños del Oise, el otro río, junto con el Marne, indispensable para dominar París. A pesar de la ayuda económica española, el duque de Mayenne no había podido reforzar su ejército con nuevas tropas, mientras que Enrique de Navarra había engrosado su campo lo suficiente como para tentar la segunda plaza de mayor importancia en manos de la Liga: Ruán, capital de Normandía. Sólo una intervención extranjera parecía capaz de evitar la derrota de los enemigos del Bearnés. Los papas Sixto V y Gregorio XIV habían decidido apoyar a la Liga, y no con meras invocaciones a los monarcas católicos vecinos: un ejército de 5.000 mercenarios suizos y 2.000

infantes y 1.000 caballos italianos, todos a sueldo del papa, marchaban hacia Francia.



Combate entre españoles y holandeses en una trinchera anegada según un tapiz flamenco de Martin Reynbouts.

Enrique de Navarra había reunido tres ejércitos bajo su mando: el suyo propio, que contaba con 5.000 *reiters* alemanes y 7.000 lansquenetes recién reclutados, además de 2.000 infantes franceses; el del mariscal Biron, que sumaba 8.000 infantes franceses y suizos y 1.000 efectivos de caballería, y el del mariscal Aumont, que ascendía a 3.000 infantes y 2.000 caballos. El Bearnés estaba resuelto a sitiar Ruán a pesar de la llegada del invierno. Mientras marchaba con sus tropas hacia Normandía, Farnesio llegó a la ciudad de Guise y comenzó a disponer al socorro a la ciudad. "Las cosas de

Flandes iban en este tiempo de mal en peor", en palabras de Alonso Vázquez. A mediados de octubre, Mauricio de Nassau marchó sobre Nimega desde Tiel y la conquistó en cuatro días. La población se había negado a dejar que Verdugo reforzase la guarnición de la plaza. El gobernador de Frisia poco pudo hacer, salvo reforzar Grave con sus fuerzas. La última plaza que amenazaba seriamente el flanco este de las Provincias Unidas se había perdido. Así, en pocos meses y sin demasiado esfuerzo, los holandeses habían reforzado en mucho sus defensas exteriores. La primera campaña de Mauricio fue un éxito inapelable.

El invierno de 1592 mermó bastante las fuerzas católicas. Según Alonso Vázquez: "La caballería del Pontífice era cada día menos, y no llegaban a quinientos soldados, ni los esguízaros [suizos] a tres mil. El ejército español, con el rigor del invierno, que había entrado áspero y terrible, se disminuía; las vituallas iban faltando". En Flandes, la osadía de Mauricio de Nassau llegó al extremo de intentar tomar Maastricht por sorpresa mediante una escalada, pero la intentona fracasó gracias a la vigilancia de Francisco Verdugo. Farnesio, que veía con pesar como el frío y la carestía diezmaban su ejército, ignoraba que Felipe II y sus consejeros habían resuelto destituirlo. "No convenía gobernase tan absoluto y tan señor estados tan vidriosos y sujetos a novedades y deslealtades en esta sazón", escribió Luis Cabrera de Córdoba, historiador del reinado de Felipe II y hombre de corte, que detalla al pormenor en su obra las causas que llevaron a la ardua resolución: la tolerancia de Farnesio con los calvinistas, la corrupción imperante en las finanzas, la escasa predisposición del duque a intervenir en Francia y el hecho de que los ho-

landeses pudiesen comerciar soterradamente con las provincias católicas.

Ajeno a la decisión de Felipe II, el duque de Parma se preparó para socorrer Ruán, que resistía por el momento las acometidas de Enrique de Navarra. Su ejército, al que se agregaron las tropas del papa y de la Liga Católica, constaba de 20.000 infantes y 5.500 caballos. De los primeros, 3.000 eran españoles, 8.000 alemanes y valones, 1.500 italianos, del tercio de Capizucchi, además de otros 600 que quedaban de las tropas papa, y unos 3.000 suizos. Los restantes eran franceses y loreneses del ejército de la Liga. En cuanto a la caballería, sumaba 3.000 soldados del ejército de Flandes y 2.500 de la Liga. El francés Monsieur de Roñe hacía las veces de maestre de campo general, mientras que el italiano de raíces albanesas Giorgio Basta comandaba la caballería y el marqués de La Motte tenía a su cargo la artillería. El ejército se encontraba en Nesle, en la orilla occidental del Somme, entre Amiens y San Quintín, pero pronto, en febrero, marchó en dirección a Normandía.

Antes de emprender maniobra alguna, Farnesio celebró un consejo de guerra para conocer la opinión de sus oficiales. Carlos de Mansfeld era partidario de marchar por la costa hasta el puerto de Le Havre, tomarlo por asalto, y desde allí despejar el camino desde la desembocadura del Sena hasta Ruán apoderándose de Caudebec. La mayoría de los oficiales españoles, en cambio, preferían marchar en busca del ejército de Enrique de Navarra y presentarle batalla. El ejército estaba a la sazón en Blangy, cuando llegaron avisos de que el Bearnés, anticipándose, marchaba para allá con la intención de luchar. Así pues, el 18 de febrero de 1592,

Farnesio dispuso su ejército para una eventual batalla campal; la infantería española e italiana en vanguardia, los suizos y lo poco que quedaba de la infantería del papa en segunda línea, y los alemanes, valones y franceses en retaguardia. La caballería de distribuyó uniformemente en los flancos.

El choque se redujo finalmente a un combate de caballería en el que vencieron los católicos y que pudo haber cambiado el curso de la guerra. Enrique de Navarra y el mariscal Biron combatieron personalmente con sus tropas y resultaron heridos de consideración; el rey recibió un arcabuzazo cerca de los riñones y escapó gracias a que Farnesio no dio la orden de perseguir a los fugitivos. "Si se mostrara el duque de Parma tan determinado como otras veces, acabara de aquella vez la guerra", escribió Carlos Coloma. Con todo, el Bearnés se retiró a Dieppe y Farnesio pudo tomar rápidamente Aumale y Neufchátel-en-Bray. El sitio realista sobre Ruán se mantenía, a pesar de todo. Farnesio dudaba si atacar de nuevo al Bearnés o si limitarse a enviar una fuerza de socorro que revitalizase la resistencia de la guarnición de la Liga. Finalmente optó por la segunda opción. El 12 de abril, sin embargo, el gobernador de la plaza, André de Brancas, le comunicó por carta que si no obligaba a los realistas a levantar el asedio, el 20 se vería forzado a rendir la ciudad por falta de víveres.

El 16 de abril, Farnesio cruzó el Somme no lejos de Abbeville, en Blanchetaque, donde en 1346 ingleses y franceses habían combatido en vísperas de la famosa batalla de Crécy. El de Parma contaba con 14.000 infantes y 4.000 caballos. Enrique de Navarra, con fuerzas inferiores, se encontraba entonces en Pont-de-

l'Arche, al sur de Ruán. Temeroso de un choque favorable al italiano, el Bearnés rehusó esta vez plantarle cara e hizo levantar al asedio para congregar todas sus fuerzas en Pont-de-l'Arche. Farnesio, tras abastecer Ruán, se dispuso a limpiar de fortalezas enemigas el tramo final del Sena y marchó sobre Caudebec, situada unos 30 kilómetros al oeste de Ruán. La ciudad cayó en manos españolas sin muchas dificultades. Sin embargo, una bala de arcabuz hirió gravemente al duque en un brazo mientras hacia un reconocimiento. Nunca antes, en todas sus batallas y asedios, había Farnesio recibido herida alguna a pesar de que en más de una ocasión las balas le habían silbado muy cerca.

A la herida de Farnesio se añadió pronto un problema todavía mayor: Enrique de Navarra marchaba hacia Caudebec con 15.000 soldados de infantería y 7.000 de caballería, dispuesto esta vez a presentar batalla a los españoles. Reforzado su campo, el Bearnés pretendía acorralar a los españoles entre el Sena y la costa normanda para obligar a su rival a combatir en inferioridad o a ver como se descomponía su ejército por falta de abastecimiento. Farnesio decidió atrincherar sus tropas en una posición fácilmente defendible una legua al este de Caudebec. Sin embargo, estaba demasiado grave como para seguir comandando personalmente a sus hombres, de modo que encomendó el gobierno del ejército a su hijo Ranuccio. En pocos días, las dos fuerzas estaban a la vista en sendos campamentos fortificados. Las escaramuzas no tardaron en sucederse, favorecidas por el paisaje de bosques y setos —el famoso *bocage* normando—. El mayor combate se produjo cuando Enrique de Navarra envió 3.000 infantes ingleses y holandeses a recuperar una posición ocupa-

da por 600 infantes españoles, valones y franceses. Los españoles combatieron con coraje, pero no pudieron evitar la pérdida del puesto.

Farnesio, visto que la situación de su ejército se volvía precaria, ordenó la retirada hacia Caudebec y mandó fortificar un paraje junto al Sena para acuartelar allí a toda la fuerza. Enrique de Navarra estaba exultante: su rival retrocedía y cada vez le quedaba menos terreno. El ejército católico parecía verdaderamente atrapado, y aunque la vecindad del Sena le aseguraba una fuente de agua inagotable, las provisiones escaseaban. Farnesio, sin embargo, no se amilanó y dispuso la construcción de un puente sobre el ancho Sena para trasladar todo el ejército a la orilla sur, entrando así en la Baja Normandía, donde podría rehacerse antes de emprender la retirada hacia Picardía y de allí a Flandes. Diego de Ibarra, embajador de Felipe II en Francia, abogó por tratar de tomar Le Havre, donde el ejército podría recibir abastecimiento por mar desde Dunkerque. El duque de Parma, sin embargo, lo juzgó muy arriesgado, al igual que la idea, propuesta por otros, de marchar sobre Orleans. Así, pues, cruzado el río, el ejército español marchó rumbo a París en tanto Enrique de Navarra sitiaba Caudebec y la tomaba.

Farnesio se detuvo tres días en París mientras su ejército se refrescaba en las proximidades de la ciudad. Luego pasó a Château-Thierry, en el Marne. Allí, su mal estado de salud, agravado por la herida recibida en Caudebec, obligó al duque de Parma a dejar el mando del ejército al francés Monsieur de Rône y retirarse a Spa. Al poco de su llegada recibió una misiva urgente de Francisco Verdugo que lo avisaba de que Mauricio de Nassau estaba sitiando Steenwijk, una plaza fuerte

de primer orden, situada entre Frisia y Overijssel, próxima a la bahía de Zuiderzee y que dificultaba seriamente las comunicaciones holandesas entre ambas provincias. Defendían la ciudad más de 1.000 soldados al mando del valón Antoine de Coquelle; en palabras de Verdugo, "la flor de la gente de guerra que el Rey tenía en esta provincia". La plaza se defendió con coraje, y para muestra, la guarnición perdió a tres de sus capitanes en la lucha. Al final, no obstante, la falta de socorro, que nunca llegó a pesar de las súplicas de Verdugo, selló la caída de la ciudad el 4 de julio de 1592.

Verdugo, que sabía bien que los holandeses no se detendrían en Steenwijk, hizo llegar a Bruselas y a Spa nuevas llamadas de socorro. El anciano conde de Mansfeld, su suegro, se avino a enviarle algunas tropas: el regimiento liejés de Monsieur de La Capelle, el regimiento irlandés de Stanley y el tercio italiano de Gastón de Spínola, así como algunas compañías de caballería a las órdenes de Alfonso de Ávalos, hermano del marqués del Vasto. En realidad, la fuerza era tan nimia que la infantería no pasaba de los 800 soldados y la caballería no llegaba a los 100. "Me acuerdo haber pasado una [compañía] delante de mí con dos arcabuceros delante de vanguardia, tres lanzas de batalla, tres mujeres y un clérigo de retaguardia, sin tener más soldados que estos, y todo este buen socorro sin un real, ni menos yo lo tenía", escribió un desalentado Verdugo en sus memorias. Con tales tropas, poco pudo hacer cuando Mauricio de Nassau sitió Coevorden y su primo Guillermo Luis hizo lo propio con Ootmarsum, más al sur, en el condado de Twente.

El sitio de Coevorden fue muy duro tanto para los asediados, al mando del conde Frederick van den Ber-

gh, como para los sitiadores holandeses. La plaza se asentaba en un suelo pantanoso, fecundo en turba y alimentado por varios arroyos que confluían dentro de la fortaleza y desembocaban en el río Vecht. Mauricio hizo construir varios fuertes alrededor de la plaza allí donde el suelo era lo bastante firme. En palabras de Alonso Vázquez, las obras de zapa bajo los muros de Coevorden fueron tan arduas que "los marineros que tenía [Mauricio] sacaban el agua a fuerza de brazos". Lentamente y a costa de no pocas bajas, los zapadores holandeses cegaron el foso. Varias piezas de artillería instaladas sobre dos plataformas flotantes que batían sendos baluartes apoyaban sus trabajos. El avance holandés, aunque lento, dio sus frutos, y uno de los cinco baluartes de Coevorden cayó en sus manos. Llegado este extremo, Francisco Verdugo se decidió a actuar. Marchó desde Groenlo, donde había recibido el magro socorro enviado por el conde de Mansfeld y, poco después, el tercio de Antonio de Mendoza, y se dispuso a introducir refuerzos y provisiones en Coevorden.

Verdugo llegó con sus tropas a los alrededores de la plaza y envió dos capitanes, italiano uno y español el otro, a reconocer las fortificaciones de asedio holandesas. Inexplicablemente, los dos oficiales no cumplieron las órdenes y regresaron. "Si estos Capitanes obedecieran la orden que llevaban de Francisco Verdugo —escribió Vázquez—, no sólo se hubiera conseguido lo que se deseaba, pero aún se hubiera roto y desbaratado el ejército rebelde, porque la mayor parte de él había ido a correr la campaña y a buscar bastimentos por la necesidad que pasaban, teniendo tan lejos sus trincheras". Falto de información, empero, el coronel decidió lanzar un ataque contra uno de los fuertes, donde estaba

el conde de Holac con un regimiento bisoño. La intentona resultó un completo fracaso, pues la vanguardia española fue recibida por descargas cerradas de artillería y mosquetería y sufrió cuantiosas bajas. Frustrado el asalto, Verdugo recurrió a una medida desesperada: formó en orden de batalla frente a Coevorden y trató de provocar a Mauricio a un encuentro campal. El holandés, sin embargo, no movió sus fuerzas. Pocos días después, el 2 se septiembre, Coevorden se rendía.

Farnesio, a la sazón, veía en Spa como su posición se desmoronaba. Sus viejos adversarios en Madrid y Bruselas, junto con el duque de Mayenne, se habían aprovechado de su enfermedad para hacer creer a Felipe II y al papa que no deseaba colaborar con la Liga Católica francesa. Farnesio lo sospechaba por las cartas que recibía continuamente desde El Escorial y Roma conminándolo a volver a Francia. A pesar de que su salud apenas había mejorado, el duque obedeció y aceleró nuevas levas de tropas valonas y alemanas. A finales de octubre abandonó Spa y se encaminó hacia la frontera sin pasar por Bruselas. El 14 de noviembre, estando en Arras, fue informado de que un enviado del Rey con nuevas instrucciones lo aguardaba en Bruselas: Pedro Enríquez de Acevedo, conde de Fuentes. Tal vez Farnesio sospechaba que el conde venía a notificarle su destitución y la orden de viajar a España, pues demoró su encuentro con Fuentes todo lo que le fue posible. La reunión, en verdad, no llegó a producirse.

Carlos Coloma, menos aficionado al duque de Parma que Alonso Vázquez, cuenta que a pesar de su enfermedad y de su reciente herida en Caudebec, Farnesio volvió en sus últimos días al modo de vida que había llevado en sus inviernos flamencos: se levantaba

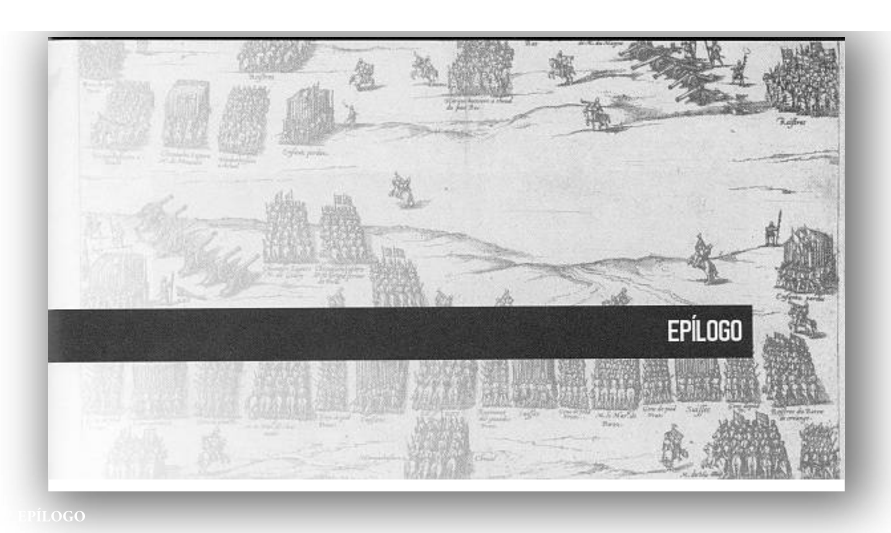
temprano, pasaba la mayor parte del día cazando en los bosques cercanos y atendía la burocracia ordinaria. En palabras de Coloma: "Engañado igualmente de sus familiares y del común deseo de vivir, no echaba de ver que se iba acabando". Hasta que el 2 de diciembre sufrió un desmayo y comprendió que su muerte era inminente. Aquella misma tarde, tras firmar varios despachos, pidió la extremaunción. Murió la madrugada del día siguiente, habiendo vivido, a decir de Coloma "más que otros muchos con doblada edad". Su cuerpo fue llevado a Bruselas escoltado por todas las compañías de su ejército excepto las que estaban en Francia y Frisia. Allí fue depositado en la Capilla Real, donde permaneció hasta que sus criados consiguieron dinero suficiente para llevarlo de vuelta a Parma con la venta de parte de sus antiguas posesiones.

Muerto Farnesio, el conde de Fuentes reunió al Consejo de Estado de los Países Bajos y en su presencia abrió las órdenes secretas que llevaba. Felipe II había resuelto que Pedro Ernesto de Mansfeld, entonces un anciano de 75 años, gobernase los Países Bajos interinamente hasta el nombramiento de un nuevo gobernador. El conde de Fuentes fue nombrado superintendente, lo que le otorgaba de facto grandes poderes, mientras que a otro hombre de Felipe II, Esteban de Ibarra, le fue confiada la administración de las finanzas. El rey recuperaba así el control directo sobre los Países Bajos y la gestión de la guerra. El conde Carlos de Mansfeld, que había quedado en un segundo plano tras sus desavenencias con Farnesio, se valió de la avanzada edad de su padre para conseguir el mando del ejército. El enfrentamiento entre los dos condes, el de Mansfeld y el de Fuentes, no tardaría en estallar.

El fallecimiento de Alejandro Farnesio inició un período de incertidumbre en los Países Bajos y Francia. "Con la muerte de este gran Capitán crecieron las esperanzas del Bearnés para conseguir lo que deseaba, que fue reinar en Francia, como reinó. El conde Mauricio de Nassau cobró mayores bríos para hacer la guerra en los Estados de Flandes. Isabel, reina de Inglaterra, y los holandeses perdieron el temor que siempre tuvieron de que Alejandro había de entrar con su ejército a extirpar sus herejías y señorearse de sus Estados", escribió el capitán Alonso Vázquez. La situación fue a peor: las victorias y las derrotas se alternaron mientras crecían las dificultades financieras y estallaban nuevos motines. Sólo la tenacidad de algunos hombres como el anciano coronel Cristóbal de Mondragón o el conde de Fuentes, un hábil político, mantuvo los enemigos a raya. La situación, sin embargo, no se estabilizó del todo hasta el gobierno de los archiduques Alberto e Isabel Clara Eugenia, sobrino e hija de Felipe II, que comenzó en 1598.

¿Qué dijo el Rey Prudente sobre su otro sobrino, Alejandro Farnesio? Su correspondencia sugiere que rehuyó toda responsabilidad por el curso desfavorable de las guerras e imputó la culpa a quien otrora fue su favorito: "De mi parte no faltó nada, sino que se hizo lo posible por el remedio de los trabajos de la cristiandad, pues eché mano del hombre que entonces era tenido por más soldado y de más autoridad y estaba a la puerta de Francia, de cuyo asiento se trataba y de quien por todos respectos más debía esperar regulando las cosas por razón, pero los sucesos mostraron lo que no fue a mi culpa", escribió en 1594.





EPÍLOGO

De las palabras de Felipe II que cierran el capítulo previo se deduce no sólo que el llamado *Rey Prudente* creía haber actuado correctamente para con Alejandro Farnesio, sino también que sus acciones estaban orientadas al "remedio de los trabajos de la cristiandad". La unidad espiritual de la cristiandad fue precisamente el gran objetivo del reinado de Felipe II, que fundió la política religiosa del monarca y de sus reinos con su política exterior. A través del legado de su padre, el emperador Carlos V, e imbuido del espíritu contrarreformista del Concilio de Trento, Felipe II se consideró a sí mismo un paladín de la Iglesia católica, condición que quedó ligada en adelante a la Monarquía española por más de un siglo. Sólo partiendo de esta base es posible comprender algunas de las decisiones más controvertidas del monarca con respecto a Flandes y sus guerras contra los "enemigos de la Iglesia".

Felipe II sólo podría haber concluido victoriosamente la guerra de Flandes combinando una política de tolerancia religiosa con un esfuerzo militar concen-

trado. Tal era el punto de vista de Alejandro Farnesio, que repetidas veces trató de hacerlo valer ante el soberano. Aquél, no obstante, no estaba dispuesto a ceder ni un ápice en su defensa a ultranza de la ortodoxia católica, lo que condenó al fracaso toda tentativa de reconciliación por la vía diplomática. Sólo la fuerza de las armas podía subyugar a los rebeldes holandeses. Con un líder excepcionalmente hábil como Farnesio, quizá el ejército de Flandes hubiese logrado reconquistar al completo los Países Bajos de no haber decidido el monarca que el esfuerzo bélico debía repartirse en distintos frentes. Las campañas de apoyo a la Liga Católica francesa y la Armada Invencible absorbieron importantes recursos económicos y demográficos que, aplicados en Flandes de forma concentrada, hubiesen permitido tal vez la completa pacificación de la provincia.

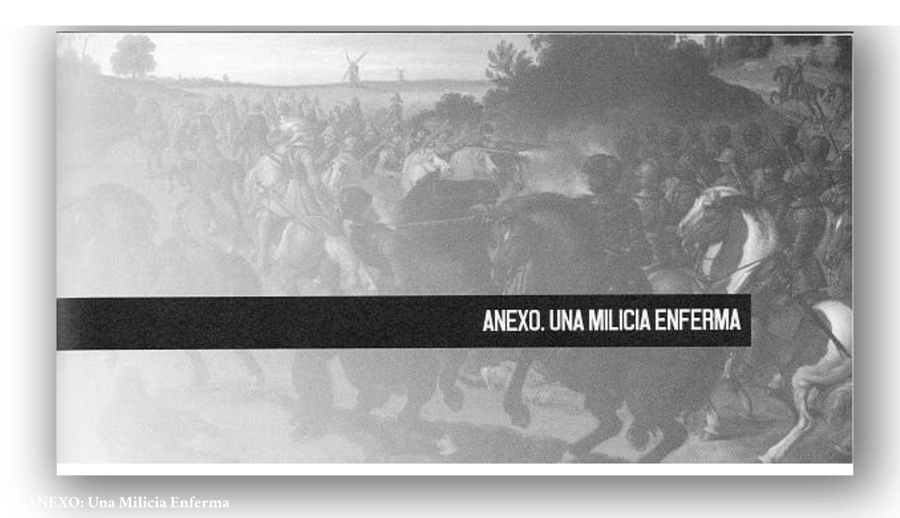


Soldados de los Tercios posan en una recreación contemporánea (cortesía de la Asociación Napoleónica Valenciana).

El *Rey Prudente* ignoraba, acaso, el principio de la concentración de fuerzas de Cari von Clausewitz y no percibía que, si bien las fuerzas de su imperio eran

muy superiores, en conjunto, a las de sus adversarios, al decidir fraccionarlas en distintos frentes perdía dicha superioridad. Bajo el velo de la revuelta holandesa, las guerras de la Liga en Francia y el conflicto contra la Inglaterra isabelina, como hemos visto, se escondía una conflagración general en la que, a menudo, los enemigos de España actuaban de forma coordinada, aunque no sin fricciones internas. El error de Felipe II, pues, fue embarcarse en nuevas contiendas sin haber resuelto completamente la cuestión flamenca. Su fracaso, además, fue determinante: a pesar de que la guerra se prolongó hasta medio siglo después de su muerte, sus sucesores no albergaban esperanzas reales de alcanzar una victoria completa, sino, simplemente, de salvar el prestigio de la Monarquía.

Ya en los albores del siglo XVII, las Provincias Unidas contaban con un poder militar y comercial a tener en cuenta; poder, además, que no haría sino crecer hasta el extremo de convertir la guerra entre España y sus díscolos súbditos en una conflagración de carácter global y colonial. En el momento de la Paz de Münster, que en 1648 puso fin a las rivalidades, las Provincias Unidas no eran ya una pequeña república insurrecta, sino una de las mayores potencias navales y comerciales del planeta.

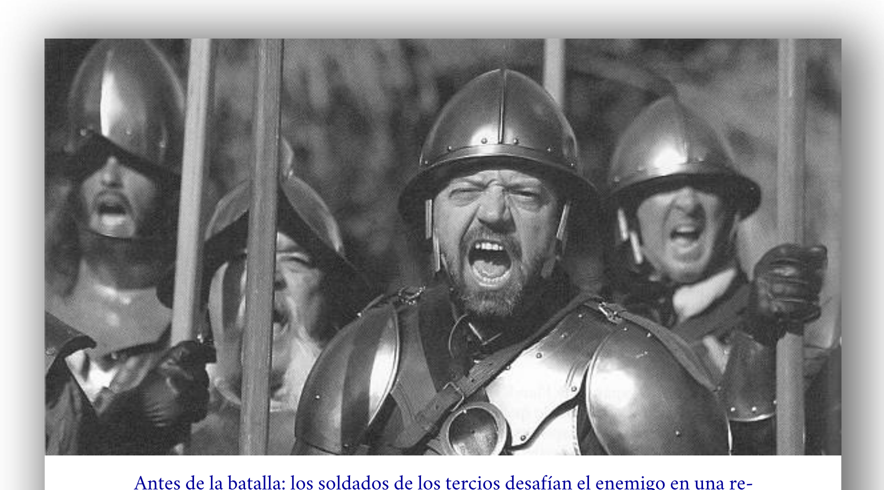


ANEXO: Una Milicia Enferma

El ejército español de Flandes fue la principal fuerza militar de su tiempo, y como tal, asentó un modelo que se convirtió en el patrón a seguir por los demás ejércitos europeos en aspectos como la disciplina, la logística y la organización. En sus casi 140 años de existencia, sin embargo, esta fuerza experimentó cambios importantes en sus aspectos más fundamentales. El ejército de Alejandro Farnesio no era el mismo que el del duque de Alba. Aunque buena parte de la oficialidad farnesiana hubiese militado en las banderas del *Duque de hierro,* el ejército era una fuerza orgánica, sujeta a la evolución de las dinámicas bélicas de la época. La cantidad de tropas, sin ir más lejos, pasó de unos 10.000 hombres en el momento de su creación a una fuerza ocho veces superior siete años después. La prolongación del conflicto, con la consiguiente evolución de la estrategia y la táctica militares, alteró además los aspectos relacionados con la logística, la disciplina y el reclutamiento, e incluso la idiosincrasia de oficiales y soldados.

Los primeros años del gobierno de Alejandro Farnesio devolvieron al ejército español la disciplina que ha-

bía perdido con los motines de 1576, ocasionados por la falta de pagas y que la oficialidad solventó alentando, con terribles consecuencias políticas, el saqueo de ciudades flamencas como Amberes y Aalst. El duque de Parma hizo del ejército de Flandes una fuerza de nuevo efectiva y disciplinada bajo su mando absoluto. A partir de 1588, sin embargo, la situación tomó otra vez un cariz desfavorable, como hemos observado a lo largo de este libro. Las operaciones, a menudo, se vieron entorpecidas, cuando no directamente frustradas, por actos de indisciplina y de corrupción. En los años sucesivos, la publicación o reedición de tratados militares como *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina a mejor y antiguo estado* (Bruselas, 1589) de Sancho de Londoño; *Cuerpo enfermo de la milicia española* (Madrid, 1594), de Marcos de Isaba, y *Teórica y práctica de la Guerra* (Amberes, 1596), de Bernardino de Mendoza, dio fe de la necesidad creciente de una reforma en el seno del ejército español.



Antes de la batalla: los soldados de los tercios desafían el enemigo en una recreación contemporánea (cortesía de la Asociación Napoleónica Valenciana).

Las disfunciones, como es lógico, no surgieron de la noche a la mañana, y para muestra las ordenanzas publicadas por Farnesio en Bruselas en 1587, que instituyeron, con el fin de garantizar la observación de la disciplina, la figura de un *auditor general* como máxima autoridad judicial castrense, supeditada solamente al gobernador general y al Rey, y la del *preboste general,* su lugarteniente, con las respectivas atribuciones. Dichas ordenanzas buscaban, entre otras cosas, "remediar el desorden que nace de que algunos capitanes de diferentes naciones, súbditos de su Majestad, estando en los presidios apartados de sus coroneles y regimientos, pretenden eximirse de la jurisdicción de los Gobernadores y Auditores de dichos presidios, alegando por virtud de sus patentes de ascldamientos (sic), no ser sujetos a otra jurisdicción que a la de sus dichos coroneles y *gemeynes,* [*En alemán: regimiento*] cosa indecente y de mala consecuencia". Uno de los problemas que de ello se derivaba era la tolerancia de algunos capitanes hacia los *frabutes,* los desertores que vivían del bandidaje y que a menudo se refugiaban en los presidios, como lamentaba Alonso Vázquez, algo que revela un cierto grado de corrupción entre la oficialidad.

El origen de la mayoría de los desórdenes entre la tropa era la falta de pagas, un mal que se acrecentó a medida que aumentaron las dificultades financieras de la Corona española cuando el esfuerzo bélico se extendió a las guerras de la Liga en Francia y a las empresas navales contra Inglaterra. Cuando los soldados no tenían con qué comprar alimentos a los vivanderos, los campesinos que acudían al ejército en campaña a vender víveres a la tropa, no tenían otra salida que convertirse en merodeadores y *andar a la pecorea,* que no era

lo mismo que forrajear. “Pecorea es lo que los soldados roban sin orden de sus oficiales”, explica Alonso Vázquez, mientras que forrajear no es sino conseguir pasto para los caballos. Bien es verdad que a veces los forrajeadores también se procuraban alimentos por medio del saqueo, pero mientras que su actividad estaba dirigida y controlada por oficiales, no sucedía igual con la pecorea, que era obra de soldados *desmandados,* es decir, que operaban por cuenta propia.

Andar a la pecorea podía ser una actividad de riesgo, no solo por qué implicaba abandonar el acantonamiento o romper el orden de marcha sin permiso de los oficiales, que en caso de enterarse podían poner a los soldados desmandados en manos de la justicia militar con terribles consecuencias, sino también por la posibilidad de caer en manos del enemigo. En julio de 1586, el coronel Maarten Schenck masacró a 80 soldados valones que forrajeaban sin cuidado. A tenor de este suceso y de la matanza que el rebelde hizo poco después de algunos vivanderos y soldados rezagados y enfermos del ejército español en su marcha entre Neuss y Rheinberg, el capitán Vázquez señaló una grave omisión en la disciplina acostumbrada: “Fue un descuido muy grande [...] pues se sabe que de retaguardia de un ejército, aunque vaya marchando por tierras de amigos ha de llevar caballería, así para la guardia y defensa de ella, y que vaya muy abrazada con la infantería de retaguardia, como para batir las estradas y recoger toda la gente cansada y enferma que se queda atrás y algunos soldados traviesos y desmandados que suele haber para volverlos y hacer ir a sus puestos”.

Farnesio tomó medidas para refrenar los excesos de los *frabutes* y evitar que la tropa se aficionase en dema-

sía a merodear irreflexivamente en busca de botín. Además de las ordenanzas de 1587, que buscaban, entre otras cosas, afianzar el control de la justicia militar sobre las guarniciones, el duque de Parma también creó, aquel año, sendos oficios de preboste de campaña en Amberes y Bruselas, para, con tropas escogidas a tal efecto, batir de día y de noche los caminos y demás lugares donde solían acechar los *frabutes*. No parece que las medidas dieran fruto, pues más de 10 años después, en tiempos de los archiduques Alberto e Isabel, los edictos o *placcarts* contra los *frabutes* y los soldados abusivos todavía eran abundantes. De poco servía acusar a los merodeadores de deserción si no había modo de prenderlos y ajusticiarlos.

En ocasiones, como cuenta el capitán Vázquez, los campesinos se quejaban sin motivo de los soldados para verse libre de la costosa carga que suponía hospedarlos en sus casas: "Muchas veces por no sufrir el fastidio que los soldados suelen dar siendo huéspedes, se quejan de ellos con poca razón, pareciéndoles que con esto se los han de sacar de sus casas, y les levantan hartos testimonios". El capitán sale en este punto en defensa de la tropa: "No es éste menor trabajo que el que pasan en la campaña, pues en vez de tener algún descanso y sosiego en los alojamientos donde se recogen para pasar el rigor del invierno y hallarse con algún alivio para dar la guerra en el verano, les calumnian y hacen muchos agravios. Tal es la vida del soldado, pues en cualquier tiempo y ocasiones se las dan sin buscarlas para molestarles y perseguirles".

Otras veces, a pesar de la evidente infracción de la disciplina, los oficiales se mostraban benévolos y no castigaban a los soldados. En febrero de 1584, en vís-



Piquero holandés. Grabado de Jacob De Gheyn.

peras del sitio de Amberes, un buen número de tropas, tanto de infantería como de caballería, abandonaron sus cuarteles sin permiso y saquearon la isla de Cadzand. La campiña estaba arruinada y Farnesio, entonces muy escaso de dinero, se contentó con ahorcar simbólicamente a cinco soldados, uno de cada nación de las cinco que componían el ejército. La alternativa, en tal caso, era afrontar un motín, o peor, la deserción en masa de sus hombres. Los primeros estaban perfectamente institucionalizados y podían paralizar indefinidamente una campaña militar. En cuanto a la deserción, aún penada con la muerte —por horca, fusilamiento o el doloroso castigo de ser "pasado por las picas", semejante al *fustuarium* romano y que el cronista flamenco Philippe de Commines ya registró en la segunda mitad del siglo XV — era la principal fuente de bajas, especialmente entre las tropas valonas y alemanas, mucho más cerca de sus hogares que españoles e italianos.

La deserción del soldado, aún originada la mayoría de las veces por las necesidades que pasaba, podía tomar formas muy distintas. El desertor podía pasarse al enemigo con la esperanza de hallar unas mejores condiciones de vida; podía simplemente buscar el modo de regresar a su hogar y retomar su antigua ocupación. Otros, en cambio, aguardaban a la próxima estación y aprovechaban las levas para enrolarse de nuevo en otra compañía y así recibir la primera paga y los vestidos que se proporcionaban a los reclutas. "El dinero es el nervio de la guerra", escribió el historiador griego Tucídides en una frase que cita Bernardino de Mendoza en su tratado *Teórica y práctica de la Guerra,* publicado originalmente en 1577, y que rubrica con otra cita de su propia cosecha: "El último escudo era siempre el vencedor".

Alonso Vázquez, a quien asiste el hecho de haber ascendido a capitán y sargento mayor comenzando su carrera como un simple piquero, hace una valiosa reflexión sobre las condiciones económicas de los soldados: "Aunque hay opiniones que siempre al soldado se ha de tener pobre y necesitado, y no tan brioso que sea menester para cada uno un superior que le gobierne, porque no hay cosa que más les ensoberbezca que las riquezas, también se ha de considerar que hasta hoy se ha visto ninguno, de General abajo, que cuando muera le hallen una sábana en qué envolverle; pero yo tendría por mejor que el soldado estuviese algo sobrado que no pobre, así para poder con más comodidad resistir los trabajos y necesidades de la guerra, como para ayudarse los unos a los otros, como de ordinario hacen".



Ataque español a un pueblo holandés. Cuadro de Pieter Snayers.

Un oficial de los tercios con la faja roja de los ejércitos de los Austrias en una recreación histórica contemporánea (cortesía de la Asociación Napoleónica Valenciana).

Vázquez confiere, sin embargo, un interesante matiz a sus palabras que da fe de la complejidad de la cuestión de los sueldos: "No ha de ser tanta su posibilidad que les dé ocasión para hacer discursos y dejar sus banderas como muchas veces se ha visto en remates de cuentas, que hallándose con algunas pagas sobradas, pareciéndoles no han de ver otras en mucho tiempo, se van algunos a diferentes partes a buscar el descanso, forzados de las

hambres y miserias que la guerra trae consigo, y aun las más veces por las asperezas y rigor del Capitán general; pero si se pudiese, sería mejor no darles lugar a esto, pagándoles justamente el sueldo que se les debe a su tiempo, con que cesarían estos y otros muchos inconvenientes".

El exceso de dinero podía originar problemas de nefastas consecuencias; lo hemos visto en el ejemplo del Tercio viejo de Lombardía durante sus excepcionales alojamientos veraniegos de 1589 en la villa de Liere, entre Amberes y Malinas. No solo malgastaron sus pagas en ropa y mujeres, sino que, en palabras de Alonso Vázquez: "Empeñaron todos sus sueldos vendiéndolos por libranzas de paños y sedas y otras cosas que les daban en Amberes a menos precio una persona que allí estaba correspondiente con algunos oficiales del sueldo que asistían en la corte de Alejandro". En este punto, Vázquez pone el acento, sin pretenderlo, en la ya conocida opacidad de la hacienda farnesiana. Además del caso de las muestras fraudulentas que puso al descubierto la pérdida de Breda en 1590, parece evidente que determinados personajes, como el anónimo al que menciona Vázquez, "cuyos excesos cesaron con la ida de D. Diego de Ibarra el año siguiente de 91 a aquellos Estados", dice, aprovecharon para enriquecerse con estafas como la que tuvo por víctimas a los soldados del Tercio viejo.

No todas las acusaciones que se vertieron contra Farnesio eran infundadas. Es evidente que ni el general ni nadie de su entorno hizo nada para poner coto a la corrupción imperante en la veeduría y pagaduría del ejército, de la que acaso no tenían indicios a pesar de que los capitanes entretenidos del duque contaban en-

tre sus deberes, en palabras de Vázquez, "hallarse en las muestras y alardes de los ejércitos por sustitutos del Veedor general, que es a quien toca ver no haya fraude en la hacienda de S. M., y llevarles las órdenes". No es de extrañar que las personas que contribuyeron a solventar los males de la hacienda, el Veedor general Juan Bautista de Tassis y, muy especialmente, Diego de Ibarra, tuviesen que ser designadas desde España y topasen a su llegada con la enemistad de los contadores, pagadores y comisarios de muestras nombrados por Farnesio o con su aprobación.

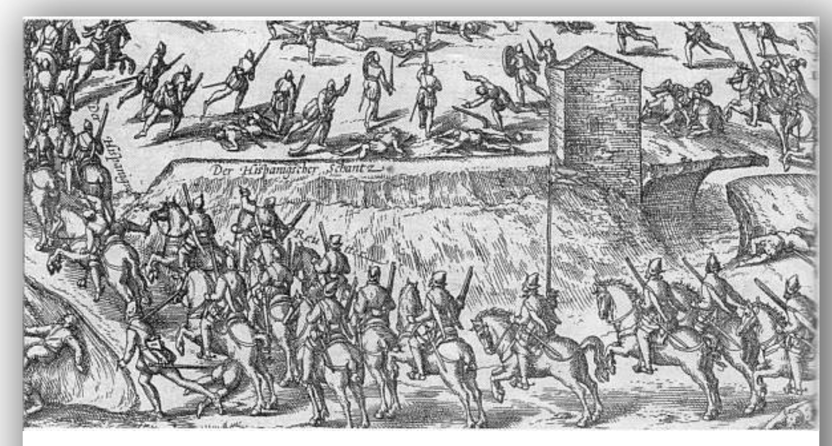
En defensa de Alejandro, o al menos en descargo de parte de sus culpas, cabe aclarar las causas primigenias por las que se mostró en extremo celoso en lo tocante a la gestión del dinero y procuró supeditarla absolutamente a su círculo. En 1580, un año después de haber reconciliado a la nobleza de las provincias católicas con la Corona española mediante la firma de la Unión de Arras, el duque fue jurado en la ciudad de Mons, en el condado de Hainaut, como gobernador general de los Países Bajos. La nobleza valona, aprovechándose de la aún relativa debilidad del sobrino de Felipe II, había logrado que tras el sitio de Maastricht las tropas españolas, en las que veían un peligro a la par con los insurrectos calvinistas, abandonasen los Países Bajos igual que lo habían hecho en 1577 en virtud del Edicto Perpetuo, firmado por Juan de Austria. Después de jurar a Farnesio como gobernador, la nobleza católica pretendió que la administración del dinero expedido desde España corriese a cuenta del Consejo de Hacienda de los Países Bajos y que sus consejeros y presidentes fuesen los responsables de distribuir los caudales. Farnesio se negó en redondo, temiendo que menoscaba-

sen su autoridad, y formó una pagaduría y una contaduría en manos de personas de su entorno.

Otro defecto en la disciplina de la tropa que identificaron diversas voces en este período atañe a un aspecto tan particular como la indumentaria de los soldados. En un texto titulado *Las órdenes que paresce (sic) que se podrían dar para restaurar la reputación y disciplina que solía haber en la infantería española,* redactado seguramente por un oficial español a finales del siglo XVI, se hace esta recomendación: "Que se haga premática sobre la cualidad de las armas y vestidos que se hubieren de usar en la dicha infantería, pues se sabe que de la demasía y exceso que hay particularmente en esto, suceden en ella muy muchos daños e inconvenientes por quererse los unos aventajar de los otros, en el hábito y trajes, más que en el servicio y obras, aprovechándose, por ventura, de estas insignias y ornato más que de los propios efectos".

El poeta y dramaturgo Lope de Vega, que fue soldado en su juventud, da fe en su comedia *La noche toledana* (1605) de la excesiva pompa con la que vestían algunos soldados: "Apenas entra el soldado / con las medias de color, / calzón de extraña labor, / sombrero rico emplumado; / ligas con oro, zapato / blanco, jubón de Milán, / cuando ya todos están / Murmurando su recato. / Llevan colores y brío / los ojos, y en galas solas / más jarcias y banderolas / que por la barra el navío". ¿Pero cuáles eran los problemas que originaba esta indumentaria desmesurada? En primer lugar, el gasto que suponían para el soldado. Buena parte del dispendio que perpetraron los soldados del Tercio viejo de Lombardía durante sus alojamientos en Lier el verano de 1589 fue en la adquisición de trajes ostentosos

con los que seducir a las mujeres flamencas. La práctica, sin embargo, venía dándose desde hacía años. El capitán Vázquez menciona que en 1579, el ejército español celebró una fiesta tras el sitio de Maastricht en la cual “hubo caballo ligero que sacó casaca que valía cuatrocientos escudos”.



Arcabuceros a caballo españoles persiguiendo a las tropas holandesas hasta las murallas de Amberes, 2 de marzo de 1579.

Vázquez, precisamente, detalla en otro punto de su extensa crónica otro de los males derivados de la vestimenta ostentosa, cuando hace la siguiente observación: “Deben mirar mucho los Sargentos mayores en la guerra no permitir a ningún Capitán, Alférez, Sargento ni soldado, por particular que sea, que traiga botas ni espuelas, pues sólo es permitido a los caballos ligeros y a todas las personas que han de pelear a caballo; mas a un infante que sólo a ratos ha de subir en una mala roza (como ellos dicen) o en un rocín, sólo para ir descansados al peso de la bandera, ¿qué necesidad hay de adornos, botas y espuelas, como algunos usan en la guerra ir de balandranes y otros trajes de muchos años

a esta parte tan embarazosos y de tan mal parecer en la infantería como se deja ver?" Una vestimenta aparatosa dificultaba los movimientos, que en la guerra de Flandes, como hemos visto, implicaban a menudo desplazarse por terreno poco firme.

El aspecto que más incidía en la disciplina, sin embargo, era, según Vázquez, que "en la guerra, fuera de sus armas, mientras menos bagaje y cosas que guardar tuviere el soldado, vivirá en mejor orden y policía, pues a su hábito y oficio es muy desembarazado y le afea mucho cualquiera cosa que le pueda dar estorbo". También el oficial que redactó *Las órdenes que paresce (sic) que se podrían dar para restaurar la reputación y disciplina que solía haber en la infantería española* trata esta cuestión, cuando detalla que "por esta misma causa ha crecido en esta nación el número de los bagajes y otra suerte de embarazos que en otros tiempos no solía haber". Los bagajes no eran otra cosa que el equipaje de un ejército en movimiento. También se los llamaba *impedimenta,* dado que entorpecían las marchas y operaciones. Vázquez y el oficial desconocido alegan que cuantos más vestidos y propiedades lleven consigo los soldados, mayores serán los bagajes, y más lentas, por ende, las operaciones.

En relación con el bagaje, en la batalla cabía siempre la posibilidad de que las tropas estuviesen más pendientes de proteger sus propiedades, que podían incluir el rico botín fruto de un saqueo, que no de plantar cara al ejército enemigo. Por ello, era norma general dejar siempre un grupo de soldados a cargo de la protección del bagaje. En *Las órdenes que paresce (sic) que se podrían dar para restaurar la reputación y disciplina...* se menciona que el Capitán general —ya fuese

Farnesio o uno de sus sucesores inmediatos— había establecido una proporción de 10 carros de bagajes por cada 100 soldados. Con el paso de los años, sin embargo, la impedimenta se fue volviendo más y más aparatosa, pues con frecuencia los soldados marchaban a la guerra en compañía de sus mujeres e hijos, a los que empleaban en diversos menesteres, y llevaban consigo toda clase de enseres, a modo de casas ambulantes.

Volviendo a la cuestión de la vestimenta, como es sabido, no fue hasta la segunda mitad del siglo XVII cuando se instituyeron los uniformes en los ejércitos europeos. Hasta entonces, si bien era corriente, al menos en los tercios y el ejército de los Austrias, que se proporcionase una muda al recluta cuando se enrolaba, no existían normativas que regulasen la indumentaria. En el combate, los soldados solamente podían identificarse visualmente por cintas, lazos, fajas u otros pequeños distintivos de un determinado color que llevaban encima. El color del ejército español, por ejemplo, era el rojo. Existe una razón por la que no se trató de poner un límite a la vestimenta. La propuesta del autor de *Las órdenes que paresce (sic) que se podrían dar para restaurar la reputación y disciplina...* contiene una réplica que la matiza, obra sin duda de otra pluma. En el caso del atuendo razona que "nunca entre la infantería española ha habido premática para vestidos ni armas, porque sería quitarles el ánimo y brío que es necesario que tenga la gente de guerra, cuanto más que hoy en día ninguna de estas va superfina en la infantería española".

Guzmán de Álfarache, una novela picaresca de Mateo Alemán publicada en dos partes en 1599 y 1604, pone

en boca de un soldado un razonamiento semejante al del autor de la réplica al dictamen del oficial anónimo: "Quiere vuesa merced ver a lo que llega nuestra mala ventura, que siendo las galas, las plumas, los colores, lo que alienta y pone fuerzas a un soldado, para que con ánimo furioso acometa cualesquier dificultades y empresas valerosas, en viéndonos con ellas somos ultrajados en España, y les parece que debemos andar como solicitadores, o hechos estudiantes capigorristas, enlutados y con gualdrapas, envueltos en trapos negros". La vestimenta colorida, pues, parece que formaba parte de la idiosincrasia del soldado español, y de ahí que nunca se tratase seriamente de imponer demasiados límites al respecto.



Un arcabucero de los tercios otea al enemigo en una recreación histórica actual (cortesía de la Asociación Napoleónica Valenciana).

No todos los problemas de la milicia española, lógicamente, tenían que ver con la tropa. La oficialidad del ejército de Flandes también vio como su profesionalidad era puesta en entredicho en más de una ocasión. Recordemos, por ejemplo, el caso de los dos capitanes,

uno español y otro italiano, a los que el coronel Verdugo envió a reconocer los caminos de Coevorden y que volvieron sin cumplir la orden. De la importancia de los oficiales da fe Alonso Vázquez, en cuya opinión, "siendo esforzado el capitán lo serán también todos sus soldados, y si tibio y flojo, de la misma manera". En *Las órdenes que paresce (sic) que se podrían dar para restaurar la reputación y disciplina... se* atribuye gran parte de los problemas de la milicia, sin ir más lejos, a la escasez de buenos oficiales, motivada, según el texto, por un procedimiento desacertado en la elección de capitanes, alféreces, sargentos y cabos de escuadra.

El escrito mencionado recomienda que "no se haga en lo venidero elección de ninguna persona para capitán que no sea ejercitada y experimentada de muchos años de guerra, para que el tal sepa cómo ha de gobernar y habilitar sus soldados, y no que los soldados de su compañía vengan a ser sus maestros". Los capitanes jóvenes e inexpertos no sólo carecían de la experiencia que a menudo resultaba decisiva en las situaciones críticas, sino que podían ver menoscabada su autoridad tanto por su juventud como por su ignorancia de las cuestiones elementales. En el tratado *Cuerpo enfermo de la milicia española,* Marcos de Isaba, castellano de Capua, aconseja que todo cabo de escuadra posea una experiencia de cinco años como soldado raso, puesto que su cometido en la compañía es ocuparse de la instrucción de la tropa y asegurarse de la observación de la disciplina. Pasado un año, según Isaba, el cabo podía ser ascendido a sargento, y transcurridos otros dos, convertirse en alférez para, después de otros tres, recibir una patente de capitán y formar su propia compañía.

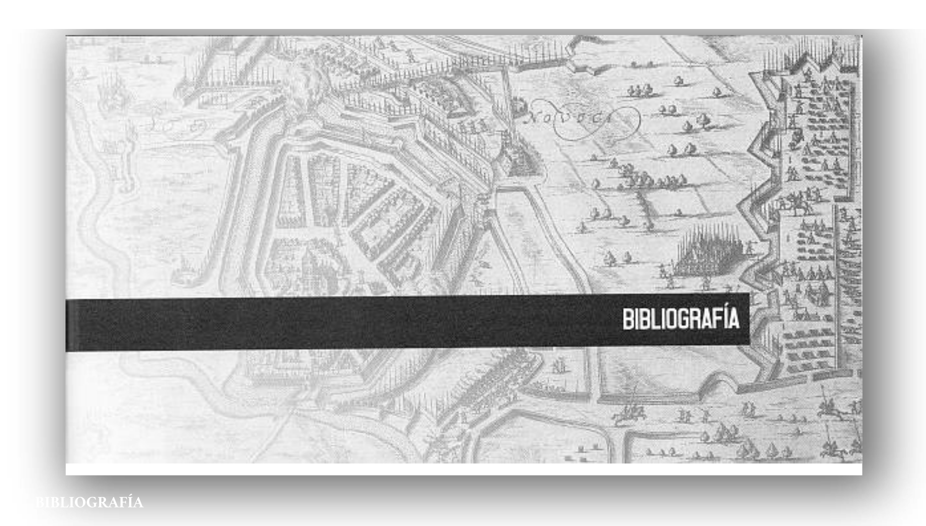
La mayor parte de los tratadistas militares de finales del siglo XVI y los primeros años del XVII coinciden en señalar que, en tiempos del duque de Alba, la elección de los oficiales se guiaba generalmente por los criterios de la experiencia y el mérito. En la época que abarca este libro, sin embargo, nos encontramos con ejemplos que indican una tendencia hacia la relajación del procedimiento. El caso del gobernador de Breda en 1590 resulta paradigmático, puesto que no era otro que el hijo de Odoardo Lanzavecchia, a quien precisamente había sucedido en cuanto Farnesio encomendó a éste el gobierno de Geertruidenberg en 1589. El caso no sólo pone de manifiesto que se había designado para el puesto —no ya de capitán, sino de gobernador de una plaza fronteriza importante— a un hombre demasiado inexperto, sino que además entró en juego un problema mayor, el nepotismo.

La concesión de las patentes de capitán y la designación de los gobernadores de las plazas corría a cargo del Capitán general. Cabe preguntarse, pues, por qué el hijo de Lanzavecchia fue elegido para un oficio que le venía grande. Es muy posible que el círculo de Farnesio fuese permeable a algunos favoritismos, ya que además del caso de Lanzavecchia, también poseemos el del gobernador de Hulst, un tal capitán Scribani, que debía su cargo al secretario de Farnesio, Cosme Massi, y que no tomó las disposiciones adecuadas para la defensa de la plaza. Evidentemente, se trata de casos circunstanciales de los que no puede extraerse una conclusión lapidaria. Ampliando las miras, la elección de personas equivocadas como oficiales tan importantes para el buen funcionamiento de la tropa como los cabos de escuadra y los sargentos resultó con toda segu-

ridad mucho más nociva. Después de todo, cabos y sargentos eran los encargados de mantener a la tropa cohesionada y de velar por la conservación de la disciplina.

A modo de clausura, hay que tener en cuenta que, a pesar de las evidentes disfunciones en el seno del ejército de Flandes en la década de 1590, éste siguió siendo la fuerza militar más poderosa y avanzada de su época, y que pese a los motines originados por la falta de caudales y las disputas entre los mandos fruto de afiliaciones políticas divergentes, la fuerza combinada de las Provincias Unidas, Inglaterra y Francia no logró doblegar, ni mucho menos, a las tropas que combatían en los Países Bajos en nombre del Rey Católico. Como dijo siglos después el teórico prusiano Cari von Clausewitz, la codicia de honores y la búsqueda de gloria "son los que determinan en particular la eficiencia de un ejército y lo hacen triunfar", y si algo no escaseó en los ejércitos españoles por muchos años, a pesar de los reveses, fueron hombres valientes deseosos de cumplir su deber para con su rey y su religión a la vez que ganaban honores y mejoraban su posición social arriesgando sus vidas.





Fuentes primarias:

CARNERO, Antonio (1625): *Historia de las guerras civiles que ha ávido en los estados de Flandes des del año 1559 hasta el de 1609 y las causas de la rebelión de dichos estados.* Bruselas: Juan de Meerbeque.

COLOMA, Carlos (1635): *Las guerras de los Estados Baxos desde el año de M.D.LXXX.VIII. hasta el deM.D.XCIX.* Amberes: Juan Bellero.

FRANCE, Renon de (1891): *Histoire des troubles des Pays-Bas, publiée par Charles Piot.* Bruselas: F. Hayez, imprimeur de 1'Académie Royale des Sciences, des Lettres et des Beaux-arts de Belgique.

DUDLEY, Robert (1844): *Correspondence ofRobert Dudley, Earl of Leycester, During His Government ofthe Low Countries, in the Years 1585 and 1586,* edición de John Bruce. Londres: Camden Society.

MENDOZA, Bemardino de (1596): *Theorica y practica de la guerra.* Amberes: Imprenta Plantiniana.

ISABA, Marcos de (1991): *Cuerpo enfermo de la milicia española.* Madrid: Ministerio de Defensa.

STRADA, Famiano (1681): *Segunda decada de las Guerras de Flandes: desde el principio del goviemo de Alexandro Farnese.* Colonia: S.I.

VAZQUEZ, Alonso (1879): Los *sucesos de Flandes y Francia del tiempo de Alejandro Farnese. Colección de documentos inéditos para la historia de España,* Vols. 72, 73 y 74. Madrid: Imprenta de Miguel Ginesta.

W.AA. (1880): *Colección de documentos inéditos para la historia de España, por el marqués de la Fuensanta del Valle, D. José Sancho Rayón y D. Francisco de Zabalburu,* Vol. 75. Madrid: Imprenta de Miguel Ginesta.

VERDUGO, Francisco (1872): *Comentario del Coronel Francisco Verdugo; de La Guerra de Frisia, En XIV Años Que Fué Gobernador y Capitán General de Aquel Estado y Ejército.* Madrid: Impr. y estereotipia de M. Rivadeneyra.

Fuentes secundarias:

FERNÁNDEZ SEGADO, Francisco: *Alejandro Farnesio ante los planes de la "empresa de Inglaterra".* Hispania, XLVII (1987), 117-161.

FORNERON, Henri (1884): *Historia de Felipe Segundo.* Barcelona: Montaner y Simón.

HAMMER, Paul E.J. (2003): *Elizabeth's Wars: War, Government and Society in Tudor England, 1544-1604.* Nueva York: Palgrave Macmillan.

HORTAL MUÑOZ, José Eloy (2006): *El manejo de los asuntos de Flandes, 1585-1598.* Madrid: UAM Ediciones.

ISRAEL, Jonathan (1997): *Conflicts of Empires: Spain, the Low Countries and the Strugglefor World Supremacy, 1585-1713.* Londres: The Hambledon Press.

LOTHROP MOTLEY, John (1867): *History ofthe United Netherlands: from the Death of William the Silent to the Twelve Years Truce-1609,* Vol. 2. Londres: John Murray.

O'DONNELL Y DUQUE DE ESTRADA, Hugo: *Alejandro Farnesio: la justificación de una conducta política.* Hispania, XLVIII (1988), 529-552.

PARKER, Geoffrey (2000): *El ejército de Flandes y el Camino Español 1567-1659.* Madrid: Alianza Editorial.

TRACY, James (2008): *The Founding ofthe Dutch Republic: War, Finance, and Politics in Holland, 1572-1588.* Oxford: Oxford University Press.

VAN NIMWEGEN, Olaf (2010): *The Dutch Army and the Military Revolutions, 1588-1688.* Woodbridge: The Boydell Press.



Recreación de unos arcabuceros españoles (cortesía de la Asociación Napoleónica Valenciana)

ÍNDICE